
El Poli del Pueblo
BRENNA DAY

EL POLI DEL PUEBLO

Una comedia romántica divertida, veraniega y spicy en pueblo pequeño, con un policía gruñón y una tensión slow burn que debería ser ilegal.

(Serie Puerto Encantado nº 1)

BRENNA DAY

Copyright © 2026 Brenna Day

Todos los derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción.
Nombres, personas, lugares y circunstancias son producto de la imaginación del autor o están utilizados de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, lugares o eventos es una coincidencia.

Está terminantemente prohibido reproducir cualquier parte de este libro a través de cualquier medio o forma, electrónica o mecánica, sin el permiso expreso del autor, exceptuando breves citas con fines promocionales o en reseñas literarias.

Más de Brenna Day

Marido Farsante

Antes de Ti

La secretaria del jefe

BOLETÍN PARA LECTORES CON REGALOS Y NOVEDADES

Suscríbete gratis para leer capítulos sorpresa, epílogos desde otros puntos de vista y adelantos de nuevos libros aquí:

comediaromantica.substack.com

Índice

Capítulo 1 — Amy
Capítulo 2 — Cash
Capítulo 3 — Amy
Capítulo 4 — Cash
Capítulo 5 — Amy
Capítulo 6 — Cash
Capítulo 7 — Amy
Capítulo 8 — Cash
Capítulo 9 — Amy
Capítulo 10 — Cash
Capítulo 11 — Amy
Capítulo 12 — Cash
Capítulo 13 — Amy
Capítulo 14 — Cash
Capítulo 15 — Amy
Capítulo 16 — Amy
Capítulo 17 — Cash
Capítulo 18 — Amy
Capítulo 19 — Cash
Capítulo 20 — Cash
Capítulo 21 — Amy
Capítulo 22 — Cash
Capítulo 23 — Amy
Capítulo 24 — Cash
Capítulo 25 — Amy

Capítulo 26 — Cash
Capítulo 27 — Amy
Capítulo 28 — Amy
Capítulo 29 — Amy
Capítulo 30 — Amy
Capítulo 31 — Cash
Capítulo 32 — Amy
Epílogo

Capítulo 1 — Amy

Amy miró su maleta despanzurrada en medio de la calle y soltó el taco más guarro que se le cruzó.

¿Dónde narices estaban las llaves?

Echó un vistazo a su alrededor para ver si alguien la había oído. Ni un alma en la calle. Aún era demasiado temprano.

Se acercó al escaparate de la tienda y apoyó la nariz contra el cristal. Pero estaba demasiado sucio para ver dentro.

Técnicamente, era suya. Bueno, un tercio de la tienda. El resto era de sus hermanas.

Desesperada, volvió a forcejear con el picaporte. Cerrada a cal y canto.

Disimula, que pareces ladrona.

O loca.

Eso era exactamente lo que diría una ladrona loca.

Las llaves.

Durante el trayecto en bus había comprobado al menos tres veces que seguían en el sobre que le dio su madre. Ahora suspiraba pensando que no debería haberlo abierto y cerrado tantas veces.

Su ansiedad, jugándole otra mala pasada.

Se hincó de rodillas y vació el bolso entero en el suelo. Dos chicles fosilizados. Un cargador que no era el suyo. Una barra de labios sin tapa que ya había hecho estragos en el forro. Sus auriculares. El tique de la última gasolinera de la autopista.

De todo, menos la dichosa llave.

Genial. Empezaba con buen pie las vacaciones que no eran vacaciones. Porque para que aquello fuera un descanso real, primero tendría que lograr descansar de sí misma. Algo que en veintisiete años no había conseguido ni una sola vez.

Miró al cielo repleto de nubes y se secó el sudor de la frente. Menudo calor. Era mayo pero se sentía como agosto. Y pensar que apenas veinte horas atrás estaba tiritando, abrigada con un tapado, en la terminal de Hoboken, Nueva Jersey. Su hogar, aunque nunca se hubiera sentido especialmente acogedor.

Bufó y desvió la vista hacia el letrero de madera desconchado que anunciaba, en letras que habían sido elegantes alguna vez:

CASTILLO ANTIGÜEDADES

Hacía casi veinte años que no veía ese cartel. Se le hizo ajeno. Como reencontrarse con una foto de la infancia: te reconoces y, al mismo tiempo, no.

¿En qué momento exacto se había jodido todo?

Daba igual. Resopló y volvió a hurgar en el bolso. Sacó el móvil, marcó el número que su madre había garabateado en una esquina del sobre. «Por si las moscas», le dijo. Amy se preguntó si de verdad era tan patética como para recurrir a él tan pronto.

Tres tonos. Cuatro. *Venga, cógelo.*

—Comisaría de Policía Local de Puerto Encantado, dígame.

La voz sonó joven, despreocupada, con ese acento sureño que se tomaba su tiempo con cada palabra.

—Hola, sí, buenas tardes. Soy Amy Castillo, la nieta de... bueno, de los Castillo, los de la tienda de antigüedades. He venido a hacerme cargo del local y resulta que no tengo la llave y…

—¡Ah! La nieta de los Castillo.

El tío sonaba encantado de la vida. Amy frunció el ceño. ¿Y a este qué mosca le había picado?

—Te estábamos esperando. Soy Noah. ¿Estás en la tienda ahora mismo?

—Justo en la entrada, mirando hacia el interior como un pasmarote. Sí.

Noah soltó una carcajada. Fácil. De esas que caen bien desde el primer segundo.

—Las llaves las tiene Cash. Le doy un toque para que se acerque, ¿vale?

Amy levantó una ceja.

—¿Cash?

—El comisario. Está al caer. Dale diez minutos.

Y colgó. Sin más ceremonias. La dejó con la palabra en la boca y una incógnita nueva: ¿por qué narices el comisario del pueblo tenía las llaves de la tienda de sus abuelos?

Se sentó sobre la maleta, que protestó con un crujido de advertencia. Ya indagaría en ese misterio más tarde. Por ahora tenía cosas más urgentes en las que no pensar.

Sí. No pensar.

Porque no tenía intención de asimilar que estaba a mil quinientos kilómetros de su zona de confort. Aunque, siendo honestos, llamar «casa» a su estudio de Hoboken era ser ridículamente generosa con el vocabulario. Una cama. Una nevera medio vacía. Una maleta que nunca terminaba de deshacer del todo, por si acaso.

Céntrate en tu misión, chica lista.

Tres semanas. Ese era el plan. Se lo había repasado tantas veces en veinte horas de autobús que se lo sabía como una oración: llegar, hacer inventario, tasar, vender, pillar su tajada y largarse.

Especialmente lo último.

Lo de largarse se le daba de cine. De hecho, era lo que mejor sabía hacer en este mundo.

Habían sido sus hermanas las que la habían empujado a esto, claro. La videollamada de aquel martes: Lucy con un crío enganchado al cuello, Chloe con esa expresión de fatiga crónica tatuada desde el divorcio.

«Alguien tiene que ir a liquidar la tienda de los abuelos», había sentenciado Lucy. «Yo no puedo desatender a los niños. Chloe tampoco tiene margen para pedir días libres. Tú eres la que goza de más... flexibilidad.»

Flexibilidad. Qué eufemismo tan tierno para decir: tú eres la única que no ha hecho nada útil con su vida.

Ni marido. Ni hijos. Ni un trabajo de verdad. Nada que la atara a ningún sitio.

La oveja suelta. La que seguía repartiendo comida a domicilio para pagar las facturas mientras sus hermanas exhibían vidas adultas y legítimas. De las que podías contar ante un desconocido sin que te mirara con lástima.

¡Jolín, que te centres!

Siempre le había costado una barbaridad no dispersarse.

Así que ahí estaba. Sentada sobre su maleta delante de la tienda de unos abuelos a los que apenas recordaba, esperando a un comisario misterioso que la ayudaría a entrar en su propia tienda.

—Menudo planazo —murmuró para sí misma.

Un motor. Levantó la cabeza. Un todoterreno negro con el escudo del departamento de policía aparcó junto a la acera. Sin prisa, la puerta del conductor se abrió. Un par de botas tácticas negras de caña alta, lustrosas, con cremalleras en los laterales.

Y tras un portazo, el hombre completo.

A ver, seamos francas. Amy había visto tíos antes. A patadas. Universidad, bares, capullos de toda laya. Estaba más que inmunizada contra los efectos de un tipo atractivo.

Pero este espécimen... Digamos que tenía que ser un crimen dejarlo suelto por la calle.

Para empezar, era alto. De esos hombres que se ven obligados a inclinar la cabeza al pasar por las puertas. Y también era jodidamente ancho de hombros, con esa musculatura que no se

compra en un gimnasio sino que se gana cargando cosas pesadas durante años. El uniforme le sentaba como si un sastre se lo hubiera moldeado sobre la piel. Para más inri, además de semejante planta, el tío era guapo con alevosía. Su melena castaña, salpicada de reflejos dorados por el sol, era espesa y se revolvía de una manera tan endiabladamente sensual que evocaba la imagen de alguien que acaba de salir de entre las sábanas tras un polvo antológico. Mandíbula cuadrada. Sombra de barba de tres días.

Ay, madre.

Se quitó las gafas de espejo y le clavó la mirada. Amy tuvo que tragar saliva y humedecerse los labios. Ojos azul claro, gélidos, rudos, que avisaban sin rodeos: *no me busques las cosquillas.* La observaba con un deje de curiosidad, como si su cara le resultara familiar y ese recuerdo no fuera precisamente de su agrado.

Amy decidió, en ese mismo instante, que aquel individuo le caía soberanamente mal.

Le reventaba lo cómodo que se veía en su propio pellejo. Le ponía de los nervios esa pose imperturbable, como si estuviera un paso por encima del resto de los mortales y se supiera buenorro desde el inicio de los tiempos. Y por encima de todo, le repateaba que custodiara las llaves del negocio de sus abuelos.

Antipático de cojones. Y soberbio. Estaba decidido. Aferrarse a esa idea la ayudaría a no devorarlo con los ojos.

—¿Amy Castillo?

Voz grave. Pausada. La voz de un tío de pocas palabras y peor genio.

—La misma. —Se puso en pie de un salto y se sacudió los vaqueros, intentando recuperar algo de dignidad—. ¿Y tú eres el comisario que colecciona llaves ajenas?

Él tensó los labios. Algo se movió en la comisura. No llegó a sonrisa. Casi.

—Cash Keynes. —Sacó un pesado manojo del bolsillo, se aproximó a la cerradura—. Y no colecciono nada. Suelo echar un ojo al local, de vez en cuando. Como favor a tus difuntos abuelos.

Lo dijo de pasada. Como si fuera lo más normal del mundo. Siguió a lo suyo, buscando la llave correcta.

Pero a Amy se le quedó la frase rondando.

Lo hago por tus difuntos abuelos. Como si tuviera con ellos una deuda que ella desconocía. Probablemente cualquier vecino del pueblo había tenido con sus abuelos una relación más estrecha que ella, siendo su nieta directa.

La llave giró con un chasquido seco. La puerta cedió hacia dentro con un quejido de bisagras oxidadas.

Y la tienda exhaló.

No existía otra forma de definirlo. Una bocanada de aire viciado, densa de polvo, madera vieja, salitre, y un matiz dulce y remoto que Amy no logró descifrar del todo. Pero que, de alguna extraña manera, conocía.

Tragó saliva de golpe. Aquello le resultaba tan familiar como sus propias neuras.

Entró con pies de plomo. Cash se quedó rezagado, sosteniendo el batiente de la puerta en silencio.

El interior era una escena congelada en el tiempo. Estanterías kilométricas rozando un techo de vigas ennegrecidas. Vitrinas con los cristales empañados. Relojes de pared y un imponente reloj de pie que seguía latiendo, como si el tiempo no hubiera transcurrido. Lámparas colgando de otras luminarias. Sillas apiladas sobre mesas. Un caballito de tiovivo con la pintura resquebrajada, contemplando la nada. Y cajas. Infinitas cajas condenadas al olvido. Un bergantín de madera surcando un océano de motas de polvo que danzaban en el haz de luz que se filtraba por el escaparate.

Un caos. Un desorden majestuoso y melancólico, atestado de reliquias que llevaban una eternidad esperando el regreso de alguien que se había olvidado de ellas.

Amy se adentró por los pasillos midiendo sus pasos, como quien pisa una catedral. El viejo parqué del suelo crujía bajo cada pisada, con algunas tablas sueltas que cedían un poco al pisarlas.

Deslizó los dedos por respaldos altos de sillas con ornamentos tallados a mano. Se giró y tocó el marco frío de un cuadro, luego se acercó a una biblioteca empotrada y acarició el lomo agrietado de hileras de tomos forrados. Hasta que algo bastante por encima de su cabeza captó su atención.

Era un jarrón de porcelana azul y blanca con tulipanes pintados a mano. Lo cogió con cuidado y pasó las yemas de sus dedos por una fina grieta que lo recorría de arriba abajo. De inmediato le recordó al kintsugi, esa técnica japonesa que repara la cerámica rota con hilos de oro para embellecer sus cicatrices.

No supo por qué había tocado precisamente ese jarrón.

Había cien cosas más interesantes alrededor.

—Ese era el que más le gustaba a tu abuela.

La voz de Cash, baja y ronca, la sobresaltó. Se había olvidado de que estaba ahí. Retiró la mano muy despacio.

—Pues yo no guardo el menor recuerdo de nada de esto —admitió.

Era la pura verdad. Le dolió en el alma que lo fuera.

—Es una lástima no recordarlo.

Tras un silencio se encontró con los ojos del comisario.

—Ella sí se acordaba de ti.

El nudo en la garganta. El escozor traidor en los ojos. Parpadeó deprisa, furiosa consigo misma.

No iba a desmoronarse frente a un tipo con placa el primer día de su llegada.

Ni de coña.

Enderezó la espalda. Sacó como pudo su voz de currante eficiente. La que usaba con los clientes pesados. La que no flaqueaba jamás.

—Bueno, bueno. —Se frotó las palmas con aire estrictamente profesional—. Me espera un curro tremendo aquí dentro. ¿Funciona la luz? ¿Hay agua corriente? ¿Hay sitio para dormir o me busco un hostal?

Cash la miró un segundo más de la cuenta. Como si no se hubiera tragado del todo su repentina entereza. Aun así, le siguió la corriente.

—Hay luz. Y agua, aunque la caliente tarda en salir. —Señaló con la barbilla una escalera estrecha al fondo, medio oculta tras una cómoda—. Arriba está la vivienda de tus abuelos. Está todo como lo dejaron. —Pausa—. Tu abuelo me dijo que dormías ahí de pequeña.

Jolín. Otra frase de esas que pegan duro.

Aquello iba a ser el pan de cada día. Gente que sabía cosas de ella, de su familia, de su sangre. Mientras que ella iba a tener que reaprenderlo todo desde cero.

—Vale —dijo. Porque no se le ocurrió nada mejor.

Cash hizo bailar el llavero en la mano. Lo sostuvo en alto un instante, observando las llaves, y a Amy le pareció que dudaba. Que le costaba soltarlas. Como si entregarlas significara algo más que entregar un trozo de metal.

Alargó el brazo.

Amy alargó el suyo. Al ir a coger las llaves, sus dedos se rozaron. Apenas un segundo. Las yemas de él, ásperas, cálidas, contra las suyas. El calor le subió por el brazo como si hubiera metido la mano donde no debía.

Apartó los dedos con torpeza.

Y lo vio. Sí, lo vio, no se lo inventó: él también apretaba la mandíbula. Miraba un instante hacia otro lado. Hacia la calle, a

través del escaparate. Hacia cualquier sitio donde no estuviera ella.

Al poli le había incomodado el roce tanto como a ella. Amy podía jurarlo.

Los dos hicieron como si no hubiera pasado nada.

Cash carraspeó, recuperando su actitud chulesca.

—Oye, si necesitas algo tienes el cuartel al lado del ayuntamiento. Allí estoy. Por si… —Se frenó en seco. Bache incómodo para ambos —. Por si lo que sea.

—Por si lo que sea —repitió Amy, con una media sonrisa que se le escapó sin querer—. Vale.

Cash asintió una vez, seco, y enfiló la salida. Pero se detuvo en el umbral. Se volvió a medias, sin llegar a mirarla del todo.

—Hay un asunto que deberíamos tratar. Sobre la tienda. —Frunció el ceño, como si le costara decirlo—. Pero no hoy. Acabas de llegar. Tienes que estar hecha polvo.

Amy asintió. Se quedó embobada contemplándolo varios segundos de más.

Cash resopló.

—En fin. Nos vemos por ahí. Bienvenida a Puerto Encantado.

Salió sin prisa. Le dio tiempo de sobra para admirarle el trasero, musculoso y firme, tan bien marcado en los pantalones azules que hacía imposible apartar la mirada.

Madre mía, está para ponerlo en un marco.

Lo vio subirse al todoterreno. Arrancar cuesta abajo por la calle solitaria.

En medio de la tienda en penumbra, el peso de las dos llaves de metal en la palma de la mano y la cabeza llena de preguntas que no figuraban en su plan, miró el jarrón azul y blanco con su grieta japonesa.

—¿Tú crees que le gusto al poli?

El jarrón no contestó.

Pero por un momento, en aquel silencio cargado de polvo, salitre y fantasmas, a Amy le dio la sensación de que la tienda entera contenía la respiración.

Expectante.

Arrastró la maleta escaleras arriba, peldaño a peldaño, pegándose mamporros contra la barandilla de madera, soltando tacos, autoconvenciéndose: *tres semanas solamente. Inventario, tasación, venta, cobro. Y largarse.*

Un plan estúpidamente sencillo.

Cualquiera podía hacerlo.

Incluso ella.

Capítulo 2 — Cash

Cash Keynes condujo de vuelta al cuartel a quince kilómetros por hora. Más o menos la velocidad a la que se movía todo en Puerto Encantado.

Se pasó el trayecto entero intentando no pensar en la nieta de los Castillo.

No lo consiguió.

Pero lo intentó. Que conste.

El problema era que Amy estaba más buena que comer pollo con las manos. Daba igual que fuera vestida de lo más sencillo o que llevara cara de agotamiento. La tía era un pibón.

Pelo suelto casi hasta la cintura, castaño rojizo. Ojos de un negro profundo que contrastaban con la piel clara. Una combinación irresistible.

Y la sonrisa. Pícara, expresiva. Esos labios rojos, tan apetecibles que se le hacía la boca agua.

No ayudaba que llevara meses sin follar. Su estúpida abstinencia, autoinfligida, ya se parecía al desierto del Sáhara.

Se había cansado de hacer kilómetros para un polvo de diez minutos de alivio, siempre lo más lejos posible para mantener la discreción.

¿Liarse con alguien del pueblo? Ni de coña.

Desde lo de Lauren se había jurado no tener líos de faldas a cincuenta kilómetros a la redonda.

Y va la tía, recién llegada, hecha polvo, con cara de no haber dormido, y le toca la mano a las primeras de cambio.

Un roce insignificante. El cuerpo se le revolucionó de todas formas. Como si la piel supiera algo que la cabeza ya había olvidado.

La pobre no lo había hecho a propósito. El capullo era él, que iba por ahí más cachondo que un perro en primavera.

Una puta casualidad.

Cash apretó el volante. Se convenció de que solo era eso, de que darle vueltas no serviría para nada.

Bueno, sí. Para que la polla no se le quedara quieta.

Aparcó delante del cuartel. Un edificio bajo y blanco que compartía pared con el ayuntamiento y media historia con el resto del pueblo.

Dentro, Noah lo esperaba con los pies sobre la mesa y un dónut a medio camino de la boca.

—¿Qué tal la nieta? —preguntó Noah, sin molestarse en bajar los pies.

—Bien.

—¿Bien maja o bien guapa?

—Bien y ya está. —Cash colgó las llaves en el panel y se dejó caer en la silla.

Noah lo miró con esa sonrisita que ponía cuando creía saber algo. Lo malo era que casi siempre lo sabía.

—Ajá —dijo Noah, mascando—. Bien y ya está.

Cash no entró al trapo. Llevaba seis años aguantando al chaval. Había aprendido que la única defensa era el silencio. Como con los mosquitos: si no te mueves, al final se cansan y van a picar a otra parte.

Pero el chaval tenía razón en una cosa. Y eso le fastidiaba.

El problema no era que la nieta de los Castillo fuera guapa. Era que no se quedaba en guapa y ya. Era de las peligrosas.

Esos ojos oscuros, pícaros, que se le iban a todas partes. Esa boca que no paraba quieta. Las cejas moviéndose por su cuenta mientras hablaba, en una cara que lo transparentaba todo.

Cash llevaba toda la vida leyendo a la gente. Era buena parte de su trabajo. Y a esa chica la había calado en treinta segundos:

competente y despistada a partes iguales, con una sonrisa de quita y pon que se calzaba justo cuando algo le dolía.

—Oye. —Noah bajó por fin los pies de la mesa, arrugando la frente —. ¿Le has contado lo de los robos?

Y ahí estaba el otro asunto.

Los robos.

La cosa se estaba poniendo fea. Cash llevaba desde el verano pasado alertando sobre el tema. Al principio pensó que eran imaginaciones suyas: un hueco en una vitrina que juraría haber visto llena, un estante con menos trastos de los que recordaba.

Pero esta vez no era cosa de su cabeza.

Faltaban piezas. Y no piezas cualquiera: libros de las baldas de arriba, cajas de papeles de las del fondo, pitilleras y cajas de música, el tipo de objetos que un ladrón normal ni miraría porque no parecían gran cosa.

Alguien que sabía bien lo que se llevaba. Alguien que sabía cómo entrar sin forzar una sola cerradura, sin romper un solo cristal.

Alguien con llave.

Eso era lo que le revolvía el estómago. En Puerto Encantado, las personas que sabían ver el valor de una pitillera fea de cojones se contaban con los dedos de una mano.

Y todos eran de los suyos. Vecinos. Caras que se cruzaba cada mañana en el muelle y cada domingo en misa.

—No —dijo Cash—. No es momento. Acaba de llegar y bastante tiene ya encima.

—Pues vas a tener que decírselo.

—Ya lo sé.

—Y habrá que poner una denuncia. Estar al loro.

—Ya.

—Aun cuando no quieras causar más dolores de cabeza a los Castillo.

Cash asintió.

—Que ya lo he entendido.

Noah levantó las manos en señal de rendición antes de hincarle el diente al dónut otra vez.

—Pues buena excusa tienes para pasarte por la tienda todos los días, ¿eh?

Cash le lanzó una mirada que habría fulminado a cualquiera en el pueblo. A Noah le resbaló. Como siempre.

No necesitaba excusa para pasarse por la tienda. Llevaba meses haciéndolo sin que nadie se lo pidiera. La diferencia es que ahora, cada vez que cruzara la puerta, habría una mujer dentro mirándolo con esos ojos chispeantes.

Y eso sí que era un problema.

Uno gordo.

Porque Cash Keynes tenía su vida medida al milímetro. Se levantaba a las cinco. Hacía la ronda. Se tomaba el café en El Pelícano mientras Mari le ponía al día de chismes que él fingía no escuchar. Arreglaba lo que hubiera que arreglar, vigilaba lo que hubiera que vigilar, para terminar la noche sentado en la terraza junto a su perro, una cerveza bien fría entre las manos, viendo cómo el sol se ahogaba en el mar.

Una vida pequeña, tranquila y suya.

Hacía mucho que había dejado de esperar que en esa vida cupiera nada más. Y no lo decía con pena, ojo. Lo decía como quien dice que en agosto hace calor. Un hecho incuestionable.

Las mujeres venían a Puerto Encantado. Se enamoraban del pueblo dos veranos. Se aburrían al tercero y se marchaban a buscar algo más grande.

Él se quedaba.

Siempre se quedaba. Porque alguien tenía que hacerlo.

Así que no. De ninguna manera iba a fijarse en los labios rojos o en los ojos chispeantes de Amy Castillo. Ni en el puñetero calor que le había subido por el brazo cuando sus dedos se rozaron. Un calor que le había puesto la polla gorda, pero que definitivamente no pasaba de ser eso. Un calentón que no sentía desde la adolescencia.

Recuerda que igual que ha venido se marchará.

Cash se levantó. Cogió las llaves del coche otra vez.

Ni se te ocurra enredarte en algo que tiene un pie fuera de la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Noah.

—A la ronda.

—Pero si ya la has hecho esta mañana.

—Pues la hago otra vez.

Noah abrió la boca para soltar alguna lindeza insoportable. Cash ya estaba cruzando la puerta.

Fuera, el sol rajaba la tierra. El pueblo dormía la siesta a media tarde.

Cash se subió al todoterreno. Se dejó llevar por una inercia que se negaba a reconocer y condujo despacio hacia la tienda.

Pasó por delante. Las ventanas del piso de arriba estaban abiertas. A través de las cortinas blancas distinguió una silueta menuda moviéndose de un lado a otro.

No frenó. No aminoró la marcha.

Siguió de largo. Como el buen policía que hacía su ronda. Ese a quien no le importaba lo más mínimo lo que pasara en el segundo piso de la antigua casa de los Castillo.

«Ni a ti ni a tu polla», se repitió mientras se alejaba.

Capítulo 3 — Amy

Amy se despertó a las seis y media de la mañana sin tener ni pajolera idea de dónde estaba.

Al menos no era su habitación de Hoboken.

Tardó tres segundos largos en ubicarse. Recorrió con la mirada el techo de vigas oscuras, las cortinas de flores descoloridas, ese olor a madera vieja y a salitre que se colaba por una ventana que no cerraba bien.

El piso de los abuelos. Puerto Encantado. La tienda. La dichosa misión.

Vale. Ya estaba situada.

Y de regalo, un dolor de espalda de mil demonios. Cortesía de un colchón que debía de tener más años que ella.

Fantástico. La próxima vez se pillaba un saco de cemento para dormir. Seguro que era más blando.

Se incorporó a duras penas, estirando los músculos entumecidos. La noche anterior había llegado tan hecha polvo que ni se fijó en dónde se metía: soltó la maleta, se lavó los dientes con un hilo de agua que tardó una eternidad en salir templada y se desplomó en la cama como un fardo.

Ahora, con los ojos abiertos, veía el cuarto de verdad por primera vez en veinte años.

Y el pecho se le encogió de golpe. El muy traidor. Porque lo reconocía todo.

Su cabeza no. Ya lo había comprobado el día anterior frente al dichoso jarrón: la cabeza estaba en blanco.

Pero el cuerpo iba por libre. Una punzada honda y tonta en mitad del pecho al reparar en la cómoda con el espejo moteado, el aguamanil de porcelana sobre el mármol, la colcha de ganchillo doblada a los pies de la cama.

Su abuela la había tejido. No tenía ni idea de cómo lo sabía. Pero lo sabía.

Venga, ya está bien. Nada de ponerse sentimentales tan temprano.

Se levantó de un salto. Si algo se le daba bien en esta vida era huir. De los sentimientos, más que de ninguna otra cosa.

Tres semanas. Solo tres semanas para inventariar, tasar y vender. Sin ponerse sensiblera con una colcha de ganchillo a las seis y media de la mañana y en ayunas.

Y hablando de ayuno, necesitaba un café como el aire. Con urgencia. De vida o muerte.

Se vistió con lo primero que pilló: unos vaqueros y una camiseta arrugada que decidió que pasaba el corte porque en ese pueblo no la conocía ni el tato. Se recogió el pelo en una coleta mal hecha.

Bajó la escalera. Se metió, cómo no, un viaje de campeonato contra la barandilla.

—Buenos días a ti también —le espetó a la barandilla, frotándose el codo dolorido.

La tienda, a la luz de la mañana, daba todavía más respeto que de noche. Sin la penumbra dramática, lo que quedaba ante sus ojos era un marrón de tres pares de narices: una sucesión infinita de estanterías vacilantes, vitrinas llenas de polvo, cajas apiladas, rincones oscuros donde a saber qué demonios acechaba.

Se quedó parada al pie de la escalera, intentando calcular el número de piezas que se le venían encima. Lo dejó en «un huevo de ellas». Su cerebro sin cafeína no daba para más.

Primero el café. La crisis existencial podía esperar.

Salió a la calle. El pueblo la recibió con una bofetada de luz y un calor húmedo que apestaba a mar.

Aún era pronto, pero Puerto Encantado ya se desperezaba con un movimiento vigoroso que la sorprendió. Un par de tiendas subiendo

los cierres. Furgonetas descargando cajas de fruta. Una panda de gaviotas dándose de picotazos por un mendrugo de pan duro.

Amy caminó un par de calles. Cambió de dirección. Anduvo un poco más, volvió a girar, y desembocó en una plaza completamente vacía.

Se dio la vuelta con los brazos en jarra, buscando una cafetería. La divisó a unos metros, justo en la esquina: un local pintado de azul turquesa, un toldo a rayas blancas, y sobre la puerta, un cartel con un pelícano regordete y bastante mal dibujado sosteniendo una taza de café con un ala torcida.

Debajo, en letras alegres, ponía: EL PELÍCANO.

—Te quiero ya —dijo, alzando la cabeza para guiñarle un ojo al pajarraco.

Empujó la puerta. Sonó una campanilla sobre su cabeza. El olor a gloria la invadió de golpe: café tostado, bollos horneándose, mantequilla derretida.

El local era pequeño y acogedor. Apenas media docena de mesas, una barra larga de madera, las paredes sepultadas bajo fotos antiguas, redes de pesca, cachivaches marineros. A esa hora el ambiente estaba tranquilo: un hombre mayor concentrado en el periódico, una pareja de turistas madrugadores.

Detrás de la barra, una mujer de unos cuarenta años secaba tazas con un trapo. Pelo oscuro recogido en un moño alto del que se escapaban mechones por todas partes. Delantal manchado de harina. Una cara espabilada, de esas que te calan en un segundo.

Levantó la vista al oír la puerta. Se quedó mirándola fijamente, el trapo y la taza congelados en el aire.

Amy se miró de reojo por si llevaba la camiseta del revés o algo en la cara.

El silencio empezaba a ser tan incómodo que Amy soltó la risa.

—Hola —saludó alegremente—. ¿Tengo monos en la cara?

La mujer dejó la taza despacio y salió a su encuentro.

—Castillo —dijo. Y no era una pregunta.

Amy se quedó de piedra.

—¿Cómo lo sabes...?

—¡Pero si eres clavada a Dolores! Los mismos ojazos. —Se detuvo delante de ella, limpiándose las manos en el delantal, sin dejar de estudiarla con una sonrisa que iba creciendo—. Madre mía, la nieta de Dolores Castillo en mi cafetería. Si es que en este pueblo no se puede ocultar nada ni queriendo. Anda, siéntate. Siéntate, mujer, que traes una cara de haber visto un fantasma.

—Creo que el fantasma lo has visto tú —murmuró Amy, dejándose llevar hasta un taburete de la barra, un poco abrumada por semejante recibimiento.

—Soy Mari. El Pelícano es mío, era de mi madre y antes de mi abuela. Vamos, que llevo aquí pegada toda la vida, igual que las lapas. —Ya se había metido detrás de la barra otra vez, trasteando con la soltura de quien lleva mil años haciendo lo mismo—. Un café te hace falta, eso salta a la vista. ¿Cómo lo tomas?

—Solo. Cargado. Y si tienes una vía intravenosa, mejor.

Mari soltó una carcajada limpia.

—Esa me gusta. —Atacó una cafetera italiana que parecía sacada de un museo, de esas que pitan como locomotoras—. Café cubano, que aquí es la especialidad. Te va a quitar la tontería del cuerpo de un viaje, ya verás. Y te marcho una tostada, que estás en los huesos y a Dolores le daría un síncope si te viera tan flaca.

Amy abrió la boca para decir que no hacía falta, que solo quería el café. Le salió un:

—Vale. Gracias.

Hacía siglos que nadie se preocupaba por si comía bien o se moría de hambre. Además, el olor de ese pan tostado empezaba a ser un argumento incontestable.

Mientras Mari preparaba las cosas, Amy inspeccionó las paredes con más calma. Fotos del pueblo, barcas, pescadores, fiestas patronales, vecinos posando sonrientes delante de comercios antiguos.

—Oye, ¿no estarán por ahí mis abuelos?

Mari se plantó en seco, con la taza en el aire, mirándola con una ternura repentina que la descolocó por completo.

—Cielo, tu abuela venía aquí cada mañana. A esa misma silla en la que estás sentada tú ahora mismo, fíjate qué cosas. Se pedía un cortado con su tostada de guayaba y se tiraba media hora dándome la chapa con los chismes de la tienda: que si esta lámpara perteneció a no sé quién, que si este reloj cruzó el océano en el baúl de un tal fulano. Pero antes se dejaba sacar una muela que hacerse una foto sin arreglar. Y tu abuelo era peor. —En su sonrisa había una pizca de tristeza—. Los echo de menos. Todo el pueblo los echa de menos.

Amy bajó la vista a la tacita de porcelana que Mari le había puesto delante. El vaho subía en una espiral.

—Yo apenas los recuerdo —confesó, en voz baja. Le sorprendió estar diciéndoselo a una desconocida cuando llevaba años sin decírselo ni a sí misma—. Dejé de venir de niña, mi madre ya no nos permitió venir. Y luego la vida, ya sabes. Muchos años más tarde te llaman para decirte que se han muerto tus abuelos y que te han dejado un tercio de una tienda en un pueblo al que ni te acuerdas de cómo se llega.

No supo por qué se le soltaba la lengua así. Sería por el café. O por la silla que había sido de su abuela. O simplemente porque Mari tenía una de esas caras que te empujan a vaciar el buche.

Mari no se lo tomó a mal. Se apoyó en la barra, frente a ella, y la miró con calma.

—Bueno, pues ya estás aquí. Más vale tarde que nunca, ¿no?

—Ya, pero es que... —Amy dudó. Y luego decidió que, total, se iba a enterar igual, que en ese pueblo por lo visto se enteraban todos de

todo—. He venido a venderla, Mari. La tienda. Mis hermanas van un poco ahogadas y necesitan el dinero. Por eso he venido. A inventariar, tasar y venderlo todo.

Lo dijo esperando un cambio de cara. Un enfriamiento. Que la simpatía se le agriara de golpe, como les pasa a algunos cuando descubren que no eres de los suyos.

Pero Mari no se inmutó. Cogió un trapo y siguió secando tazas, pensativa.

—Esa tienda es media historia de este pueblo, maja —dijo al fin, sin reproche, casi con suavidad—. Pero cada uno sabrá lo que hace. No voy a ser yo quien te diga lo que tienes que hacer con lo que es tuyo. —Levantó la vista y le guiñó un ojo—. Eso ya te lo dirá el resto del pueblo, no te preocupes, que aquí opinan hasta las gaviotas.

Amy se rió, aliviada, y le dio el primer sorbo al cortado.

Y, madre del amor hermoso, Mari no exageraba. Aquello no era café. Era una experiencia religiosa. Dulce, intenso, espeso, espumoso, con un punto que le subió por la nariz y le encendió el cerebro como quien le da a un interruptor.

Amy cerró los ojos un segundo. Disfrutando como una enana.

—Vale —dijo—. Me mudo aquí a tu cafetería. Pongo una cama detrás de la barra y ya está.

—Esa frase la decía tu abuela también, palabra por palabra. —Mari sonreía de oreja a oreja—. Lo llevas en la sangre, cielo. No hay nada que hacer.

Y por algún motivo que Amy no quiso examinar muy de cerca, esa tontería de «lo llevas en la sangre» le calentó el pecho más que el café.

No te acostumbres, se dijo, mientras Mari le ponía delante la tostada y seguía cotorreando sobre el pueblo, sobre el mercadillo del domingo, sobre que tenía que conocer a no sé quién y a no sé cuántos.

No te acostumbres a esto, Amy. Tres semanas. Y te largas con el pastizal.

Pero se comió la tostada entera. Y luego pidió otro café.

Cuando salió de El Pelícano media hora después, con la tripa llena y la cafeína haciéndole cosquillas en las venas, se descubrió despidiéndose de Mari con un «hasta mañana» que le salió natural. Automático. Como si llevara haciéndolo toda la vida.

Frunció el ceño. Primera reacción. Pero enseguida sonrió, el sol pegándole con fuerza en la cara, relajándola.

El pueblo parecía estar haciendo su magia. Para su sorpresa, la idea de pasar el día entero metida en una tienda polvorienta, trasteando, descubriendo objetos nuevos, no le pareció una condena.

Le pareció un plan magnífico.

Una idea que la asustó muchísimo, más que cualquier fantasma.

Capítulo 4 — Cash

A Cash le bastó con asomar la cabeza por la oficina del ayuntamiento para olerse que la cosa pintaba mal.

Amy estaba al otro lado del mostrador, de pie, rodeada por un pequeño ejército de papeles desplegados como las cartas de una partida que estaba perdiendo.

El pelo se le escapaba de la coleta en mechones que le caían sobre la cara. Mordisqueaba un boli. Se llevaba una mano a la cabeza.

Del otro lado, la funcionaria no paraba de parlotear dando instrucciones que Amy se esforzaba por comprender.

Cash había ido a entregar un parte de tráfico. Cinco minutos, nada más. Saludó a la funcionaria con un movimiento de cabeza, procuró que Amy no le viera, y dio media vuelta para marcharse. Como una persona sensata.

Eso es. Date la vuelta y cruza esa puta puerta, imbécil. Esto no es asunto tuyo.

Pero no lo hizo.

En vez de eso se acercó al mostrador.

—…o sea, que necesito el certificado de no sé qué para tramitar el traspaso —decía Amy, agitando los brazos—, pero para que me den el certificado me piden antes el otro papel, y para el otro papel resulta que me hace falta una firma que solo te dan en una oficina que abre los martes alternos. Y hoy es jueves. ¿Lo entiende, señorita? Lo que usted me propone es físicamente imposible, ¡una de esas pesadillas en las que corres y no avanzas!

La funcionaria, impasible, le tendió otro formulario.

—Rellena también este, cariño.

Amy miró el papel a punto de desbordarse.

Cash apoyó un codo junto al brazo de Amy. Sin poder evitarlo del todo, sonrió.

—¿Todo bien?

Amy se giró de golpe y le vio.

Durante una fracción de segundo, antes de que le diera tiempo a disimular, en su cara brilló un alivio puro e instintivo. Idéntico al de un náufrago que divisa una tabla de salvación en mitad de la tormenta.

Duró un parpadeo. Enseguida regresaron la sonrisa torcida y esa coraza de sarcasmo con las que se defendía tan bien.

—De maravilla —dijo—. ¿Sabías que para traspasar una licencia de un negocio en este condado hacen falta catorce formularios, tres firmas ante notario y, por lo visto, un sacrificio ritual a la luna llena?

—Bienvenida a Florida.

A Amy se le escapó una sonrisa por la comisura de los labios. Ver que él era el culpable le provocó una satisfacción tonta, completamente desproporcionada.

Tenía que parar ya. Estaba haciendo el auténtico capullo.

La administrativa los observaba por encima de las gafas con una sonrisita que no presagiaba nada bueno. Mañana medio pueblo sabría que el jefe se había plantado a charlar con la nieta de los Castillo en mitad del ayuntamiento. Pasado mañana ya estarían organizando la boda.

Daba igual. Había algo que tenía que decirle, y llevaba dándole vueltas desde el día anterior. Así que, ya puestos.

—Quiero hablar contigo sobre la tienda —dijo, inclinándose sobre ella y bajando el tono de su voz—. ¿Tienes un minuto cuando termines con este papeleo?

Amy entornó los ojos.

—Eso ya me lo dijiste ayer, y pusiste una cara rarísima, por cierto. ¿Qué le pasa a la tienda? ¿Está construida sobre un cementerio indio de película de terror o hay un cadáver emparedado? Porque con el día que llevo te juro que prefiero eso a seguir con el papeleo.

—No es nada de eso.

—¿Seguro? Porque lo del cementerio indio explicaría los ruidos.

Cash frunció el ceño.

—¿Qué ruidos?

Amy abrió la boca, la cerró de golpe, le restó importancia sacudiendo la mano.

—Nada, neuras mías. Anoche me pareció escuchar... mira, da igual. Las casas viejas crujen y punto, seguro que es eso, o que me estoy volviendo loca por momentos. —Recogió los papeles de un manotazo, los metió en la carpeta sin orden ni concierto y se la encajó bajo el brazo—. Venga, que ya hemos terminado aquí, dispara. ¿Qué narices pasa con la tienda?

Cash miró a la funcionaria, que fingía revisar un cajón con la oreja claramente puesta.

—Aquí no. Mejor vamos fuera.

Salieron a la plaza. Una placita modesta con cuatro palmeras, un banco, la estatua de un pescador que el escultor, por motivos que nadie había logrado explicar nunca, había dotado de una expresión de terror absoluto.

Cash se apoyó en la barandilla, a la sombra. Amy se plantó delante de él, aferrando la carpeta contra el pecho, a la espera.

A plena luz del día traía peor cara que ayer. Pero mantenía los ojos igual de despiertos, incluso más chispeantes, recorriéndole las facciones como si intentara leerle el pensamiento.

Cash tomó aire. Como no había manera fina de soltarlo, se lo soltó a lo bruto.

—Llevo un tiempo entrando en la tienda… desde que murió tu abuela. Solo para echar un ojo, comprobar que no entrara agua, que nadie metiera las narices... —se frenó clavándole la mirada—. Y hace cosa de unos meses empecé a notar que faltaban cosas.

La sonrisa de defensa de Amy se borró de un plumazo.

—¿Cómo que faltan cosas?

—Piezas. De las estanterías, de las vitrinas. Pocas cada vez. Una aquí, dos allá. No me di cuenta al principio porque ahí dentro hay mil cacharros y, por supuesto, ahora tampoco tengo forma de asegurarlo. Pero hay huecos, rincones vacíos donde juraría que antes había algo.

Amy se quedó pensativa.

—Igual lo movió mi abuela antes de... —se interrumpió—. O igual te ha parecido. Cualquiera puede equivocarse.

—Podría ser. —Cash asintió despacio. Le divertía que Amy le contradijera a cada paso. Era una chica lista, y le gustaba que tuviera el carácter suficiente para cuestionarle—. Pero hay un detalle que no encaja. No hay forzamiento. La cerradura está intacta, las ventanas cerradas, no falta ningún cristal. El que entra, entra con llave o con alguna clase de ganzúa. Y se lleva justo las piezas que no llaman la atención, las de arriba, las del fondo. Las que solo cogería alguien que sabe lo que vale cada cosa.

Mientras hablaba no le quitó los ojos de encima. Vio cómo Amy iba atando cabos, cómo se le tensaba el entrecejo a medida que digería la información.

—O sea que alguien está entrando en mi tienda sin permiso —dijo despacio—. Y por lo visto cuenta con una llave. El hijoputa se lleva las piezas buenas, una a una, para que no salte la perdiz.

—Eso parece.

—Las piezas buenas —susurró Amy. Cerró los ojos un momento, soltó el aire entre dientes—. O sea, las caras. Las que más suben la tasación. Las que necesito para... —se calló.

Cash terminó la frase en su cabeza. *Las que necesitas para que la venta valga la pena.*

Notó algo desagradable removerse en el estómago. Una mezcla rara que no quiso examinar. Por un lado le fastidiaba que a ella lo primero que se le pasara por la cabeza fuera el dinero de la venta. Por otro, ¿qué iba a venirle a la mente, si precisamente para eso había venido?

—¿Quién más tiene copia? —preguntó Amy.

—Que yo sepa, solo tú y yo. Aunque podría ser que las llaves de tus abuelos hayan ido pasando de mano en mano.

Amy se pasó una mano por la cara.

—Genial. Llevo veinticuatro horas en el pueblo y ya tengo un ladrón fantasma. Esto es mejor que el cementerio indio, ya te lo digo yo.

—Hay una pega —interrumpió Cash. Amy se enderezó—. Para que yo meta mano en esto en condiciones y abra diligencias de verdad, hay que poner una denuncia. Y para denunciar un robo tienes que especificar qué cojones se han llevado. Necesitas un inventario. Saber qué debería haber y compararlo con lo que hay.

Amy soltó una carcajada sin gracia.

—Esa es la idea. Pero visto que ahí dentro hay tres pisos de trastos, fijo que me tardo un mes solo en contar las lámparas.

—¿Tus abuelos no llevaban registros?

Eso la frenó. Amy ladeó la cabeza, pensando.

—No sé. Supongo. Mi abuela era... —dudó, buscando la palabra—. Mari ha dicho esta mañana que se sabía la historia de cada cacharro. De dónde venía, quién lo trajo. Si era así de meticulosa, igual lo apuntaba en alguna parte.

—Creo que era tu abuelo quien lo escribía todo, la verdad. Tu abuela se sabía las historias de memoria, pero era Arturo quien las apuntaba en las libretas. —Cash se rascó la nuca—. Las he visto, hace años. Unas de esas de carnicero. No sé dónde las guardaba, pero existen. O existían.

Amy le miró un segundo interminable. Cash supo, por cómo se le movió algo detrás de los ojos, que estaba pensando exactamente lo mismo que él.

Y que aquello no les convenía a ninguno de los dos.

Porque lo lógico, lo único sensato, era que ella buscara las libretas, hiciera el inventario, cotejara lo que faltaba y pusiera la denuncia. Y que él, como policía, documentara los robos e investigara.

Lo cual significaba que iban a tener que hacerlo juntos.

Horas. Días.

Los dos solos en esa tienda enorme y polvorienta, removiendo cajones, comparando listas, con esos ojos y esa boca de ella yendo y viniendo y farfullando, y ese calentón que le subía por el cuerpo cada vez que se reía, se mordía el labio, se tocaba el pelo.

No. Ni de coña. De ninguna manera.

—Puedo pasarte el contacto de un perito —se oyó decir, en un último intento de salvación—. Que venga de fuera, haga el inventario por su cuenta y...

—Prefiero que lo hagas tú. —Amy afirmó tajante—. Lo otro cuesta un dineral y yo no tengo un dineral, curro en una app de reparto de comida y tengo una cuenta corriente que da pena. Si tuviera algo ahorrado, ya habría puesto una alarma o una cámara y aquí paz y después gloria. Pero no tengo un duro.

—Lo que sí puedo hacer es que una patrulla pase por aquí un par de veces cada noche, para que duermas más tranquila.

—Vale, gracias —dijo Amy, un poco descolocada por el ofrecimiento —. En cuanto al inventario, lo voy a hacer yo. Con o sin ayuda. Es cuestión de encontrar las libretas, montar el inventario y ya está, aunque me quede a pasar las Navidades. —Suspiró y levantó la cabeza para mirarle a los ojos—. Pero de papeleo policial no tengo ni pajolera idea, ni sé qué hay que registrar ni cómo se documenta un robo. Así que, nos haga gracia o no, nos toca…

—Sí —dijo Cash.

—Trabajar juntos —remató ella, arrugando la nariz como si la idea le supiera a cuerno quemado.

Aquel gesto, de forma retorcida, le dio un respiro. Si a ella tampoco le hacía ninguna gracia el plan, a lo mejor lograban comportarse como dos adultos normales y corrientes.

Con un poco de suerte, hasta su polla se daría por aludida y se estaría quieta.

—Esta misma tarde me pongo a buscar las libretas —dijo Amy—. ¿Te pasas cuando termines el turno?

—Esto... vale. Me paso.

—Pues hala. —Se recolocó la carpeta bajo el brazo y dio media vuelta, pero a los tres pasos se frenó en seco—. Oye, Cash.

—¿Qué?

Amy le miró con una cara totalmente distinta. Seria. Despojada de bromas por una vez.

—Gracias. Por cuidar de la tienda todos estos meses… —Se encogió de hombros, visiblemente incómoda ante su propio brote de sinceridad—. No tenías ninguna obligación y lo hiciste de todas maneras.

Se dio la vuelta antes de que a él le diera tiempo a abrir la boca.

La siguió con la mirada mientras cruzaba la plaza a paso rápido, bajo un sol de justicia que caía a plomo. Le dejó allí plantado, con un nudo extraño en la garganta.

La estatua del pescador aterrorizado le observaba de hito en hito desde su percha.

Nunca le había gustado esa puñetera estatua. Le traía recuerdos dolorosos.

Como se cruzara a ese escultor, le arrestaba por gilipollas.

Capítulo 5 — Amy

La casa de Celeste Amador era imposible de perder. Era la única de todo Puerto Encantado pintada de rojo.

Y para más inri, un rojo tan intenso que parecía un beso de pintalabios plantado en medio de la calle.

—Celeste te espera mañana a las once —le había advertido Mari—. Y ni se te ocurra discutir. Era la mejor amiga de tu abuela y, como no vayas, la que va a pagar el pato y sufrir el calvario voy a ser yo.

Así que, tras patearse el pueblo siguiendo las señas de Mari, allí estaba Amy. Clavada ante la verja a las once en punto, maravillada de tener una agenda social tan pronto.

La casa era una edificación de madera de una sola planta. El porche, atestado de macetas, plantas colgando unas de otras en una cascada verde interminable. Y un auténtico ejército de gatos repartidos por los escalones de azulejos, sentados bajo el sol con la dignidad de pequeños emperadores.

Antes de que Amy pudiera llamar, la puerta se abrió de golpe.

—¡Pero mírala qué guapa! —Una mujer menuda, de pelo blanco recogido en un moño tirante y unos ojos vivísimos que no paraban quietos, apareció en el porche apartando mininos con el pie—. Ven aquí, hija mía, anda, ven que te vea bien.

Antes de poder reaccionar, Amy se vio atrapada en un abrazo que olía a jazmín y a café recién hecho. Uno de esos achuchones que estrujan las costillas de verdad, que no se dan por cumplir.

Celeste era una cabeza más baja que ella. La abrazaba como si quisiera comprobar que Amy era de carne y hueso.

Celeste estornudó de pronto, un «achús» agudísimo y teatral que le hizo temblar los pendientes.

—El fresco de la noche —masculló, sacudiendo la cabeza—. A mi edad cualquier corriente de aire se convierte en un resfriado de tres días.

Amy sonrió y le quitó importancia con un ligero ademán.

Cuando por fin la soltó, la agarró por los brazos y la examinó de arriba abajo sin ningún disimulo.

—Vaya, los ojos de Dolores, no hay duda —dictaminó—. Demasiado delgada, eso sí. ¿Es que no te da de comer nadie allí en... dónde es, en Nueva Jersey? Pasa para dentro, anda, que tengo café fresco.

—Mari ya me ha metido tres tazas entre pecho y espalda esta mañana.

—Pues te tomas la cuarta. —Celeste se cogió de su brazo y la llevó hasta la entrada casi a empujones—. El café de Mari está bien si vas con prisas, ¡pero el mío es café de verdad!

Amy decidió que con aquella mujer no se discutía. Asintió y cruzó el umbral.

El interior de la casa era como entrar en un salón de La Habana. Enormes mecedoras de mimbre y caoba presidían la estancia, orientadas hacia unos ventanales altos con persianas de madera que tamizaban la luz cegadora de Florida en franjas doradas.

Cada superficie parecía haber sido invadida por recuerdos. Las paredes, desgastadas por el salitre, repletas de retratos en blanco y negro en marcos de plata, figuritas de porcelana, caracolas, velas de santos, un crucifijo, postales descoloridas pegadas al borde de un espejo.

Un viejo ventilador de techo giraba despacio, cortando el bochorno sin llegar a refrescarlo. En una esquina, una radio antigua tosía un son cubano amortiguado, como si la música también estuviera aletargada por el calor.

Olía a incienso y a algo guisándose a fuego lento en la cocina.

Un gato naranja gordísimo dormía en el respaldo del sofá. Como si fuera un cojín más.

Celeste la sentó a la mesa de la cocina. Le puso delante una tacita de café de aroma intenso junto a un plato de pastas de té de limón

y chocolate.

Amy las devoró a una velocidad vergonzosa.

—Mantecados encantados —dijo Celeste, satisfecha, rellenando el plato sin preguntar—. Son la receta de mi madre y a tu abuela le volvían loca. Se apoltronaba ahí mismo, donde tú estás, zampándose media bandeja mientras me daba la brasa con sus cosas. Era de buen comer, y eso a mí me encantaba porque me apasiona cocinar. Comer y dar la lata, los máximos placeres de la vida.

—Amén.

Celeste aplaudió encantada.

—Hasta en el sentido del humor eres el calco de Dolores, niña.

—Me lo dice mucho la gente últimamente, lo de que nos parecemos... —murmuró Amy con la boca llena.

—Porque es la pura verdad. —Celeste se sentó enfrente con su propio café y la miró con esos ojos que parecían ver más de lo que decían—. Cuéntame. ¿Cómo están tus hermanas? ¿Y tu madre? Hace años que no sé de Elena.

Y así, sin que Amy supiera muy bien cómo, se encontró explicándole su vida a una anciana que acababa de conocer. Lo de Lucy y los niños. Lo del divorcio de Chloe. Lo de su madre, que seguía en Nueva Jersey y a la que Puerto Encantado le traía recuerdos que prefería no remover.

Celeste escuchaba, asentía, metía algún comentario afilado, y rellenaba el café cada vez que la taza bajaba de la mitad.

Al rato se puso en pie para rebuscar en el fondo de un aparador. Regresó con un álbum de fotos enorme y pesado, forrado en un cuero desgastado por los años.

—Venga, agarra —dijo, soltándolo sobre el hule con un golpe sordo —. Esto lo tienes que ver por ti misma.

Amy abrió las tapas. Al pasar el primer par de hojas, el corazón le dio un vuelco limpio. Abrió los ojos como platos.

Allí estaba su abuela de jovencita. Una mujer espectacular de pelo oscurísimo y ojos almendrados.

Amy se llevó una mano a la boca, maravillada. *Jolín, pues sí que había heredado su mirada.*

En el papel amarillento se la veía partiéndose de risa delante de la fachada recién pintada de Castillo Antigüedades, flanqueada por un hombre alto, de traje, luciendo un bigote de manillar imponente que apenas concedía una media sonrisa de compromiso.

Su abuelo.

—Mil novecientos sesenta y ocho —dijo Celeste, tocando la foto con un dedo arrugado—. El día del estreno de la tienda. Mírame a mí ahí al lado, ¡qué guapa era yo, por el amor de Dios!

—Guapísima —confirmó Amy con una sonrisa, señalando la foto con un dedo—. Parece estar el pueblo entero.

—El pueblo entero, literalmente —añadió pensativa. Enseguida señaló a un grupo de niños que correteaban al fondo de la foto—. A la mitad de estos los traje al mundo con estas manos. Oye, chica de ciudad, tú sabes lo que es una comadrona, ¿verdad?

Amy abrió los ojos como platos.

—¿Tú traías a los niños al mundo? ¡No me lo creo!

—Les he visto el culito a todos. Desde el alcalde hasta la pescadera. Incluido el comisario —le guiñó el ojo con complicidad.

Amy no sabía dónde meterse y volvió a pasar las páginas del álbum como su única válvula de escape. Observó las fotos una tras otra con detenimiento: el pueblo multiplicando sus casas y locales, la tienda de antigüedades creciendo, las modas cambiando. En todas las fotos de reuniones, su abuela siempre en el centro, siempre riendo o en movimiento.

Tan vital, pensó Amy.

Y de pronto, en una de las últimas páginas: una cría con coletas mal hechas, sentada en el escalón de la entrada con un helado pringoso

derritiéndosele entre los dedos.

Amy se quedó mirando la foto con cara de confusión. Celeste soltó una risita.

—Tendrías unos cinco añitos. Veníais a pasar todos los veranos y tú te tirabas las horas muertas en la tienda pegada a tu abuelo, escuchando cómo te explicaba el origen de cada cachivache. Eras la única que le prestaba atención, ¿sabes? Tus hermanas se aburrían como ostras y solo querían playa, playa y más playa, pero tú te plantabas ahí con él, tocándolo todo con curiosidad. —Sonrió con nostalgia—. Le rompías la mitad de las cosas, eso también. Pero él no te reñía nunca.

Un nudo tremendo se le instaló en la garganta. No se acordaba de nada, y era una auténtica putada no acordarse.

Apretó los párpados, intentando rescatar a la fuerza aquellos veranos perdidos, y por un instante el cuerpo pareció reaccionar, reconociendo el calor de la madera del escalón, la sensación del helado pringoso entre los dedos, la voz grave del abuelo explicándole historias.

Amy abrió los ojos. Sin saber si lo recordaba de verdad o si era solo un truco de su imaginación.

Qué fuerte. ¿Por qué mi madre no guardó estas fotos en su casa de Hoboken?

Se sorbió los mocos con rabia, pasando de hoja a toda prisa.

Nada de ponerse llorona ahora.

—Celeste, ¿tú sabes por qué dejamos de venir de golpe?

La anciana tardó unos segundos en responder. Una sombra fugaz le oscureció el rostro.

—Cosas de mayores —dijo al fin—. Tu madre y tu abuela tuvieron sus más y sus menos, lo típico que pasa en las mejores familias. —Cerró las tapas del álbum despacio, zanjando el asunto—. Pero eso ya es agua pasada, cielo. Lo que cuenta es que estás de vuelta.

Detrás de esas palabras había algo tocho. Amy lo sabía. Pero quedaba claro que Celeste no iba a soltar prenda hoy, así que archivó la duda en el mismo cajón mental donde se le acumulaban todas las incógnitas desde que había pisado el pueblo.

—Bueno... —Se terminó el café de un trago largo y posó la taza esbozando su mejor sonrisa—. Me toca volver y ponerme seria con el inventario, que hay que catalogarlo todo para... —Vaciló un segundo, descartando la palabra «vender» de cuajo— ...para tasarlo bien.

Amy sabía que era una soberana estupidez morderse la lengua con la liquidación. No había ido allí a hacer turismo, y el pueblo entero estaba al corriente.

Celeste la miró fijamente, inclinándose sobre el hule de la mesa antes de soltar un susurro:

—Ten mucho cuidado con esa tienda, niña.

—¿Cuidado por qué?

—Porque ahí dentro hay piezas que valen un imperio, y no me refiero precisamente al dinero. —Se levantó a recoger dándole la espalda—. Cosas que no deberían terminar en malas manos. Tu abuela lo sabía perfectamente y por eso era tan especial para decidir qué vendía y a quién se lo encasquetaba. —Se giró de nuevo, clavándole esa mirada inquisidora—. Tú abre bien los ojos, cielo, y vigila bien lo que dejas ir antes de soltarlo del todo.

Aquello sonaba a advertencia rarísima. Otra lindeza para el cajón de las cosas sin sentido.

Se limitó a asentir, dar las gracias por el chute de cafeína y las pastas, encajar otro achuchón de los que te dejan sin respiración, y salir de la casa roja con el estómago contento pero con la cabeza como un bombo.

Esa misma tarde, Amy le declaró la guerra oficial al negocio. Atacó por el rincón de la derecha, estantería por estantería, armada con el

móvil para los retratos, una libreta en blanco y la ilusa esperanza de liquidar el asunto volando.

A la media hora quedó claro que la prisa allí no existía. Cada cacharro que recogía para fotografiar le captaba la atención con algún detalle curioso. No podía evitar quedarse mirándolo, dándole la vuelta una y otra vez, preguntándose de dónde habría salido, a quién habría pertenecido, qué habrían visto sus abuelos en él para decidir rescatarlo.

A las cinco había catalogado un total de catorce piezas. Descubrió, para su desmayo, que se le daba fatal la eficiencia cuando algo le interesaba.

Y, para su sorpresa, aquello le interesaba más de lo que hubiera pensado.

Estaba encaramada a una escalera de tijera, estirándose para alcanzar una caja mugrienta de la balda más alta sin partirse la crisma en el intento.

El tintineo de la campanilla la sobresaltó.

—Como te pegues una hostia desde ahí arriba, el parte de accidente me lo como yo, y ya has comprobado lo bien que funciona la burocracia en este pueblo.

No le hizo falta darse la vuelta para identificar a Cash. Esa voz cavernosa tenía un deje inconfundible y, para qué engañarse, condenadamente sensual.

Se giró (error fatal) y la estructura de madera empezó a bailar bajo sus pies. La caja salió volando. Durante un milisegundo de terror puro, se vio estampada contra el suelo de la tienda en su segundo día de estancia.

Por suerte no llegó a pasar.

Cash salvó la distancia en tres zancadas largas. Apuntaló la escalera con una mano. Con la otra, le atenazó la cintura con firmeza y la estabilizó de un tirón.

—Ya está. Te tengo.

Y vaya si la tenía.

Amy experimentó la quemadura de esa mano enorme y ardiente rodeándola, la solidez del cuerpo masculino pegado al suyo, la facilidad pasmosa con la que aquel poli la había salvado del batacazo, haciéndole olvidar por un instante la caja, el inventario y hasta su propio apellido.

Madre mía del amor hermoso.

—Ya está, estoy bien —soltó, con un hilo de voz bastante más agudo de lo habitual—. Gracias, en serio, ya puedes soltarme, que me da vergüenza.

Cash retiró la mano con un gesto de preocupación. Amy descendió los peldaños intentando reunir una dignidad que brillaba por su ausencia, sacudiéndose el polvo contra los vaqueros.

—No deberías subirte ahí sola —dijo Cash, recogiendo la caja del suelo como si no pesara nada.

—Pues no me queda otra, que aquí no hay más personal.

—Me tienes a mí —lo soltó a bocajarro, por pura inercia profesional. A juzgar por lo rápido que se puso serio, se arrepintió a la velocidad de la luz—. Para la caja, me refiero. Para mover el inventario pesado.

—Ah, ya veo. —Amy contuvo una sonrisa pícara—. Vaya oferta más romántica.

Cash le lanzó una mirada curiosa mientras recogía la caja caída y la dejaba sobre el mostrador.

—¿Has dado con las libretas?

—Qué va. He encontrado cacharros de lo más curiosos, algunos a cuerda, otros a manivela, luego una caja llena de pomos antiguos que no entiendo a santo de qué están ahí y una cantidad de roña acumulada que roza el delito sanitario, pero de libretas, cero patatero. —Se apartó un mechón rebelde de un soplido—. Esto va a ser eterno.

Cash paseó la vista por el local, calculando la magnitud de la tarea, igual que había hecho ella esa mañana.

Se quitó la chaqueta del uniforme. La dejó sobre una silla. Se remangó la camisa hasta los codos.

Y Amy, que se consideraba una mujer adulta y funcional, tuvo que apartar la vista de aquellos antebrazos. Como si de golpe le hubieran enseñado algo indecente.

Compórtate. Es solo un antebrazo. Bueno, dos. Anchos y morenos, vale. Pero fuera de eso, nada que no tenga todo el mundo.

—Atacamos por lo lógico —dijo Cash, ajeno por completo al sofoco que le corría a ella por dentro—. Si tu abuelo lo registraba todo, los cuadernos tienen que estar cerca de su zona de trabajo. El mostrador, la trastienda o algún despacho. No los iba a esconder en el último estante con los pomos de las puertas.

Tenía sentido. Demasiado sentido. Le jorobó un poco no haber caído en la cuenta antes.

—La trastienda —indicó—. Hay un cuartucho al fondo que hace de despacho, pero todavía ni me he asomado.

Aquello era un auténtico cuchitril oculto tras una cortina mugrienta. Un escritorio de madera maciza, una silla con el asiento hundido por los años, baldas abarrotadas hasta el techo. Sobre la mesa, una lámpara verde de banquero, un cenicero de cristal, un secante salpicado de tinta vieja bajo un dedo de polvo.

Olía a su abuelo.

No guardaba recuerdos suyos en la cabeza, pero supo al instante que ese aroma a tabaco de pipa y a papel rancio pertenecía a Arturo Castillo. Un pellizco de melancolía en mitad del pecho.

Cash se centró en los cajones grandes. Ella atacó las baldas superiores. Compartieron un silencio denso pero extrañamente cómodo, roto únicamente por el crujido de la madera y el vaivén de los papeles viejos.

—Aquí están —soltó Cash de golpe.

Había tirado del cajón inferior. Allí, alineadas de canto como un pelotón de soldados, descansaba una hilera interminable de libretas con tapas de hule sobadas, los lomos rotulados con rotulador negro: 1989, 1990, 1991, y así en fila hasta perderse.

Toda la cronología del negocio, registrada a mano.

Amy hincó las rodillas en el suelo junto a él. Sacó un cuaderno al azar. Pasó las páginas de golpe.

Allí estaba: la caligrafía apretada y minúscula de su abuelo, rellenando columnas detalladas con fechas, objetos y procedencias, flanqueadas al margen por otra letra más redonda y clara.

Su abuela.

Comentarios, garabatos sueltos, advertencias firmes de «bonito», «caro» o «no vender bajo ningún concepto».

—Mira esto —susurró Amy.

Cash se aproximó, poniéndose en cuclillas junto a ella. Amy se humedeció un dedo y pasó hojas hasta dar con una entrada.

«Reloj de barco, latón, c. 1900. Traído por el capitán Méndez al jubilarse. No quiso venderlo en vida; su viuda lo trajo en el 88. Buena pieza.»

Y al margen, con la letra redonda de la abuela:

«A Arturo le brillan los ojos con este. No lo vende ni loco.»

Levantó la mirada y se topó con Cash a escasos centímetros. Arrodillados ambos frente al mueble, las sienes casi rozándose.

Él miraba la página con una expresión que Amy no le había visto hasta entonces. Le quitaba de un plumazo diez años de encima y todo el gesto de poli rudo.

—El reloj del capitán Méndez —dijo Cash, meneando la cabeza con incredulidad—. Sigue expuesto en la vitrina del fondo. Tu abuelo me relató esa milonga cientos de veces. —Hizo un alto, clavándole los

ojos azules—. Me dejaba darle cuerda los domingos cuando era un mocoso. Decía que un reloj parado es un reloj triste.

Amy se le quedó mirando. Fascinada de ver a ese maromo enorme, serio, portador de unos antebrazos ilegales, enternecerse recordando a su abuelo.

—Esta mañana Celeste me ha enseñado una foto mía de peque aquí en la entrada de la tienda. Ojalá pudiera recordar mi infancia tan bien como tú.

Cash evitó soltarle las típicas frases hechas de consuelo que todo el mundo usa para salir del paso. Se limitó a sostenerle la mirada con esos ojos azul claro que parecían un mar calmo. Enseguida volvió a bajar la vista a la libreta.

—Tienes su forma de mirar las cosas —dijo.

—¿La de quién?

—De tu abuelo. —Señaló las hojas con un gesto de barbilla—. Te has tirado la tarde entera atascada con unas pocas piezas porque necesitas analizar cada una y desentrañar de dónde ha salido. Eso es exactamente lo que hacía él. Arturo decía que un objeto no vale nada sin la historia que lleva detrás. Que la gente no compra cosas, compra historias. —La miró entornando los ojos—. A lo mejor no puedes acordarte de él con la cabeza, pero lo llevas aquí —añadió tocándose la camisa a la altura del corazón.

Y se quedó tan ancho, como si no acabara de decir la cosa más bonita que nadie le había dicho a Amy en años.

Amy bajó la vista a la libreta a toda prisa. El nudo de la garganta había vuelto con refuerzos. Esta vez amenazaba en serio.

—Vale —dijo haciendo su mejor esfuerzo por disimular la voz rota—. Pues ya tenemos las libretas. Por algo se empieza.

—Por algo se empieza —repitió Cash.

Se quedaron los dos arrodillados delante de las libretas, en completo silencio, hasta que Amy se atrevió a volver a hablar.

—Venga, comisario —se puso de pie y le tendió una libreta—. Si vas a ayudar, empieza. Tú lees y yo apunto. Y como te hayas contagiado de mis taras y te dé por contarme la historia de cada cacharro, nos quedamos a vivir.

Cash cogió una libreta y la usó para darle un golpecito en la coronilla.

Por primera vez desde que Amy le conocía, el poli bromeó y sonrió sin reservas. Una sonrisa de verdad, sincera, que le cambió la cara por completo.

—Trato hecho —dijo.

Capítulo 6 — Cash

A las seis y media de la mañana, Cash ya sabía que iba a ser uno de esos días en que el pueblo entero se ponía de acuerdo para tocarle las narices.

Lo supo en cuanto entró en El Pelícano y Mari se apoyó en la barra con una sonrisita que no se le quitaba de los labios.

—Vaya, vaya. El jefazo se ha pegado un buen madrugón. —Arrastró las palabras con un deleite que no presagiaba nada bueno—. ¿Qué tal va el inventario?

Cash se sentó en su taburete de siempre, el del extremo de la barra, y fingió un interés repentino en el menú plastificado que se sabía de memoria.

—Café, Mari.

—Tres horas, me han dicho. —Mari no se movió a por el café. Se moría de gusto—. Tres horitas anoche en la tienda con la nieta de Dolores. Qué dedicación, oye. Qué entrega al deber público.

Cash soltó un suspiro de exasperación.

—Es un caso. Hay piezas que faltan. Estoy investigando.

—Ya, ya. Investigando… —Hizo unas comillas en el aire que a Cash le dieron ganas de detenerla por abuso de sarcasmo—. Pues nada, tú investiga. Investiga mucho, hijo, que falta te hace.

Por fin se dio la vuelta hacia la cafetera. Cash soltó el aire por la nariz.

En cualquier otro sitio del mundo, un hombre podía pasar tres horas trabajando con una mujer sin que a la mañana siguiente medio pueblo estuviera eligiendo el menú de la boda. En cualquier otro sitio del mundo, pero no en Puerto Encantado, donde la información viajaba más rápido que la luz y donde Mari Delgado era el nodo central de toda la red.

—¿Quién te ha ido con el cuento? —preguntó, aunque la respuesta era de cajón.

—Pete. —Mari le puso delante la tacita de café, negro y espeso—. Te vio salir del local anoche tardísimo, y claro, se pasó por aquí a comentarme la jugada, porque para qué guardarse un chisme tan jugoso. —Sonrió—. Por cierto, está ahí fuera, en el muelle. Te manda recuerdos.

Cómo no.

Cash se despachó el café de dos tragos limpios, plantó las monedas sobre el mostrador y se puso en pie.

—Que es solo un caso, Mari.

—Lo que tú digas, cielo —respondió ella, atendiendo ya al siguiente parroquiano, aunque se guardó un último dardo para lanzárselo por encima del hombro—. Pero hazme el favor de cubrirte esos bíceps cuando vayas a «investigar», no vaya a ser que a nuestra Amy le dé algo.

Cash se miró los brazos que sobresalían de su camisa de uniforme y rechistó.

—¿También quieres que me ponga el hábito?

—Solo te falta eso para ser un monje en toda regla.

—Vale, adiós, tú ganas.

—Para variar —canturreó Mari.

La oyó reírse mientras él salía por la puerta con la dignidad justa para no echar a correr.

Fuera, la mañana ya despuntaba y el pueblo se desperezaba a su ritmo de caracol. Cash hizo lo de cada día, lo que llevaba haciendo desde que tenía placa: bajó hacia el muelle a dar la primera vuelta.

Y allí estaba Pete, en su banco de siempre, con la caña apoyada en la barandilla y un termo de café entre las manos, contemplando el

agua con la paz de un hombre que hace cuarenta años que no madruga por obligación.

—Comisario —saludó Pete, sin volverse.

—Pete. —Cash se apoyó en la barandilla a su lado—. Tengo entendido que andas dando partes de mis movimientos.

—Yo no doy partes. Yo comento la jugada. —Pete le dio un sorbo al termo—. Es muy distinto. Un parte es oficial, un comentario es entre amigos.

—Un comentario que para mediodía sabrá el pueblo entero.

—Bueno, lo que pase después ya no es competencia mía. Yo solo me limito a sembrar —Pete sonrió de medio lado sin apartar los ojos del agua y se burló sacando la lengua. Ese gesto le recordó tanto al que hacía cuando Cash era un crío y jugaba a quitarle el cebo para fastidiarle, que casi le perdona la jugada—. ¿Qué tal la muchacha?

—Es la nieta de Arturo y Dolores. Está tratando de ordenar los papeles de la tienda y yo le echo una mano con ese asunto. No hay más que eso.

—Ajá. —Pete recogió un poco de sedal, sin prisa—. Sabes que tu padre decía exactamente lo mismo de tu madre, ¿verdad? «Solo le echo una mano con la barca.» Tres meses estuvo echándole una mano hasta que se casaron.

Cash optó por morderse la lengua. No hacía falta contestar. Pete llevaba toda la santa vida soltándole anécdotas de su progenitor, dosificando los recuerdos como quien deja un rastro de migas de pan.

Tom Keynes se ahogó cuando Cash tenía quince años, tragado por una tormenta traicionera que hundió su embarcación a tres millas de la costa, y desde ese fatídico día, los viejos del pueblo se habían repartido la tarea de ir contándole a Cash quién coño había sido su padre. A pedazos, en el muelle, en la ferretería o a la salida de misa. Y Pete era el que guardaba el saco de migas más grande, tras haber faenado codo con codo con él durante tres décadas.

—Mi padre era un romántico —dijo Cash al fin—. Yo no lo soy.

Pete soltó una risa seca.

—Tú eres más romántico que tu padre y que el cura juntos, chaval. Lo que te pasa a ti es que te pegaron un buen susto —Pete lanzó de nuevo el plomo al agua—. Y un susto no es lo mismo que una prohibición.

Ahí estaba el golpe bajo, la verdad al desnudo expuesta bajo la luz más cruda de la mañana. Porque Pete, al igual que el resto de los vecinos, se acordaba perfectamente de aquello.

La puta fiesta de fin de verano de hace cinco años.

Había noches en las que la dichosa escena regresaba para amargarle el sueño: las luces de colores colgadas a lo largo del muelle, el bochorno pegajoso de aquella noche de fiesta y él mismo, hincado de rodillas sobre los tablones de madera, con un anillo en la palma sudada y un discurso que le había costado semanas enteras escribir, pidiéndole a una tía de ciudad, una mujer de la que se había enamorado como un auténtico imbécil, que se quedara para siempre junto a él en Puerto Encantado.

Aún recordaba la expresión de Lauren al soltarle el «no» delante de todos. El silencio sepulcral que se desplomó sobre el muelle como una losa, las trescientas personas que se giraron a mirarlo, y la música de la fiesta arrancando de nuevo a toda prisa en un intento desesperado por disimular el bochorno.

Salvo Pete, que era un descarado, y en contadas ocasiones Mari o Celeste, nadie más se había atrevido a mentarle el asunto a la cara, jamás.

Esa era la particular cortesía que se gastaba por aquí: te despellejaban a gusto por la espalda y, en cuanto aparecías, ponían cara de no saber nada. Cash lo prefería así. Pero lo que verdaderamente ansiaba era extirpar esa escena humillante de su cerebro de una maldita vez, mandarla al olvido.

Sin embargo, el recuerdo seguía ahí, conservado en formol y picando igual que el primer día, y encima de vez en cuando venía un puñetero viejo del muelle a sacártelo a relucir.

—Pete —Cash mantuvo el tono de voz firme, sin alterarse—. Amy ha venido para tres semanas, quiere solucionar sus asuntos y largarse. No es de aquí, es de fuera.

—Tu madre también era de fuera.

—Mi madre se quedó. —Cash se enderezó, dando la conversación por terminada—. Esta chica tiene su vida montada muy lejos de aquí. Así que hacedme el favor de no empezar ni tú, ni Mari, ni Gloria, ni nadie. No hay absolutamente nada que comentar.

Pete levantó las manos del termo, fingiendo rendición, pero la sonrisa de mofa no se le borró.

—Vale, vale. Nada que comentar —esperó a que Cash se apartara de la barandilla y, justo cuando se iba, soltó el último dardo en voz baja, como hablándole al agua—: Pero tendrías que haberte visto la cara que se te quedó ayer en las escaleras del ayuntamiento.

Cash se frenó en seco.

—¿Perdona?

—La gente del pueblo. Te vieron en mitad de la plaza con ella ayer. Dicen que la chica te dio las gracias por algo y que tú te quedaste ahí plantado como un poste, sin saber muy bien qué hacer con las manos. —Pete se giró por fin y le clavó una mirada cargada de una malicia entrañable—. Cincuenta años llevo en este pueblo, Cash. A mí no me engañas tan fácilmente.

Cash apretó los puños dentro de los bolsillos.

—Vale, que no estoy para tonterías, tengo una ronda que hacer —dijo, y se alejó dando grandes zancadas, con la risa suave de Pete resonando a sus espaldas.

La ronda de la mañana era siempre la misma, y esa rutina era sagrada. La mejor manera que conocía de empezar el día con buen

pie.

Enfiló la calle principal saludando con un leve cabeceo a los comerciantes que iban subiendo las persianas. Verificó que el semáforo de la única intersección regulada del pueblo seguía haciendo su trabajo con decencia. Le cambió una bombona a la viuda de Pérez, una tarea que no entraba en las competencias de un jefe de policía pero que llevaba asumiendo desde que enviudó porque a la pobre mujer le temblaban las manos y nadie más se ofrecía. Retiró del centro del asfalto a una tortuga que había resuelto cruzar con toda la calma del mundo, depositándola con mimo sobre la hierba, del lado al que parecía dirigirse, porque hasta a las tortugas hay que respetarles el rumbo.

Y mientras andaba y cuidaba de su pueblo, no dejaba de pensar en las palabras del viejo.

«La cara que se te ha quedado».

Menuda gilipollez. A él no se le había quedado ninguna cara. ¿O sí?

Soltó un bufido de pura frustración. Cash era plenamente consciente de que no estaba actuando como el tipo imperturbable de siempre desde que Amy Castillo había irrumpido en el mapa, un dilema que le había tenido desvelado media noche.

No era culpa de ella, que la muchacha bastante tenía con lo suyo. Y a decir verdad, ni se había fijado en él.

El problema era única y exclusivamente de su propio tejado.

¿Qué coño le estaba pasando?

Él sabía de sobra cómo blindarse ante una mujer guapa. Eso era fácil. El pueblo se abarrotaba de turistas guapas cada verano y Cash se mantenía inmune año tras año. No había motivo aparente para que esta vez fuera diferente.

Tienes que espabilar, hombre.

Mosqueado consigo mismo se subió al todoterreno oficial, le metió el contacto al motor y se quedó unos segundos pensativo, aferrando el

volante con las dos manos sin poner ninguna marcha.

Tres semanas, se volvió a recordar. *Solo tenía que aguantar tres semanas sin hacer ninguna tontería. Sin pasar más tardes de las necesarias en esa tienda. Sin fijarse en cómo se le iluminaba la cara cuando bromeaban.*

Nada de esas gilipolleces.

Tres semanas. Debía aprender a controlarse por su propio bien.

Nervioso metió primera, salió del aparcamiento con una maniobra brusca, y condujo de regreso al cuartel.

Capítulo 7 — Amy

Su nueva rutina era un poco rara. Pero se lo estaba pasando en grande.

Esa tarde llevaba desde las tres metida en la sección de la izquierda, la de los relojes. Rozaban ya las ocho cuando la campanilla de la puerta sonó.

Amy ni se molestó en levantar la vista. A esas alturas del partido ya reconocía de sobra el andar firme y acompasado de aquellas botas pesadas.

—Te vas a dejar los ojos ahí metida —dijo Cash.

—Buenos días a ti también.

Estaba espatarrada en el suelo, la espalda apoyada en un aparador, el ordenador portátil haciendo equilibrios sobre las rodillas, completamente cercada por un semicírculo de relojes de bolsillo que había ido rescatando para catalogar.

Al alzar la mirada y toparse con Cash, a Amy se le olvidó por completo que se había propuesto firmemente no babear por él.

Porque Cash no venía de uniforme como siempre. Venía de calle, con el pelo todavía húmedo de la ducha, unos vaqueros que le quedaban como un guante y una camiseta negra ajustada, y colgando de una mano, una bolsa de papel que olía a gloria bendita.

Ay, madre. De calle. ¿Por qué estaba aún mejor así que vestido de poli? Y eso que de uniforme estaba para comérselo. Para dejar que le pusiera las esposas y tirara la llave.

No era justo.

—¿Eso es comida? —preguntó, con la elegancia de un náufrago.

—Ceviche y tostones. —Cash dejó la bolsa en el mostrador—. De El Faro. Ramón me ha visto pasar, se ha enterado de que estabas aquí encerrada sin cenar y me lo ha endosado para «la chica de los Castillo». No admitía un no.

—¿Ramón? ¿Quién es Ramón?

—El del restaurante. Ya lo conocerás. —Sacó táperes de la bolsa—. En este pueblo acabas conociendo a todo el mundo, lo quieras o no. Tiene mujer, Gloria, que te va a invitar a la noche de cocina del viernes hasta que le digas que sí. Y un hijo, Danny, que quiere ser arquitecto y se muere de ganas de largarse. Familia maja. Pesados pero majos.

Amy dejó el portátil a un lado. Se acercó al mostrador como una polilla a una bombilla. El ceviche tenía una pinta indecente: pescado blanco, cebolla morada, cilantro, lima, un toque de chile.

—No tengo platos —cayó en la cuenta—. Bueno, tengo doscientos platos, pero son del siglo XIX y me da miedo romper alguno.

—Por eso los he traído de plástico. —Cash sacó dos platos desechables y dos tenedores—. No iba a dejarte comer ceviche en una sopera de porcelana del año de la polca.

Amy contuvo una risita. Le hacía gracia que aquel hombretón tan serio hubiera pensado en los platos. Le gustaba la gente detallista.

—¿Comemos aquí? —Miró alrededor. Ni una mesa libre, todas sepultadas bajo lámparas, cajas y trastos a medio catalogar.

Cash miró al suelo. La miró a ella. Se encogió de hombros.

—El suelo está limpio. Más o menos.

Se sentaron ahí mismo, apoyados en el mismo aparador, los táperes entre los dos, mientras por la ventana entraba la última luz naranja del día y Amy observaba a Cash abrir envoltorios y servir la comida, notando que las manos le olían a lima y a colonia carísima.

El ceviche, igual que el café de Mari, resultó ser una experiencia casi mística.

—Por Dios —Amy habló con la boca llena—. Es lo mejor que he probado en mi vida. Ese Ramón se ha salido.

—Se lo diré. Le encantará.

Comieron en silencio. Un silencio cómodo, de esos que Amy no recordaba haber compartido con nadie en mucho tiempo, porque en su vida los silencios solían ser incómodos y solitarios, o el preludio de un «esto no está funcionando».

Este no.

Este era simplemente dos personas comiendo ceviche en el suelo mientras atardecía.

—Oye —dijo Amy, rebañando el táper—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Depende de la cosa.

—¿Por qué tienes tú las llaves de la tienda?

Cash masticó despacio. Ganando tiempo.

—Ya te lo dije. Le echaba un ojo, por tus abuelos.

—Ya, pero eso no me dice por qué. —Amy se giró un poco hacia él, doblando una pierna debajo del cuerpo—. Hay un montón de tiendas en este pueblo. No vas vigilando todas. ¿Qué tenían mis abuelos de especial para que el jefe de policía les vigile el local meses después de muertos?

Cash dejó el tenedor. Se quedó mirando un punto más allá del escaparate, donde la luz se alejaba.

Amy, que ya empezaba a conocerlo, supo que estaba decidiendo cuánto contar. Cash Keynes era un libro cerrado a cal y canto. Ya lo había dicho ella el primer día. No se equivocaba.

—Mi padre se ahogó cuando yo tenía quince años —dijo al fin. Quitó dramatismo con una sonrisa de lado y un gesto de la mano—. Era pescador de altura. Salió un día con mala mar y no regresó. Mi madre se hundió después de aquello. Lógico. Y yo me quedé un poco a la deriva.

Amy no dijo nada. Había aprendido, en cuatro días, que con Cash el silencio funcionaba mejor que las preguntas.

—Tu abuelo fue quien me sacó de la deriva —siguió, esbozando una sonrisa nostálgica—. No con grandes discursos, él no era de esos. Simplemente empezó a aparecer. Me llevaba a pescar los domingos, como hacía mi padre. Me daba trabajillos en la tienda, cargar cajas, esas cosas, y me pagaba aunque no hiciera falta —negó con la cabeza divertido—. Y tu abuela me subía comida a casa. Sin avisar. Dejaba un táper en el porche, tocaba el timbre y se iba corriendo. Porque sabía que un chaval de quince años no quería que lo vieran llorar.

A Amy se le hizo un nudo en la garganta.

Ostras, sí que a Cash se le había puesto difícil la vida.

—No tenía ni idea —dijo, bajito.

—¿Cómo ibas a saberlo? —Se encogió de hombros—. Tus abuelos me criaron tanto como mis propios padres. Cuando murieron, sentí que estaba en deuda con ellos.

Amy se quedó callada. Procesando cuánto debía significar esa tienda para Cash.

Y entonces le llegó, de golpe, algo muy parecido a la vergüenza, porque ella era la nieta de sangre, la que llevaba el nombre de la tienda, y sin embargo había dejado que los años pasaran, presentándose solo cuando tocaba liquidar y vender.

Cash conocía a sus abuelos mejor que ella.

Los quería más de lo que ella los había querido.

Ahí estaba la verdad que llevaba cuatro días revolviéndole las tripas, sin atreverse a ponerle nombre.

—Yo no me acuerdo de ellos —confesó. La voz le salió pequeña—. Y tú los tienes aquí. —Se tocó el pecho—. No es justo, ¿sabes? Que un desconocido recuerde a mis abuelos mejor que yo.

Cash estiró una mano y la apoyó sobre su rodilla, despacio, de forma natural.

Amy sintió de inmediato un calor protector.

—No eres una desconocida para esta tienda, Amy. —Señaló con la barbilla el portátil, las libretas, el caos catalogado—. Una desconocida ya habría llamado a un liquidador, habría vaciado esto en un fin de semana y estaría de vuelta en Nueva Jersey con un cheque gordo. Tú llevas cuatro tardes en el suelo, preguntándote de dónde viene cada puñetero objeto. —La miró con esos ojos azules suyos, demasiado directos—. Eso no lo hace una desconocida.

Amy quiso responder. No le salió nada.

Porque tenía razón.

Porque ella misma se había dado cuenta esa mañana, mirando la hoja de cálculo: no estaba inventariando una tienda para venderla. Estaba conociendo a sus abuelos a través de sus objetos más preciados.

Carraspeó. Volvió la vista a sus propias manos para no tener que sostenerle la mirada a Cash, que de pronto le resultaba demasiado intensa.

—Bueno —dijo, en plan profesional, recogiendo los táperes.

Cash retiró la mano y se puso en pie en un solo movimiento fluido.

Amy lo detuvo con un gesto de la mano.

—Ya que estás aquí, ayúdame. Quiero terminar la sección de relojes antes de morirme. —Se corrigió—. Antes de dormirme.

Cash intentó ocultar su sonrisa.

—A la orden.

Se pusieron a ello. Amy leía las entradas de las libretas y él buscaba las piezas, las traía, las colocaba. Trabajaban bien juntos: ella era el caos, él era el orden, y entre los dos la cosa avanzaba al doble de velocidad. Cash tenía buena memoria para los sitios, recordaba dónde había visto cada cosa, qué vitrina, qué balda, y de vez en cuando soltaba una historia que algún objeto le disparaba mientras Amy paraba de teclear para escucharle con fascinación.

Fue él quien la encontró.

—Ven a ver esto.

Estaba agachado delante del mostrador, frente a una hilera de libretas que aún no habían mirado. Amy dejó el portátil, se acercó.

—Estas son distintas. ¿Qué te parece?

Le tendió una. No era como las otras, de hule gastado. Esta tenía las tapas de cuero, más cuidada, casi un libro de contabilidad. Amy abrió una al azar. La letra de Arturo, sí, pero la lista era distinta: no eran las piezas de la tienda. Era otra cosa.

—Esto no es el inventario normal —murmuró—. Mira, ni siquiera vienen los precios.

Cash se acercó por encima de su hombro. Amy notó el calor de su cuerpo a la espalda, cerró los ojos un segundo al aspirar su colonia.

—«Colección privada» —leyó él en voz alta, asomándose por encima de su hombro—. «No se expone. Sótano.»

Amy pasó el dedo por la página. Piezas con nombres que no significaban nada para ella, un astrolabio, un sextante, varios objetos de navegación y al final, subrayada dos veces con la letra de Arturo, una anotación que ponía:

Colección de cartas náuticas, s. XIX. 14 mapas. Procedencia: legado capitán Holloway. Pieza excepcional. NO VENDER.

Y al margen, con la letra redonda de Dolores:

«Esto es para Amy, para cuando el cielo se haya despejado.»

Amy se quedó sin aire.

Leyó la frase otra vez. Y luego otra.

Esto es para Amy… ¿para cuando el cielo se haya despejado?

La imaginó cogiendo la libreta en su regazo y escribiendo su nombre, ese nombre suyo escrito de puño y letra por su abuela, guardado en una libreta secreta, esperándola sin que ella lo supiera, sin saber cuántos años llevaba ahí guardado ese mensaje, sin saber por qué a ella y no a su madre, no a sus hermanas, escondido entre

relojes rotos y facturas amarillas, como si Dolores hubiera sabido, incluso entonces, que algún día Amy volvería a buscarlo.

Abrazó el libro contra el pecho.

—¿Estás bien? —La voz gruesa de Cash a su lado.

Amy le miró con el ceño fruncido.

—¿Qué crees que significa «para cuando el cielo se haya despejado»? —Notó que se le habían empañado los ojos. Por una vez, no le importó—. ¿Por qué viene mi nombre aquí? ¿Por qué me nombra a mí y no a mi madre o a mis hermanas?

Cash no tenía respuesta. Se le notaba en la cara. Pero no apartó la mirada, ni soltó una tontería para consolarla, ni le dijo que se calmara.

—No lo sé —dijo al fin—. Pero esas cartas náuticas están en el sótano, supuestamente. —Algo cambió en su expresión. Más alerta. La vena de policía—. Y si son para ti, tendremos que bajar a comprobar si siguen ahí.

Amy cerró la libreta de cuero y la apretó contra el pecho como si de golpe alguien fuera a quitársela.

—Bajemos entonces.

Cash le tendió una mano. Amy la cogió y se sintió flotar, como si no existiera la gravedad.

—¿Y si hay fantasmas?

—Los arresto.

Amy sonrió.

—¿Tú no les tienes miedo?

—Ellos me tienen miedo a mí.

Amy soltó una risita.

Fuerte, inteligente, guapo, y encima gracioso.

Este tío lo tiene todo.

—Venga. En marcha.

Capítulo 8 — Cash

Cash sintió que Amy se frenaba a su lado.

Ante la escalera de tablones de madera, se apartó un mechón de la cara de un soplido y alzó la vista para mirarle.

—Me da un poco de yuyu, la verdad. He visto muchas pelis de estas y ninguna acaba bien.

—Bajo yo delante.

Amy le dejó pasar. Cash notó cómo se le pegaba a la espalda. Le dio un subidón tener su cuerpo tan cerca, pero procuró concentrarse en la tarea.

A lo tuyo, Keynes.

Tanteó la pared hasta dar con el interruptor. Una bombilla desnuda se encendió en lo alto de la escalera, parpadeando un momento hasta dar una luz pobre y temblona que no llegaba a las esquinas.

Bajaron de cualquier manera. Los tablones crujieron bajo sus pies. Cada crujido arrancaba un «madre mía» de Amy.

A Cash le hacía gracia. Pero seguía con atención cada uno de sus movimientos.

No vaya a ser que acabemos en el hospital.

El sótano era más grande de lo que parecía desde arriba. Fresco, seco (buena señal para la conservación de los papeles), con las paredes de madera maciza bien selladas y el suelo de cemento.

Y estaba lleno hasta los topes, claro. ¿Qué esperaba? En aquella tienda todo estaba hasta arriba: estanterías metálicas, baúles, muebles tapados con sábanas que les daban un aire de fantasmas dormidos, cajas apiladas hasta media pared, la luz amarillenta y temblona convirtiéndolo todo en sombras alargadas que parecían bailar.

—Madre del amor hermoso —dijo Amy, girando despacio sobre sí misma—. Y yo que pensaba que arriba era el caos. ¡Esto es el caos

al cuadrado!

—Al parecer tu abuelo guardaba aquí lo que no exponía. Lo frágil, lo que no estaba en venta.

—Lo privado —añadió Amy girando su cabeza hacia él.

—Mira por donde vas.

—Sí, jefe —Amy hizo una venia y enseguida le dio la espalda para sacarle la lengua, pero Cash la pilló.

Vaya listilla.

Siguió avanzando entre las estanterías, esforzándose en leer las etiquetas bajo la mala luz.

—Esto tiene que estar ordenado de alguna manera. Arturo era un desastre por fuera, pero un reloj suizo por dentro.

—Como tú, pero al revés —murmuró Amy a su espalda.

Cash fingió no oír aquello y apretó los dientes.

Trabajaron con la libreta de cuero como mapa del tesoro. Amy leía las pistas, «colección privada, sótano, pared norte», mientras Cash rebuscaba, movía cajas, levantaba sábanas que soltaban nubes de polvo que los hacían toser a los dos.

Encontraron primero el astrolabio envuelto en papel de seda dentro de una caja con la letra de Arturo.

Al rato, apenas unos centímetros más abajo, hallaron el sextante en su estuche de madera, intacto, reluciente bajo el polvo.

—Buena señal. —Sopesó el estuche—. Si el ladrón hubiera bajado aquí, no se habría dejado un sextante que vale un pastizal. Lo de abajo no lo ha tocado. El muy hijo de puta se lleva lo de arriba, lo fácil, lo que está a mano. Hasta aquí no ha llegado el capullo.

—Eso quiere decir que los mapas...

—Pues aún deberían estar aquí.

Y estaban.

Fue Amy quien los encontró, detrás de una cómoda tapada con una sábana: una caja plana de madera con asas de latón, parecida a un maletín grande y antiguo. Colgada del asa, una llavecita diminuta atada de un cordel.

Amy la cogió con cuidado, la metió en la pequeña cerradura de la caja y giró.

Abrió con un clic.

Dentro, entre láminas de papel encerado para protegerlos de la humedad, estaban los mapas.

Cash no sabía mucho de cartas náuticas, pero revisó con interés las decenas de láminas de papel grueso, algo ajado, con dibujos hechos a mano en una tinta marrón ya desvaída: costas, sondas, rosas de los vientos, anotaciones en una caligrafía antigua y apretada.

Mares enteros trazados por una mano que seguramente llevaba más de un siglo bajo tierra.

Eran bonitos de cojones, pero aún no entendía por qué algo así costaría tanta pasta.

Amy también estaba sumida en sus pensamientos mientras repasaba con un dedo los dibujos del primer mapa, sin atreverse a tocar el papel delicado.

—Madre mía —susurró—. Son una pasada.

—Lo son.

—Mira esto. —Señaló una caligrafía emborronada en la parte inferior de una de las cartas—. ¿Acaso es una firma?

Se inclinó para verlo mejor. Él se inclinó junto a ella, cabeza con cabeza, igual que arriba en la trastienda, tan cerca que le llegó el olor del pelo de Amy por encima del olor a polvo del sótano.

Cash aspiró el aroma a champú de manzanilla y apretó la mandíbula.

Mierda. Es tan puñeteramente difícil concentrarse.

Entre los dos descifraron la caligrafía descolorida.

J. Holloway. 1871.

—Holloway —susurró Amy pensativa—. El de la anotación… «Legado capitán Holloway.» —Frunció el ceño—. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué tengo que ver yo con el tal Holloway?

Cash no contestó enseguida. Holloway le sonaba de algo. Pensó en el embarcadero, en los cientos de pescadores de Puerto Encantado que un día salieron al mar y ya no volvieron.

Pero no consiguió pescar el recuerdo.

Se le quedó nadando por debajo, como un pez que roza el sedal y no llega a picar.

—No lo sé —dijo al fin—. Pero el apellido me suena. De los pescadores de antes, creo. —Negó con la cabeza—. Habría que preguntarle a alguien que estuviera aquí en aquella época. Pete, o quizás alguno de los viejos del club…

—Celeste. —Amy levantó la cabeza de los mapas de golpe—. Era la mejor amiga de mi abuela, ¿o no? Si alguien sabe quién fue el capitán Holloway, es ella.

Cash la miró. Y vio en su cara algo que no le había visto hasta entonces.

Amy ya no parecía la pija desorientada que se había bajado del bus hacía apenas unos días. Tenía los ojos clavados en los mapas, la cabeza a mil por hora, el rostro serio de alguien que ha encontrado un rastro y no piensa soltarlo por nada del mundo.

A Cash le dio un vuelco el corazón. Conocía aquella expresión, la había visto otras veces, en otra gente, a lo largo de los años. Era la cara de quien ha encontrado un nuevo entusiasmo por la vida.

Igual aquí en el pueblo acababa encontrando algo más interesante que en la gran ciudad.

No te montes películas, Keynes.

—Estos mapas no pueden quedarse aquí abajo —dijo, más bruscamente de lo que pretendía—. Si los mapas son valiosos y hay

alguien robando, no pueden seguir en un sótano con una cerradura que se abre con un clip. —Cerró la caja con cuidado—. Ten, súbelos arriba esta noche.

—¿No deberíamos guardarlos en algún sitio más seguro? Una caja fuerte, el banco, no sé.

—Mañana, si quieres, miramos lo del banco. Esta noche, arriba contigo, están más seguros que aquí.

Amy acarició las cubiertas de papel encerado dentro de la caja y sonrió mirando a Cash.

—Después de tanto tiempo, mi abuela se ha salido con la suya. Ya sé que suena a tontería —bajó la mirada, un tanto avergonzada—, pero es la primera vez que siento que no estoy perdiendo el tiempo.

—No me parece ninguna tontería.

Enfilaron la escalera hacia arriba, esta vez Amy lo guiaba a él, que cargaba con la caja.

Cash pensó que comprendía a Amy mejor de lo que ella imaginaba, porque sabía perfectamente lo que era aferrarse a lo único que te queda de alguien que ya no está, y él mismo, sin ir más lejos, conservaba una caña de pescar de su padre apoyada contra la pared del garaje, una caña que no usaba jamás pero que no pensaba deshacerse de ella por nada del mundo.

Hay cosas cuyo valor no está en lo que son, sino en quién las dejó.

Pero eso no se lo dijo. Se limitó a seguirla hasta la puerta de su piso, donde Amy le indicó una mesita que hacía las veces de escritorio.

Dejó la caja. Se limpió las manos en los pantalones y miró alrededor. Sus ojos se detuvieron un instante en la puerta entreabierta del dormitorio, y enseguida giró para mirarla a ella.

Le sostuvo la mirada el tiempo justo para que Amy se removiera nerviosa y rompiera el silencio antes de que la cosa se pusiera peligrosa.

—Gracias, no lo hubiera podido hacer sin ti. ¿Te tomas un cafelito?

Cash negó con la cabeza.

—Es tarde.

—Ya —Amy entrelazó sus manos nerviosa y le miró una vez más. Dudaba, y él le hizo un gesto con la barbilla para animarla a hablar —. Nada, algo que se me pasó por la cabeza. Mañana iré a ver a Celeste y me gustaría… Pues… ¿Te vienes? Igual a ti te cuenta cosas que a mí no.

Cash miró al techo y torció la boca. Barajó su agenda en el aire. Se podía hacer un hueco. Pero no debería.

Pensó en decirle que estaba ocupado, que tenía papeleo pendiente, o que un jefe de policía no acompaña a mujeres guapas a parlotear con ancianas del pueblo. Cualquiera de las tres habría servido.

—Cuenta conmigo —soltó en cambio.

Mierda.

Nada más decirlo, supo que involucrarse de esta manera era todo menos una buena idea.

Capítulo 9 — Amy

—Te lo aviso por última vez —dijo Amy, mientras subían los escalones del porche de la casa roja, esquivando gatos—. No aproveches a comerte todos los mantecados encantados mientras yo estoy distraída hablando.

—Tomo nota —dijo Cash.

—Y como te pregunte por tus intenciones conmigo, que lo va a hacer, no me dejes mal.

—Mis intenciones son sobrevivir a vuestro cotorreo.

—Ya. —Amy sonrió y llamó a la puerta—. Buena suerte con eso.

La puerta se abrió antes de que terminara de llamar, como si Celeste llevara un rato esperando detrás.

Jolín, debería haber cerrado el pico.

—¡Pero bueno! —Celeste abrió los brazos, encantada, y entonces vio a Cash detrás de Amy y la cara se le iluminó como un árbol de Navidad—. ¡Y vienes acompañada! Cash Keynes en mi porche, ¡vaya honor! Pasad, pasad los dos. Tengo café y he hecho los mantecados que tanto le gustan a Amy esta misma mañana.

Amy le lanzó a Cash una mirada de advertencia «son míos».

Cash agachó la cabeza al pasar bajo el dintel, con una especie de timidez que Amy no le había visto hasta entonces.

—Gracias, Celeste. Se huelen desde aquí y huelen a gloria.

—Este chico siempre tan educado. —Celeste lo cogió del brazo y se lo llevó dentro—. Siéntate, anda, que llenas tú solo media casa. ¿Sigues tomando el café como tu padre? ¿Solo, y tan cargado que tumba a un caballo?

Una sonrisa cruzó la cara de Cash.

—Igual que mi padre —asintió.

—Buen hombre, tu padre. —Celeste ya trasteaba en la cocina, sacando tazas—. Buen hombre y buen pescador. De los que ya no quedan. —Soltó un suspiro y, sin transición, se volvió hacia Amy con una sonrisa pícara—. Bueno, y a ti, mi niña, te veo muy bien acompañada. ¿Qué os traéis entre manos? ¿Hay algo que deba saber?

Y ahí estaba. Amy notó que las mejillas le ardían y se maldijo por ello.

—Estamos trabajando juntos —dijo, en el tono más profesional que pudo reunir—. Hay un asunto con la tienda. Un asunto policial. Por eso ha venido Cash, porque es…

—El jefe de policía, sí, ya lo sé, siempre ha sido un mandón, desde que iba en pantalones cortos. —Celeste puso las tazas en la mesa y se sentó, apoyando la barbilla en las manos con el deleite de quien se dispone a ver su programa de televisión favorito—. Lo que yo digo es que de toda la gente que podría acompañarte a tomar café con una vieja, has venido con el soltero de oro del pueblo. Y él, que es un pillo, te ha dicho que sí —volvió su mirada hacia Cash—. ¿Cuántas veces te he invitado yo a un café estos años, querido?

Cash carraspeó.

—Unas cuantas.

—¿Unas cuantas? ¿Y a cuántas has venido?

Silencio.

—Eso me parecía. —Celeste se recostó, triunfal, y le guiñó un ojo a Amy—. Pero nada, nada. Un asunto policial, vale, vale, lo que digáis vosotros.

Amy se preparaba para devorar los mantecados, que efectivamente estaban de muerte, y decidió que cuanto antes cambiase de tema, antes le dejaría de arder la cara por las insinuaciones de Celeste.

Sacó del bolso la libreta de cuero, que había traído precisamente para esto, y la apoyó en la mesa.

—Celeste, en realidad hemos venido a preguntarte una cosa. —Abrió la libreta por la página marcada—. Encontramos esto en la tienda, un cuadernillo de inventario aparte, de cosas que mi abuelo no exponía al público. Y hay una colección de mapas antiguos, muy valiosos, con una procedencia que no acabamos de entender —colocó un dedo sobre la anotación enseñándosela a Celeste—. Pone «legado capitán Holloway». Y los mapas están firmados por un tal J. Holloway, de 1871. ¿Te suena ese nombre? ¿Sabes quién era?

Y entonces sucedió algo extraño.

Celeste, que llevaba toda la visita hablando por los codos, que no paraba de rellenar tazas y de moverse, se quedó muy quieta. No duró más que unos instantes, pero Amy lo vio: la sonrisa se le quedó un segundo congelada, y sus ojos se desenfocaron nublándose y luego, deprisa, se volvieron a enfocar aunque aún evitaban la mirada curiosa de Amy.

Duró apenas un segundo. Enseguida Celeste recompuso la sonrisa y se encogió de hombros.

—Holloway... —dijo, alargando la palabra—. Uy, hija mía, eso es de hace muchísimo, de antes incluso de que yo llegara al pueblo. Probablemente sería algún viejo cliente de tu abuelo, por la tienda pasaba muchísima gente, ¿sabes? Marineros, viudas, gente que vendía las cosas de los muertos. Cualquiera pudo haber vendido eso a tu abuelo.

—Pero ahí pone "legado" —insistió Amy—. Legado no es una venta normal, ¿no? Más bien es algo que te dejan. Algo más personal.

—Bah, palabrerío. Tu abuelo era muy suyo con las palabras, ya lo sabes. —Celeste se levantó para ir a por la cafetera, dándoles la espalda, aunque las tazas estaban casi llenas—. ¿Más café? Cash, a ti te pongo más, que no has dicho ni mu.

Amy abrió la boca para insistir, pero notó la rodilla de Cash tocar la suya por debajo de la mesa. Una presión leve. Un «déjalo».

Amy le miró. Cash tenía los ojos puestos en Celeste, en su espalda tensa frente a la cafetera, y negó con la cabeza muy levemente.

Amy alzó una mano y movió los labios para decir «déjame intentarlo otra vez». Luego se volteó hacia Celeste, que continuaba trasteando en la cocina.

—Es que tengo mucha curiosidad. Como mi abuela me dejó los mapas a mí, quería saber de dónde venían —hizo una pausa estratégica antes de añadir—. Por cierto, ¿sabías eso? Que me los dejó a mí. Hay una nota suya en la libreta: *«Esto es para Amy, para cuando el cielo se haya despejado.»*

El segundo silencio fue todavía más pesado que el primero.

Celeste se quedó parada con la cafetera en la mano, de espaldas, y Amy habría jurado que los hombros le subieron y le bajaron en una respiración profunda.

—¿Eso escribió? —preguntó Celeste. La voz le había cambiado. Ya no era la de las pullas y los mantecados. Era más baja y más vieja.

—Eso mismo. —Amy se inclinó hacia delante—. ¿Tú sabes qué podría significar, Celeste? «Cuando el cielo se haya despejado». No he pegado ojo dándole vueltas. ¿Qué cielo? ¿Despejado de qué?

Celeste dejó la cafetera en el fuego, muy despacio, como si necesitara las manos ocupadas para pensar. Cuando se volvió, tenía los ojos brillantes, y a Amy se le encogió el estómago: era la primera vez que veía a esa mujer arrolladora mostrarse tan frágil.

—Tu abuela —titubeó Celeste, eligiendo cada palabra con cuidado— era la mujer más lista que he conocido en mi vida. Y la más cabezota. —Volvió a la mesa y cogió la mano de Amy entre las suyas, arrugadas y calientes—. Hay cosas, cariño, que no se cuentan. Se descubren. Si yo te lo explicara todo ahora, de golpe, no lo entenderías. Lo oirías, pero no lo entenderías. ¿Me explico?

—No del todo —dijo Amy, con total sinceridad—. A decir verdad, me lo pones muy difícil.

Celeste esbozó una sonrisa triste.

—Sigue con la tienda —dijo, dándole una palmadita en la mano—. Sigue con tus libretas y tus mapas y tus cacharros. Mira bien cada cosa, como hacía tu abuelo. Y el cielo se irá despejando solo, ya verás. —Le apretó la mano una última vez y la soltó—. Yo estaré aquí cuando llegue el momento. Te lo prometo.

Amy insistió hasta que volvió a sentir la pierna de Cash por debajo de la mesa. Suspiró resignada y le devolvió la patada.

Vale, de momento lo dejo.

Salieron de la casa roja media hora más tarde. El sol empezaba a ponerse sobre el muelle, tiñéndolo todo de naranja, las gaviotas graznando a lo lejos.

Caminaron un trecho en silencio por el paseo, Amy dándole vueltas a todo.

—¿Por qué narices me ocultaría esto?

Cash caminaba con las manos en los bolsillos y la vista en el agua.

—Tendrá sus razones —dijo al fin.

Amy bufó.

—¿Qué razones te hacen mentir tan descaradamente?

—Yo no creo que esté mintiendo. Solo ha dicho que prefiere que lo descubras tú. Igual confía en tus dotes de detective.

—Yo no tengo dotes de detective.

—Oye, eso está por verse.

—Pues a mí no me hace gracia.

Cash se detuvo y la miró serio a los ojos.

—Mira, te ha dicho que estará para ti cuando la necesites, eso no lo hace alguien que te oculta algo malo. Lo hace alguien que te guarda algo.

Amy se cruzó de brazos.

—No la defiendas.

—No la defiendo, solo trato de ayudarte a entender.

Amy miró el muelle, el sol gigante poniéndose en el Golfo. A pesar de su mosqueo, Cash tenía razón: Celeste no parecía ocultar algo para hacerle daño, más bien estaba siendo leal a una amiga. Se preguntó cuán profunda habría sido esa amistad entre su abuela y ella.

Jolín, era tan frustrante. Si Celeste se hubiera puesto a la defensiva, si hubiera mentido descaradamente, Amy habría podido enfadarse, insistir, tirar del hilo…

—Mi abuela la hizo prometer que cerraría el pico —dijo Amy, más para sí misma que para Cash—. Eso es lo que pasa, ¿verdad? Y Celeste, que la quería, va a cumplir su promesa aunque yo me ponga de rodillas.

—Eso parece.

—Pues vaya panda de locas. —Amy reanudó la marcha pateando una piedrecita—. Una me manda acertijos desde el más allá y la otra le sigue el juego. ¿Es que nadie en este pueblo puede decir las cosas claras y ya está?

Cash reprimió una sonrisa.

—Aquí se habla con pullas, con chismes o con secretos. Escoge tu veneno.

—Por eso a ti te gusta el silencio, ¿verdad?

Cash se encogió de hombros.

—Prefiero hablar con hechos, es todo.

Caminaron un rato sin hablar. Había bastante vidilla en el paseo marítimo a esa hora: unos cuantos pescadores recogiendo sus cosas, parejas haciéndose fotos al atardecer, y por supuesto las sempiternas gaviotas dando guerra como siempre. El aire olía a sal y a algo frito muy delicioso que venía de una marisquería con una caricatura de una langosta guiñando el ojo dibujada en el frente, y

Amy, que llevaba toda la tarde con el estómago hecho un nudo por culpa de su abuela y sus secretos, se dio cuenta de pronto de que el nudo se le había aflojado.

Se volvió hacia Cash tirándole de la manga del uniforme.

—Oye, ¿qué tal si picamos algo? Venga, esta vez invito yo.

Se sentaron en una mesa de la terraza del restaurante. Una camarera les sirvió un cóctel de mariscos que compartieron.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Amy, porque, se acostumbrara o no, era más fuerte que ella.

—Depende de qué cosa.

—Tú conociste a mi abuela de verdad, la trataste durante años, ¿verdad? —Lo miró de reojo y vio que Cash asentía y levantaba una ceja a la espera de más preguntas—. ¿Cómo era? Y no me digas "buena mujer" como dice todo el mundo. Eso ya lo sé. Quiero saber cómo era de verdad.

Cash se lo pensó mientras pinchaba una gamba. Amy ya había aprendido que cuando Cash se quedaba callado no es que no tuviera nada que decir, sino que estaba eligiendo bien lo que iba a decir, que no era lo mismo.

—Mandona —dijo al fin—. Como Celeste, pero peor. Te organizaba la vida sin pedirte permiso. —En ese momento su media sonrisa volvió a asomar—. Cuando murió mi padre, se presentó en casa de mi madre con una bandeja de comida y se quedó tres horas. Y volvió al día siguiente. Y al otro. Así estuvimos durante meses, ella no preguntaba si hacía falta, simplemente daba por hecho que sí que hacía falta y aparecía. —Cash cerró los ojos y negó con la cabeza—. Y vaya si tenía razón, hacía mucha falta.

Amy esbozó una sonrisa dulce.

—¿La oíste hablar de mí alguna vez? —preguntó, y le salió la voz más pequeña de lo que pretendía.

Cash volvió a abrir los ojos y la miró. Amy sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Tenía una foto tuya en la guantera de su pick-up —dijo Cash—. A veces la pegaba en el parasol, pero se le caía con el traqueteo. En la foto salías tomándote un cucurucho de helado. —La miró a los ojos —. Me la enseñó un montón de veces, decía que de todas sus nietas tú eras la única que miraba las cosas como las miraba ella. Que los demás solo veían objetos mientras que tú veías... —se encogió de hombros, como si la palabra le diera cierto apuro—. Historias.

Amy sintió que se quedaba sin aire.

Jolín, es la foto que vi en el álbum de Celeste.

¿Era la preferida de su abuela? ¿Era eso cierto, o Cash lo decía solo para quedar bien? No, él no era así, más bien al contrario, no dudaría en decirle las verdades a la cara. Pero es que no tenía sentido…

Llevaba la vida entera convencida de que había hecho todo al revés: que era la hermana que no terminaba las cosas, la que iba de paso por la vida y nunca conseguía nada que pudiera tocarse, nada que fuera de verdad.

Y resultaba que una mujer muerta, a la que apenas recordaba, creía que su nieta, tan inquieta y desastre con patas, era alguien especial.

—Eh —Cash se inclinó hacia ella y suavemente le apartó un mechón de la cara. Amy, que había estado cabizbaja hasta ese momento, se irguió con un respingo, sorprendida por el gesto tan tierno—. ¿Estás bien?

—Sí… o eso creo. —Amy parpadeó deprisa y miró al mar para que él no viera lo turbada que en realidad estaba—. Sí, es que... se me ha metido arena en el ojo. Mucha arena, una barbaridad de arena.

—No estamos en la arena.

Amy puso los ojos en blanco y fingió regañarle.

—Cállate, Keynes, tú que sabes.

Cash alzó las cejas y se echó hacia atrás con una expresión confundida. A Amy le encantó su reacción, y se echó a reír, sintiendo de pronto el impulso de echarle los brazos encima, abrazarlo, besarle esa mandíbula marcada con la barbita sexy de tres días.

Madre mía, cómo están estas hormonas. Será mejor que me calme.

El sol ya casi se había ido. Cash la miró a los ojos.

—Empieza a hacer fresco. ¿Quieres mi chaqueta?

Amy le llevó la contraria de inmediato.

—¡Pero si no hace ni pizca de frío! —Abrió la boca fingiendo indignación—. ¿Quieres saber lo que es el fresco? Acompáñame a mi piso sin calefacción en pleno otoño en Hoboken.

—Paso de congelarme. Venga, te dejo en la tienda.

Madre mía, qué nervios. Ahora es cuando le invito a un café y terminamos comiéndonos el morro.

Amy decidió hacerse la sueca.

—De acuerdo, regresemos. No creas que no sé que estoy abusando de tu tiempo y de tu disponibilidad. Te recompensaré.

—No te preocupes por eso, solo cumplo con mi deber.

Durante el camino de regreso, ninguno de los dos dijo una palabra sobre por qué un jefe de policía que estaba de guardia acompañaba a su casa a una mujer que sabía perfectamente regresar sola.

No hacía falta decirlo. Al menos para Amy.

Porque lo que es por Cash, él no mostró la más mínima señal de interés. Cuando ella se atrevió a invitarlo a subir, él miró hacia delante apretando los dientes. Amy vio cómo los músculos de su mandíbula trabajaban al máximo.

Cuando negó lentamente sin decir palabra, Amy quiso hacerse pequeña y desaparecer. Pero en el último momento reunió valor para despedirse del policía con un beso en la mejilla.

Salió sin mirar atrás sintiendo que le ardían las orejas.

Al menos regresará al cuartel pensando en mí.

Ostras, ¿es que tienes quince años?

¿Se supone que él está obligado a caer redondo por ti?

Menudo ego que te gastas, chica lista.

Pensó en darse una ducha caliente. Le apetecía dejar volar su imaginación con el poli.

En el fondo sabía que lo que necesitaba era una ducha helada que le pusiera las ideas en orden.

Capítulo 10 — Cash

La mañana en el cuartel transcurría con la emoción habitual: monotonía pura y dura.

Noah tenía los pies sobre la mesa y le estaba dando vueltas a un caso de máxima gravedad: alguien había vuelto a dejar un carrito de la compra abandonado en medio de la rotonda, y la principal sospechosa, según Noah, era la señora Pérez. Aunque la señora Pérez tenía ochenta años y no llegaba a la rotonda ni en taxi.

—Te digo que es ella —insistía Noah—. Tiene toda la cara de hacerlo solo para vacilarnos.

—Tiene cara de necesitar que le lleven la compra a casa, que es distinto —Cash ni levantó la vista del parte que estaba redactando para apuntar a su compañero con un dedo—. Y eso lo haces tú.

—¿Yo por qué?

Vaya capullo.

—Pues porque lo digo yo.

Noah abrió la boca para protestar, pero la campanilla de la puerta sonó antes, y los dos levantaron la cabeza a la vez.

Era Amy.

Traía una carpeta llena de papeles bajo el brazo, y en la otra mano sostenía una caja de cartón rosa de la que salía un olor que hizo que a Noah se le cayeran los pies de la mesa de golpe.

—Buenas —dijo Amy, plantándose en mitad de la comisaría con esa naturalidad tan suya—. Vengo a entregar los formularios del traspaso, que por fin he conseguido reunir los catorce, las tres firmas y el sacrificio a la luna llena. —Levantó la caja rosa con un gesto de triunfo—. Y como sé que la burocracia abre el apetito, he traído refuerzos.

Noah ya estaba de pie.

—¿Esos son dónuts?

—De la pastelería de la plaza. Los de chocolate, los de azúcar y unos rellenos de crema que tenían una pinta increíble.

—Te quiero —dijo Noah, con una solemnidad absoluta—. Me caso contigo. ¡Cash, aparta, que me caso con ella!

Cash bufó meneando la cabeza.

—Joder Noah, cierra esa bocaza.

—Es que ha traído dónuts rellenos de crema, jefe. Amy, ¿tú sabes cuándo fue la última vez que este personaje trajo dónuts a esta comisaría? —Noah ya tenía la caja abierta y estaba escogiendo—. ¡Nunca! En los seis puñeteros años que hace que le conozco.

Amy se giró hacia Cash con una ceja levantada y una sonrisita que no presagiaba nada bueno.

—¿Seis años y nadie os trae dónuts? Qué pena de comisaría. Tan abandonados.

—Estamos perfectamente —dijo Cash.

—Estamos fatal —corrigió Noah, con la boca llena—. Míralo, lleva seis años a base de café solo y rencor. Por eso tiene ese carácter.

—Yo no tengo ningún carácter.

—Tienes un carácter de mil demonios, jefe, lo que pasa es que nadie te lo dice porque das miedo. —Noah señaló a Amy con medio dónut —. Al parecer a ella no se lo das, fíjate. Eso es nuevo.

Cash le lanzó la mirada que habría hecho callar a cualquier habitante del pueblo. A Noah, como siempre, le resbaló.

—Es verdad —dijo Amy, sentándose en el borde de la mesa de Cash como si la hubieran invitado, cosa que nadie había hecho—. No me da ningún miedo. Será que no le tengo respeto a la autoridad.

—Será —murmuró Cash.

—O será que a la autoridad se le suben los colores cuando le hablo. —Amy cogió un dónut de azúcar y le dio un mordisco con toda la tranquilidad del mundo—. Una de dos.

Noah dejó de masticar.

Hubo un silencio breve, delicioso para todos menos para uno, en el que Noah miró a Amy, después miró a Cash, después volvió a mirar a Amy, y una sonrisa lenta y enorme se le fue dibujando en la cara como un amanecer.

—¿La autoridad se pone colorada? —repitió, encantado de la vida—. Venga, suéltalo todo.

—No hay nada que contar —intercedió Cash.

—Uy, la autoridad se ha puesto como un tomate —bromeó Amy.

—Amy, por favor —suplicó Cash.

—Es información de interés público, jefe. La ciudadanía tiene derecho a saber que su jefe de policía es un blandengue.

Noah soltó una carcajada que retumbó en todo el cuartel. Cash, que llevaba seis años trabajando con ese hombre y conocía perfectamente la cara que ponía cuando había encontrado un juguete nuevo, supo que eso no se le iba a olvidar en la vida.

Que tenía munición para meses. ¡Qué va, para años!

—Recoge los formularios —le ordenó a Noah, levantándose—. Y deja de comer, que pareces un pelícano.

—Eh, no insultes al pelícano. —Amy se llevó la mano al pecho muerta de risa—. Es un buen pelícano.

—Llévate a tu amiga a la calle, anda —dijo Noah, todavía riéndose, ya echando la mano al segundo dónut—. Que tengo bastante trabajo por aquí. Ah, y gracias por los dónuts, guapa, en serio. Eres lo mejor que le ha pasado a esta comisaría desde que pusieron el aire acondicionado.

—Lo tendré en cuenta para mi currículum.

Cash la sacó de allí casi a rastras, perseguido por la risa de Noah. Solo cuando estuvieron en la acera, con la puerta cerrada tras ellos, se permitió respirar.

—Veo que te ha encantado —dijo Amy.

—No me ha encantado nada.

—Que tu compañero me adore, claro que te ha encantado. Lo he visto con estos mismos ojitos.

No le había encantado. Le había aterrorizado, que era distinto.

Porque una cosa era que a Cash le gustara esa mujer en la intimidad de su propia cabeza, donde nadie podía verlo ni comentarlo ni preguntarle por la boda, y otra muy distinta era Amy sentada en el borde de su mesa contándole a Noah que él se ponía rojo cuando ella le hablaba.

Joder, soltar eso en la comisaría de pueblo más cotilla de todo el hemisferio…

Y lo peor de todo, lo verdaderamente alarmante, era que en el fondo, muy en el fondo, se había divertido con el desparpajo de ella. Se la veía feliz y radiante, y eso a él le alegraba en secreto.

—¿Me llevas a la tienda? —dijo Amy, ajena a la crisis interna que le había provocado—. He dejado una lavadora puesta y tengo que seguir con el inventario.

—Sube.

La llevó a la tienda en el todoterreno, los dos en silencio, un silencio que ya no era el de los primeros días sino un poco más ligero. Cash mantuvo las manos a las diez y diez en el volante y la vista en la carretera, concentrándose al máximo en conducir, como si no llevara de copiloto a la única persona que en años le había hecho perder el hilo de sus propios pensamientos.

Debería haberla dejado en la puerta y haberse vuelto a la comisaría. En cambio, aparcó, apagó el motor, y entró con ella.

Por la tienda. Siempre por la tienda y por la memoria de los Castillo, por supuesto.

Bajaron al sótano con un termo de café, dispuestos a seguir clasificando el caos de allí abajo. El verdadero problema llegó una

hora más tarde.

A Amy se le había metido entre ceja y ceja mover un armario. No un armario cualquiera, claro, sino un ropero de caoba del tamaño de un coche pequeño, macizo y oscuro, con dos puertas talladas y un zócalo que parecía soldado al suelo, que llevaba vete tú a saber cuántos años tapando el acceso a una estantería entera que Amy necesitaba catalogar.

—Hay que moverlo —dictaminó, con las manos en las caderas, estudiando al enemigo.

—Pesa tres veces lo que tú.

—Por eso estás tú aquí. —Le dedicó una sonrisa angelical—. Tú empujas, yo guío.

Cash suspiró, porque sabía reconocer una batalla perdida cuando la tenía delante, y se colocó en un extremo del ropero.

El plan, sobre el papel, era sencillo: él empujaba, ella tiraba, y entre los dos lo iban girando para sacarlo del rincón.

En la práctica, acabó en desastre. El suelo viejo se agarraba al zócalo como si le fuera la vida en ello, y al tercer empujón el armario se ladeó, Amy perdió el equilibrio y Cash reaccionó de inmediato, soltando el mueble para sujetarla a ella.

Acabaron los dos atrapados en el espacio estrecho entre el ropero y la pared. Amy de espaldas contra los tablones, Cash delante de ella, una mano apoyada en la madera junto a su cabeza y la otra todavía en su cintura, donde había aterrizado para frenarle la caída.

Y allí se quedaron.

Ninguno de los dos se movió, y ese fue el problema. Lo sensato habría sido apartarse, soltar la cintura, murmurar un «perdona» y poner entre los dos la debida distancia. Pero Cash no se apartó, Amy tampoco, y el hueco entre el armario y la pared se convirtió de pronto en el sitio más pequeño y más caliente del mundo.

La tenía tan cerca que le veía el pulso acelerado en el cuello, y por la rapidez de los latidos se notaba que a ella eso no la dejaba indiferente. A Cash le llegaba el olor de su pelo, a café y a champú de manzanilla, y notaba bajo la palma el calor de su cintura a través de la tela fina de la camiseta, la subida y bajada de su respiración, que no era tranquila.

Amy levantó la cara. Cash bajó la vista. Y durante un segundo larguísimo se quedaron los dos mirándose la boca como dos idiotas, con el mundo reducido a la distancia de un suspiro y a la mano de Cash, que en algún momento, sin permiso, había comenzado a presionar con suavidad la curva de su cintura.

Serás gilipollas, suelta a esta mujer de inmediato o la liarás parda. Eres un puto profesional y tienes reglas profesionales de conducta, Keynes, y te las estás cargando todas a la vez.

—Cash —murmuró Amy, y su voz salió ronca, distinta. Oírla de esa manera le hizo empalmarse aún más y por poco acaba con la poca cordura que le quedaba.

—¿Qué?

—El armario se está cayendo.

Cash tardó un segundo glorioso y absurdo en entender las palabras. Y entonces oyó el crujido, el lento y amenazador crujido de tres cuartos de tonelada de caoba rindiéndose a la gravedad, y el momento se hizo añicos cuando Cash agarró a Amy de la cintura, tiró de ella hacia un lado y los sacó a los dos del hueco justo a tiempo, mientras el ropero se vencía contra la pared con un estruendo que hizo temblar las vitrinas de media tienda.

Quedaron de pie en medio del pasillo, jadeando, todavía agarrados, mirando el armario apoyado en diagonal contra la pared como un borracho contra una farola.

—Bueno —dijo Amy, tras un silencio—. Pues ya está movido.

A Cash se le escapó la risa antes de poder evitarlo. Una risa de verdad, de las que casi no usaba, que le salió del pecho y le

sorprendió a él tanto como a ella.

Amy se giró a mirarle maravillada.

—Madre mía —dijo—. ¡Sabes reírte! Con dientes y todo.

—De vez en cuando.

—Pues deberías hacerlo más. Te queda muy sexy. —La sonrisa se le suavizó por los bordes hasta volverse más seria.

Y ahí estaban de nuevo, demasiado juntos, esta vez sin armario que los aplastara ni hueco que los apretara. Solo los dos, todavía medio abrazados, con la risa apagándose despacio y dejando en su lugar algo bastante más peligroso.

Fue Cash quien dio el paso atrás. Le costó hasta el último gramo de fuerza de voluntad que tenía, pero lo dio, porque uno de los dos tenía que ser el adulto responsable y, por descarte, le tocaba a él.

—Tengo que volver a la comisaría.

—Claro —Amy se apartó un mechón de la cara y miró a cualquier sitio menos a él—. El deber público y eso.

—El deber público y eso —confirmó él con una evidente tensión en la bragueta de su uniforme.

Recogió sus cosas con la torpeza de un crío y se largó hacia la puerta antes de hacer una tontería de las que no tienen vuelta atrás.

Pero en el umbral, porque era incapaz de no hacerlo, se giró. Amy seguía donde la había dejado, mirándolo, y cuando sus ojos se encontraron ninguno fingió que no había pasado nada.

Porque había pasado, y los dos lo sabían.

—Más tarde envío a alguien para que se encargue de ese trasto de aquí —dijo él—. Hemos salido bien parados.

—Ya lo creo —dijo ella con un suspiro.

Cash salió a la calle con una erección de campeonato, subió a toda prisa al coche soltando tacos en voz baja y exigiéndole a su polla

que se calmara de una puta vez.

Con un suspiro, se puso las gafas de sol para protegerse de los rayos del mediodía, que le daban de lleno.

Ninguno de ellos era tan abrasador como el calor que llevaba dentro.

Capítulo 11 — Amy

—Como vuelvas a tocar el tema de Cash Keynes, te juro que me levanto y me voy —sentenció Amy vaciando de un trago su tercer vaso de ron.

—Nadie ha tocado ningún tema —contestó Mari, tan tranquila, mientras giraba el letrero de la puerta de ABIERTO a CERRADO—. He dicho que el comisario tiene un buen culo. Es una observación constatable, casi científica.

—Es una guarrada.

—Es ciencia.

El Pelícano a las nueve de la noche era un sitio completamente distinto del de las mañanas. Sin clientes, con las luces a media potencia y las sillas patas arriba sobre las mesas, la cafetería tenía un aire íntimo y conspirativo, como de cuartel general del cotilleo.

Mari había despejado una mesa, la había arrastrado hasta detrás de la barra, y sobre ella reinaba ahora una botella de ron oscuro sin etiqueta, tres vasos, un cuenco de hielo y los restos de una tarta de lima que iban menguando a ojos vista.

—Este ron era de mi abuela —dijo Mari, sirviendo con mano generosa—. Lo hacía un primo suyo en Cuba y se lo mandaba en botellas sin etiqueta para que no le pillaran en la aduana. Cuando se muera esta botella, se muere también un trocito de la isla, así que hay que beberlo con respeto.

—Yo lo bebo con muchísimo respeto —dijo la tercera mujer de la mesa, cogiendo el vaso con ambas manos.

Se llamaba Rose y regentaba la mercería de la plaza. Tenía sesenta y tantos años y una lengua que no se cortaba ante nada ni nadie. Amy la había conocido hacía media hora y ya le caía bien, sobre todo porque Rose había dedicado los primeros diez minutos a ponerle verde al alcalde, a la junta del pueblo y a un sobrino suyo que «no

daba un palo al agua», y a Amy le encantaba la gente con opiniones.

—Sabe a gloria —Rose se relamió como una gata—. Cubano del bueno. De este ya solo queda el de Mari y el que esconde Celeste en su casa, que esa es más cubana que las palmeras —le guiñó un ojo a Amy y rio—. Pero del suyo no cae ni una gota, ¿eh? Para el ron es una tacaña, la condená, lo guarda como si fuera agua bendita.

—Bueno —dijo, dándole otro trago al ron y soltando un suspiro de satisfacción—. ¿De qué hablábamos? ¡Ah, sí! Del culo del comisario.

—¡No hablábamos de eso! —protestó Amy.

—Pues deberíamos.

—Estoy de acuerdo —afirmó Mari guiñando el ojo.

—Os odio a las dos.

Mari y Rose chocaron los vasos, encantadas, y Amy se rindió a lo inevitable y le dio un buen trago a su ron, que estaba, para qué negarlo, buenísimo: dulce y fuerte, con un punto ahumado que le bajó por la garganta como una caricia.

Madre mía, menudo colocón la esperaba.

—A ver, en serio. —Mari se inclinó sobre la mesa, con esa cara de poner el cazo que Amy ya le conocía—. Lleva una semana yendo a la tienda todas las tardes. Todas. Y hoy, según me ha contado un pajarito, le has hecho hacer horas extras.

—¿Cómo sabes eso? Apenas han pasado unas horas.

—Cielo, esto es Puerto Encantado. ¡Venga, desembucha!

Amy abrió la boca para soltar lo de siempre: lo del robo a la tienda, lo del papeleo, lo del inventario que había que hacer, todo el repertorio de excusas que llevaba una semana repitiéndose a sí misma. Pero estaba el ron de la abuela cubana corriéndole por las venas, y estaba la luz cálida y baja del Pelícano, y estaban aquellas dos mujeres mirándola con un cariño descarado y sin juicio, y de

pronto le pareció una tontería seguir mintiéndoles a las únicas dos personas del pueblo que ya sabían perfectamente la verdad.

—Es que no sé qué está pasando —confesó, y la sola frase la alivió tanto que fue como si soltara una mochila—. ¿Vale? No lo sé. Vine a vender una tienda con un plazo de tres semanas. Inventariar, tasar, vender y largarme, ¡si parecía facilísimo! Y de repente llevo una semana inventando excusas para que un comisario gruñón se quede una hora más conmigo en el local, y hoy le he vuelto a llevar dónuts a la comisaría solo para verle, y hace un rato casi nos... —se mordió la lengua para no seguir.

Se hizo un silencio absoluto en la mesa. Mari y Rose se quedaron muy quietas, los vasos a medio camino, como dos gatas que han oído el ruido de la lata de comida.

—¿Casi os qué? —susurró Mari, inclinando la cabeza hacia Amy.

—Esto… nada.

—¡Amy Castillo, ¿casi os qué?!

—Se ha caído un armario —dijo Amy, sintiendo cómo los colores se le subían a la cara—. Estábamos moviendo un armario y se torció, y no sé yo de qué manera acabamos los dos atrapados contra la pared y... jolín… muy cerca. Tenía su boca a un suspiro de la mía y… esto… por un momento pensé que iba a... que íbamos a... —Cogió el vaso y se lo bebió de un trago para poder acabar la bendita frase—. ¡A besarnos en los labios como dos adolescentes hormonados! Pero entonces el armario se cayó y ¡paf! el momento se esfumó y él se marchó de vuelta a la comisaría con cara de susto y yo me quedé ahí como una idiota.

Rose soltó un silbido largo y admirado.

—Un armario —dijo meneando la cabeza con aparente incredulidad —. Hay que ver qué romántico. En mis tiempos a una la acorralaban en el granero, pero cada generación tiene lo suyo.

—Rose, por Dios.

—¿Qué? Es la verdad. —Rose se sirvió más ron—. El granero era incomodísimo, todo el rato paja metida por sitios donde no debería haber paja. Un armario está bien, es más higiénico.

Amy se echó a reír sin poder evitarlo, una risa que le salió del ron y del alivio y de lo absurdo de estar hablando de su vida amorosa con una tendera del pueblo a las nueve de la noche, y Mari también soltó la carcajada, y por un momento las tres se rieron como si se conocieran de toda la vida, y Amy pensó, con una punzada que no supo si era de alegría o de miedo, que no recordaba la última vez que había tenido esto.

Amigas alrededor de una mesa, desternillándose como si no hubiera un mañana.

Cuando se calmaron, Mari le puso una mano en el brazo. La cara se le había puesto seria, con una seriedad cariñosa que Amy empezaba a reconocer como el modo en que la gente del pueblo te dice las verdades importantes.

—Mira, te voy a contar una cosa de Cash —dijo—. Y no te lo cuento para meter cizaña, te lo cuento porque me caes bien y porque a él le quiero, que lo conozco de toda la vida. —Le dio un trago al ron—. Ese hombre no se enamora así como así, pero cuando se pilla, se pilla de verdad. Muy fuerte. Por fuera parece un témpano, pero por dentro es todo lo contrario. Cuando se entrega, se entrega entero, sin red. Y ya le han hecho mucho daño.

—Lo de la mujer de Atlanta —dijo Rose.

Mari asintió.

—Claro, la víbora esa.

Amy levantó las cejas y miró a las dos mujeres con ojos grandes.

—Aquello lo dejó marcado —continuó Mari—. El pobre le pidió matrimonio delante de medio pueblo y ella le dijo que no y se largó. Desde entonces Cash no ha vuelto a dejar que nadie se le acerque. Ni una sola vez en todos estos años. —Le apretó el brazo a Amy—. Y de repente apareces tú, niña, y Cash pierde la cabeza por completo.

Empieza a ir a la tienda todas las tardes, y se ríe, y se le ve feliz, y hasta comienza a vestirse de cowboy...

Rose le dio un golpecito con el codo a Mari y ambas se echaron a reír. Cuando recuperó la compostura, Mari miró a Amy con total seriedad.

—Así que solo te pido una cosa, maja.

—¿Qué?

—Que tengas claro lo que estás haciendo.

Amy parpadeó varias veces y entonces Rose terció:

—Porque tú te vas en dos semanas, ¿no? A Nueva Jersey. Tienes la maleta medio hecha y un billete de vuelta. Eso significa que no pierdes nada si entras en el juego, pero el pobre Cash… Cash no es de los que se recuperan dos veces sin endurecerse como una roca.

Y ahí estaba. La frase aterrizó en el centro de la mesa como una piedra en un estanque, y se llevó por delante las risas y el ron y el calorcillo, y dejó a Amy con el vaso vacío entre las manos y un nudo en el estómago que no tenía nada que ver con el alcohol.

Porque tenía razón. Claro que tenía razón.

Después de todo, Amy se iba en dos semanas. Y aquí estaba ahora, en un bar cerrado a esas horas, en un pueblo que ni figuraba en los mapas, poniéndose tibia de ron de contrabando con dos mujeres que la querían y la aconsejaban sin motivo, y ella derritiéndose por un comisario que se reía con los dientes más bonitos del mundo cuando no estaba gruñendo, y que le había cogido de la cintura con esos antebrazos fuertes y morenos de una forma que le había cortado el maldito aliento.

Y por primera vez en su vida, la idea de largarse no le parecía un superpoder.

Le parecía una putada.

—No lo sé, Mari —dijo, y la voz le salió pequeña, sincera, sin una pizca del sarcasmo con el que se protegía de todo—. Ese es el

problema. Que ya no tengo nada claro.

Mari y Rose se miraron por encima de la mesa, una de esas miradas de mujeres que se entienden sin hablar. Luego Mari hizo lo único sensato que se podía hacer ante una confesión así.

Volvió a llenarle el vaso.

—Pues brindo por eso —dijo, alzando el suyo—. Por no tener nada claro. Que a veces es justo donde empieza lo bueno.

Rose alzó el suyo también.

—Y por el culo del comisario —añadió—. Que sigue siendo una observación científica y nadie nos va a convencer de lo contrario.

Amy soltó la carcajada, alzó el vaso, y brindó con las dos mientras el ron de la abuela cubana volvía a bajarle por la garganta, cálido y dulce.

Capítulo 12 — Cash

Cash llevaba doce años yendo a la noche de cocina de Gloria Medina. En doce años, jamás se había planteado no ir. Era lo que se hacía, y ya. Las tradiciones no se discutían.

El segundo viernes de cada mes, El Faro cerraba al público. Gloria reunía a media docena de vecinos en la cocina grande del restaurante, repartía delantales y los ponía a todos a cocinar un menú imposible, mientras Ramón supervisaba desde un rincón con una copa de vino y la autoridad moral de quien lleva cuarenta años entre fogones.

Se cocinaba, se comía, se bebía y se cotilleaba.

Cash iba, pelaba lo que le mandaran pelar, comía mucho, hablaba poco y se volvía a casa. Doce años de lo mismo.

Lo que no había hecho nunca, en esos doce años, era estar con un ojo puesto en la puerta cada dos minutos para ver si entraba alguien.

—Estás pendiente de la puerta —comentó Gloria de pasada, plantándole un delantal en el pecho sin preguntar—. ¿Esperas a alguien?

—No.

—Porque he invitado a la chica de los Castillo. Pobrecilla, sola en el pueblo, no me parecía bien dejarla en casa un viernes por la noche. —Gloria lo miró con una inocencia tan estudiada que habría engañado a cualquiera menos a alguien que la conociera—. ¿Te parece mal que la haya invitado?

—Me parece estupendo, Gloria.

—Eso pensaba yo. —Le dio una palmadita en la mejilla y se fue a recibir a los demás, dejando a Cash con el delantal en las manos y la incómoda certeza de que toda aquella noche, probablemente, había sido orquestada con la precisión de una operación militar.

Amy llegó diez minutos después, y Cash supo el momento exacto en que cruzó la puerta porque la cocina entera subió de volumen, como sube el mar cuando se acerca una ola. Gloria la abrazó, Ramón le sirvió vino antes de que pidiera, alguien le buscó un delantal, y Amy, que en una semana se había metido el pueblo entero en el bolsillo igual que se había metido en el bolsillo a Noah y a los del cuartel, se rio de algo, y la risa le llegó a Cash desde la otra punta de la cocina.

Al instante enderezó la espalda y sintió una tensión entre las piernas que prefirió ignorar mientras mantenía la vista en las cebolletas sobre la tabla de picar.

—Comisario —saludó ella, acercándose con el vino y una sonrisa que era solo un poco demasiado inocente—. No sabía que cocinabas.

—No cocino, solo pelo y troceo.

—Pelará las gambas —tradujo Ramón desde su rincón—. Es lo único que le dejo tocar. Una vez intentó hacer un sofrito y tuve que llamar a los bomberos.

—Qué exagerado, eso fue porque los fuegos no funcionaban bien —protestó Cash—. Y los bomberos solo eran Noah con un extintor.

—Un incendio al fin y al cabo.

Amy se rio, y a Cash le costó un esfuerzo absurdo no quedarse mirándola como un pasmarote delante de medio pueblo.

Aquí cada mirada de más era un titular, así que se concentró en las gambas.

Lo cual habría funcionado de maravilla si Gloria, con esa puntería suya para el desastre romántico, no hubiera puesto a Amy a trabajar justo a su lado.

—Tú al cilantro, niña —le dijo, plantándole una tabla y un cuchillo al lado de Cash—. Pícamelo finito. Y tú, Cash, enséñale, que se va a cortar un dedo.

—No me voy a cortar un dedo —dijo Amy.

—Te vas a cortar un dedo —dijo Cash.

—Que no.

Al poco de empezar se cortó el índice izquierdo. No de gravedad, un corte de nada, pero soltó un «¡ay, jolín!» tan teatral que Cash dejó las gambas y le cogió de la mano antes de pensarlo.

Y de pronto estaba ahí, en mitad de la cocina de El Faro, sosteniéndole la mano a Amy bajo el grifo de agua fría mientras le revisaba un corte que no necesitaba más que una tirita.

—Estás bien —murmuró—, es superficial.

—Ya te he dicho que era superficial.

—Has dicho que no te ibas a cortar.

—Pues me equivoqué.

De nuevo estaban demasiado cerca. El agua corría, la cocina bullía a su alrededor llena de ruido, vapor y conversaciones, y sin embargo el metro cuadrado que ocupaban los dos se había quedado en un silencio raro, cargado, con la mano de Amy todavía en la de Cash y ninguno de los dos haciendo el menor amago de soltarse.

Cash le notaba el pulso en la muñeca, rápido, como cuando la acorraló en el hueco del armario. Tras cerrar el grifo, le secó la mano con un paño, con mucho más cuidado del que requería el caso, y cuando levantó la vista, Amy lo estaba mirando con una intensidad que le borró de la cabeza todo lo demás: el cilantro, las gambas, Gloria, Ramón o el pueblo entero.

—Cash —dijo Ramón, desde su rincón, en un tono que dejaba muy claro que llevaba un rato observando—. Que la mano ya está seca, hijo.

Cash soltó la mano de Amy como si le quemara. Alguien se rió por lo bajo. Gloria, sin apartar la vista del cazo que estaba atendiendo, sonreía de una manera que no presagiaba nada bueno para la paz mental de Cash en las próximas semanas.

—Una tirita —dijo Cash, con la dignidad hecha trizas—. Voy a por una tirita.

Y huyó hacia el botiquín, perseguido por la risa contenida de toda la cocina y por la certeza de que aquello, mañana, lo sabría hasta el último gato del pueblo.

El resto de la noche fue una tortura deliciosa.

Cenaron todos juntos en la mesa grande de El Faro, con las fuentes pasando de mano en mano, el vino corriendo, y Ramón contando por enésima vez la historia de cuando le sirvió pulpo a un crítico gastronómico que se lo devolvió con gesto de haber olido mierda y le puso en la reseña que más que pulpo aquello era un chicle con tentáculos.

Amy reía encantada.

La habían sentado justo enfrente de Cash, no al lado, lo cual debería haberle facilitado las cosas, pero se las complicó muchísimo más. Porque enfrente significaba que cada vez que levantaba la vista del plato se topaba con ella, y que cada vez que ella se reía con la boca medio llena y se tapaba con la mano, él tenía que recordarse activamente que estaba en público, y que mirar así a alguien en Puerto Encantado equivalía a publicar un anuncio en el periódico que dijera: «hombre soltero busca».

Cuando terminaron, ya era tarde, y la gente empezó a recoger y a despedirse entre bostezos y promesas de repetir. Cash se ofreció a llevar a Amy hasta la tienda porque su coche seguía en el taller y, total, ya de perdidos al río: el pueblo entero los había visto esa noche, y un trayecto en coche no iba a empeorar las cosas.

Al menos eso fue lo que se dijo. Que aquello no iba a empeorar las cosas, pero se equivocaba.

Salieron de El Faro a una noche tibia y despejada, de esas típicas de Florida en que el calor del día se ablanda y el aire huele a sal y a tierra mojada. La calle estaba vacía y en silencio, el pueblo entero recogido ya, y en lugar de ir directos al coche, sin que ninguno lo propusiera, echaron a andar hacia el paseo, despacio, como si los dos quisieran estirar la noche un poco más.

—Me ha gustado —dijo Amy, con las manos en los bolsillos—. La cena. Tu pueblo. Toda esta gente que se mete en la vida de todo el mundo y te da de comer y te pregunta cosas que no debería. —Miró hacia el agua con un suspiro—. En mi barrio no conozco ni a mis vecinos de rellano. Llevo tres años viviendo al lado de un señor y no sé cómo se llama.

—Aquí sabrías cómo se llama, a qué hora se levanta, qué cena y con quién se acuesta.

—Ya. —Amy se rió—. Y sería agotador. Y sin embargo... —Se quedó callada, buscando las palabras—. No sé, aquí hay algo mágico. Que la gente te conozca, que les importes, aunque sea para cotillear… eso vale, ¿sabes? Llevo toda la vida pasando por los sitios sin que nadie note que me he ido. Aquí, en una semana, ya hay gente que nota si no aparezco.

Cash la miró embobado. La luz de las farolas del paseo le daba de lado y le realzaba la belleza natural, y no dejaba de maravillarse ante una mujer que se mostraba ante él tal cual era, sin cortarse.

—Tú eres mágica —soltó Cash sin pensarlo.

No había querido decir aquello. Le salió solo, igual que le había salido cogerle la mano bajo el grifo, igual que le salían últimamente todas las cosas que su cabeza le prohibía y que su cuerpo hacía de todas formas.

Amy se detuvo y se giró hacia él. Estaban en mitad del paseo, a oscuras, el mar a un lado y el pueblo dormido al otro, y por una vez no había nadie mirando, ni Gloria, ni Ramón, ni Pete en su banco de pescador, nadie.

Solo ellos dos y el ruido del agua.

—¿Me besarías? —preguntó Amy, y la voz le salió baja, insegura, sin rastro de broma.

—Sabes que sí.

Y entonces pasó. Lo que llevaba pasando toda la semana sin acabar de pasar. Cash bajó la vista a su boca, Amy levantó la cara, los dos se inclinaron a la vez en esa coreografía idiota que conocían de memoria sin haberla bailado nunca, y por un instante el mundo se redujo a la distancia mínima entre dos personas que llevan demasiado tiempo conteniéndose...

Pero el puñetero móvil de Cash sonó con el tono chillón de la centralita, el que usaba para alertarle cuando había algún incidente.

Cash cerró los ojos un segundo, se enderezó y soltó el aire despacio. Y, muy a su pesar, se apartó de Amy.

—Debo cogerlo —dijo, con la voz ronca y un cabreo monumental contra el universo entero—. Es la centralita.

—Claro. —Amy dio un paso atrás, parpadeando, volviendo de donde quiera que hubiera estado—. Faltaba más, cógelo, es tu trabajo.

Cash descolgó, escuchó durante un momento y dijo «voy para allá» en piloto automático. Una fuga de agua en casa de la viuda de Pérez, nada grave, nada que no pudiera esperar, pero la viuda estaba sola y asustada, eran las once de la noche, y no había putos fontaneros en el pueblo que curraran a esas horas. Cash, siendo quien era y haciendo lo que hacía, escogió atender a su deber.

Acongojado, miró a Amy.

—Te llevo a la tienda de camino —dijo.

—No hace falta. Está a cuatro calles, voy andando. —Amy ya se estaba alejando de espaldas, con una sonrisa que intentaba ser ligera y no llegaba del todo a sus ojos—. Ve a salvar a tu vecina, comisario. El deber público y todo eso.

—Espera, Amy.

—¿Qué?

Cash quiso decir muchas cosas. Que lo sentía. Que en cualquier otro momento, en cualquier otra vida, no habría cogido el teléfono. Que

llevaba una semana sin pensar en otra cosa que en aquel instante exacto que la centralita acababa de hacer añicos.

—Cierra bien la tienda —dijo en cambio—. Con las dos vueltas.

Amy soltó la risa a su pesar.

—Con las dos vueltas, entendido.

Y se marchó, calle abajo, bajo las farolas, mientras Cash se quedaba plantado en mitad del paseo siguiéndola con los ojos, la sensación aún tibia de la boca de Amy a un palmo de la suya grabada a fuego.

Luchando contra su propia frustración, puso en marcha el todoterreno y enfiló hacia la casa de la viuda de Pérez.

Pero por primera vez en años, mientras conducía hacia la casa de otra persona a resolver un problema ajeno, Cash Keynes se descubrió deseando, con todas sus fuerzas, ser por una sola noche un hombre corriente a quien absolutamente nadie necesitara.

Capítulo 13 — Amy

Amy cerró la tienda con dos vueltas de llave, como le había ordenado el comisario mandón, y subió al piso convencida de que se iba a dormir.

No pegó ojo.

¿Cómo iba a dormirse con el aliento de Cash todavía en sus labios, con el «sabes que sí» repitiéndose en bucle, con el cuerpo entero zumbándole como un cable de alta tensión por culpa de un beso que no había llegado a pasar?

Dio vueltas en la cama de sus abuelos durante una hora larga, acalorada, inquieta, maldiciendo a la viuda de Pérez y a su fuga de agua con una intensidad que probablemente no merecía una anciana asustada a las once de la noche.

Eres una persona horrible, Amy.

Y todo por un beso.

Por un casi beso, se corrigió, haciendo una mueca de frustración.

¡Qué va, eso no fue ni siquiera medio beso!

A la una de la madrugada se rindió, encendió la luz y bajó a la tienda en pijama. Si no iba a dormir, al menos podía trabajar. Además, a esas horas, en silencio, con la luz cálida de la lámpara del mostrador, el local se había convertido, sin que ella se diera cuenta, en el único sitio del mundo donde se sentía en casa.

Se puso con el escritorio de la trastienda, el de su abuelo, que llevaba días queriendo vaciar a fondo. Y fue ahí, en el cajón de abajo, debajo de un montón de facturas viejas y catálogos amarillos, donde encontró la caja.

Era pequeña, de hojalata, de esas de galletas danesas que en todas las casas del mundo acaban guardando cualquier cosa menos galletas. Amy la abrió sin esperar gran cosa y se encontró una especie de reconstrucción de la vida entera de su abuela hecha de objetos: fotos, un mechón de pelo de bebé atado con un lazo, una

pulsera de dijes, y un fajo de cartas atadas con una cinta, con una letra que no era la de su abuelo.

Madre mía, ¿qué es todo esto?

Una foto le dio un vuelco al corazón.

Su abuela, joven, guapísima, en el muelle de Puerto Encantado, riéndose. Y a su lado, con el brazo sobre sus hombros, un hombre cuyo rostro la foto no lograba capturar del todo: la imagen estaba desvaída, sobreexpuesta por el sol o por los años, apenas una silueta de uniforme y gorra de marinero.

Detrás, escrito a lápiz con la letra redonda de Dolores: *J. y yo, verano del 67.*

J.

J. Holloway.

Oh no.

A Amy se le secó la boca. A toda prisa le dio la vuelta a la foto, volvió a leer la fecha, miró otra vez la cara del hombre, su sonrisa, la forma en que tenía el brazo sobre los hombros de su abuela, que no era la forma en que pones el brazo sobre una clienta o una amiga, sino la forma en que lo pones sobre alguien que es tuyo.

Y de pronto las cartas, y el mechón de pelo, pero sobre todo la nota, *«esto es para Amy, para cuando el cielo se haya despejado…»*, empezaron a girar en su cabeza formando una figura que aún no entendía pero que ya le dolía, porque fuera lo que fuera, era un asunto enorme, y era de su familia, y nadie se lo había contado nunca.

Le temblaban las manos. No supo si de frío, de cansancio o de la sensación vertiginosa de estar tirando de un hilo que iba a deshacer toda una vida que ella creía conocer y no conocía en absoluto.

Y entonces llamaron a la puerta de la tienda.

Amy pegó un bote y se llevó una mano al corazón. Eran más de la una. A través del cristal, bajo la farola de la calle, vio una silueta

grande e inconfundible, y el corazón, que ya iba a mil por el susto, se le disparó por otro motivo completamente distinto.

Bajó, deshizo las dos vueltas de llave con dedos torpes y abrió.

Cash estaba en el umbral, todavía con la ropa de la cena, el pelo revuelto y una mancha en la camiseta que probablemente sería agua de la fuga de la viuda. Tenía cara de cansancio y los ojos oscuros, fijos en ella, con una intensidad que le quitó de golpe el frío de la calle.

—Vi la luz encendida —dijo él con la voz ronca—. Desde la calle. Pensé que... no sé qué pensé. Que igual te pasaba algo.

—Es la una de la mañana.

—Ya.

—¿Has venido a comprobar que había echado las dos vueltas?

—Puede.

Y se quedaron así, mirándose, ella descalza en el umbral con el pijama y los ojos brillantes, él sin poder quitarle los ojos de encima.

Al fin, Cash pasó por su lado sin pedirle permiso. Amy tomó aire, cerró la puerta a su espalda y echó una vuelta de llave por costumbre. Cuando se giró él estaba justo allí, muy cerca, y para ella ya no había duda de a qué había venido.

—Amy —gruñó Cash, dando otro paso al frente—. Si quieres que me detenga, dilo ahora y me largo.

Amy sintió un calor delicioso subir desde su entrepierna.

—No quiero que te vayas. —Amy dio el paso que faltaba, le puso una mano en el pecho y notó el corazón golpeándole dentro, desbocado, tan fuera de control como el suyo—. Cállate de una vez y bésame.

No se lo tuvo que repetir.

La boca de Cash cayó sobre la suya y todo lo que llevaban conteniendo se desbordó de golpe. No fue un primer beso tímido, de

tanteo, fue hambriento desde el primer segundo, las bocas abriéndose, las lenguas encontrándose, un beso que sabía al vino de la cena y a algo más oscuro y más urgente, y Amy se agarró a su camiseta con las dos manos y tiró de él hacia el interior como si llevara toda la vida esperando para hacerlo.

Cash la cogió por el culo con las dos manos y la levantó del suelo como si no pesara nada, apretándola contra él. Amy rodeó su cintura con las piernas por instinto y notó, muy dura contra ella, la polla de Cash a través de la tela gruesa del pantalón. Al instante se le escapó un gemido contra su boca y él gruñó en respuesta, la llevó así, atravesando la sala a ciegas, sin despegar los labios de los suyos, hasta que la espalda de Amy chocó contra una pared y Cash se metió entre sus rodillas y se la sentó encima.

Sin un gramo de vergüenza, Amy se frotó contra él, contra su paquete enorme buscando la fricción donde más la necesitaba. El roce continuo le provocó una sensación parecida a una descarga eléctrica que la hizo arquearse y jadear.

—Joder —jadeó Cash contra su boca, agarrándole las nalgas para apretarla más fuerte contra él—. Llevo días pensando en esto, cada puto día…

—También yo —Amy le mordió el labio inferior y lo oyó soltar un gruñido grave que le bajó por el cuerpo hasta sentir las vibraciones dentro de su coño húmedo.

Desesperada tironeó del cuello de su camisa y Cash se separó solo lo justo para quitársela sin desabotonar por encima de la cabeza. Y entonces fue Amy la que se quedó sin aire porque, madre del amor hermoso, los antebrazos solo eran el principio.

Mordiéndose el labio de deseo, Amy puso las palmas de sus manos en el pectoral trabajado de Cash, subiendo luego hasta sus hombros y rodeándolo hasta llegar a la amplia espalda de nadador, recorriendo todo lo que llevaba semanas imaginando. Su piel caliente sobre músculo duro le resultó adictiva, y Cash la dejó hacer un segundo antes de volver a por su boca con un gruñido bruto,

metiendo sus manos enormes por debajo de la camiseta del pijama de Amy, moviéndose despacio, las palmas ásperas dejándole un reguero de fuego por la piel sensible de sus pechos.

—¿Puedo? —murmuró él contra su cuello, dándole un beso justo debajo de la oreja que la hizo arquearse.

—Sí. Dios, sí.

Cash le sacó la camiseta del pijama por la cabeza. Amy no llevaba sujetador debajo del pijama y él se quedó mirándola un segundo, los ojos oscurecidos por el deseo clavados en sus pechos, antes de bajar la boca a uno de ellos y cerrar los labios sobre el pezón. Al primer contacto de su lengua, Amy echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una serie de gemidos largos que la avergonzaron y enseguida intentó ahogar.

Madre mía, esto es demasiado…

Cash la sostenía por la espalda con una mano mientras con la boca y la lengua torturaba sus pezones de tal manera que le ponía los ojos en blanco. Sintió que su otra mano se deslizaba por sus muslos, subiendo hacia su entrepierna hasta que sus dedos consiguieron enganchar el elástico de las bragas.

—Cash —jadeó ella, agarrándole el pelo—. Por favor.

—Dime qué quieres y te lo daré.

—Tócame, por favor, tócame...

Cash metió la mano por debajo del encaje acariciando su coño con su palma áspera. Amy aplastó su boca contra los labios de él para ahogar sus gemidos de puro placer. Cuando Cash encontró el punto exacto, Amy, ya empapada de las ganas que llevaba acumulando toda la noche, soltó unos tacos tan obscenos que en circunstancias normales le habrían abochornado. Pero estas no eran circunstancias normales y decidió que no iba a cortarse. Le deseaba muchísimo y se correría como tenía que ser. Liberada de toda vergüenza, se dejó caer hacia atrás aplastada contra la fría pared, abierta de piernas, frotándose contra su mano con ansias, una y otra vez, persiguiendo

el orgasmo que ya notaba acercarse como una ola, mientras él le mordía el cuello y le susurraba guarradas con su voz grave y mandona llevándola hasta el borde.

Cuando al fin explotó fue un inmenso alivio. Una ola de placer le recorrió el cuerpo mientras sollozaba sin control y se abrazaba con desesperación a la espalda ancha de Cash sintiendo que se despeñaba por un precipicio sin fondo.

Cuando volvió a alzar la cabeza, vio que Cash la observaba con aprobación. La bajó suavemente hasta dejarla en el suelo y, apoyando su frente en la de ella, susurró:

—Lo has hecho muy bien, preciosa.

—¿No vas a…?

Cash le puso un dedo en sus labios y sonrió con malicia.

—No te preocupes por mí, ya me cobraré mi parte con creces. Te follaré en mi casa, sobre mi cama, como Dios manda. Esto solo ha sido el aperitivo.

Amy lamió el dedo de Cash y se lo metió apenas en la boca para saborearlo. Luego le miró a los ojos con una sonrisa de satisfacción.

—Suena a planazo.

Capítulo 14 — Cash

Cash llevaba media hora gestionando un accidente de tráfico en la carretera de entrada al pueblo. El choque no era grave, pero la bruma de la mañana en la única curva con mala visibilidad había bastado para montar un buen lío.

Una furgoneta de reparto y el Toyota de los Figueroa se habían encontrado al salir de la curva, y ahora estaban los dos atravesados en la calzada con los faros rotos, los parachoques colgando a pedazos y dos conductores que discutían a voz en cuello sobre quién tenía preferencia y quién había sido el gilipollas, mientras una cola de coches se iba formando detrás acompañada de una pitada impaciente.

Cash había separado a los dos conductores antes de que la discusión pasara a mayores, había puesto los triángulos, acababa de mandar desviar el tráfico por el arcén y estaba ahora rellenando el parte con la calma de quien ha hecho esto cuatrocientas veces.

En Puerto Encantado un choque sin heridos era, prácticamente, un acontecimiento social.

—Te digo que él venía a toda hostia —insistía Figueroa.

—Y yo te digo que tú saliste sin mirar, como sales siempre, que llevas cuarenta años saliendo de esa curva como si fueras el único coche del mundo.

—Caballeros —Cash ni se molestó en levantar la vista del parte—. Os queréis mucho los dos, ya lo veo. ¿El seguro reconoce la culpa o lo dejamos en amistoso y os vais a desayunar?

Eso los calló a los dos, como Cash sabía que los callaría, porque en el fondo ninguno quería papeleo y los dos querían desayunar.

Estaba terminando de apuntar las matrículas cuando le vibró el móvil en el bolsillo del pecho.

Lo sacó por costumbre, pensando que sería Noah preguntando si necesitaba ayuda, o Gloria invitándole a algo, o cualquiera de las

cien personas que le escribían cada día por cosas que no eran asunto de la policía pero que en aquel pueblo, por algún motivo, sí eran asunto de Cash.

Era Amy.

Y solo con ver su nombre en la pantalla, a Cash se le iluminó la cara. Miró a su alrededor para comprobar que nadie le observaba. Su cuerpo aún retenía cada una de las sensaciones de haber tenido a Amy sujeta contra una pared con la mano dentro de sus bragas, y llevaba toda la mañana intentando no pensar en ello y fracasando estrepitosamente.

Pero el mensaje no iba de eso.

He encontrado algo en el escritorio de mi abuelo. Hay cartas y una foto. Cash, mi abuela tuvo un lío con ese hombre, con Holloway. No sé qué hacer con esto. No es urgente urgente, pero ven cuando puedas. Te necesito.

Releyó ese «te necesito» varias veces mientras intentaba borrarse la sonrisa de idiota de la cara, no fuera a ser que lo vieran.

Tranquila, en media hora estoy allí.

Se mordió el labio mientras decidía si añadir lo que sentía. *A la mierda*, lo iba a poner de cualquier manera.

Te echo de menos, preciosa.

Guardó el móvil y regresó al medio de la carretera, donde los hombres seguían echándose las culpas el uno al otro.

—Figueroa. —Cerró la carpeta del parte—. Ricci. Lo dejamos en amistoso. Rellenáis esto, me lo firmáis, y a desayunar. Y mucho ojo porque como os volváis a pelear, os multo a los dos por alterar el orden público y por tontos. ¿Estamos?

Los hombres asintieron aún refunfuñando.

—Y aparta la furgoneta del medio, Ricci, que hay medio pueblo pitando.

Cash dejó el accidente resuelto en diez minutos, se montó en el todoterreno y enfiló hacia Castillo Antigüedades silbando una canción ranchera.

Se preguntó acerca del presunto lío de Dolores. ¿De verdad Amy había encontrado una foto de ella con aquel tipo? *Vaya, esto se complicaba.* Pensó en Arturo y se le estrujó el corazón.

Aquello le hizo pensar sin querer en Lauren. Disgustado empujó el recuerdo de esa mujer al puñetero cubo de la basura de su mente.

Encontró a Amy en la trastienda, sentada en el suelo a lo indio, apoyada contra el escritorio de su abuelo y rodeada de las cartas que había extendido por el parqué como los naipes de una baraja. Tenía el pelo recogido de cualquier manera, los ojos algo enrojecidos de no haber dormido bien y una taza de café frío al lado.

Cash sintió el impulso de levantarla en brazos y llevársela a la cama para hacerla descansar junto a él.

—Has venido —dijo ella.

—Has dicho que me necesitabas.

Lo dijo sin pensar, con una sencillez que los sorprendió a los dos, y algo cruzó la cara de Amy, una emoción rápida que no llegó a identificar, antes de que volviera a bajar la vista a las cartas.

—Casi no he pegado ojo —suspiró exhausta—. Encontré la caja antes de que llegaras anoche y, después de que te fueras, en vez de dormir bajé y empecé a leer. —Cogió una de las cartas con cuidado, como si pudiera romperse—. Son de él. De Holloway. Todas. Están fechadas en el sesenta y seis, el sesenta y siete. Y son... Cash, son cartas de amor, de las que te escribe alguien que está completamente colado por ti.

Cash se acercó unos pasos, sin tocarla todavía, dándole su espacio.

—¿Qué dicen?

—Échale un ojo a esta. —Amy le pasó una, con la letra apretada y marinera que ya conocían de los mapas—. Yo ya la he leído tres

veces y todavía no me lo creo.

Cash tomó asiento a su lado y leyó. Y aunque no era hombre de emocionarse con papeles viejos, hasta a él le llegó algo de aquella letra: un hombre joven escribiéndole a una mujer joven desde un barco, contándole del mar, de los puertos, de las ganas de volver a verla y de lo que harían cuando regresara. Planes, un futuro entero dibujado en tinta por alguien que hablaba de Dolores como de lo más preciado que tenía en su vida.

—Cuando vuelva, nos casaremos, y le diré a tu padre que se aguante —leyó Cash en voz alta, y notó el malestar que se le formaba en la garganta—. Te aseguro que montaremos la tienda que llevo planeando por años y que tanto deseamos, y la llenaremos de tesoros con historia, y será de los dos, y así no tendré que apartarme nunca más de ti.

Cash levantó una ceja y soltó un silbido. *Vaya.*

—La tienda —murmuró Amy con desconsuelo—. Cash, la tienda fue idea suya. De Holloway. No de mi abuelo. —Cash la miró y vio que tenía los ojos húmedos—. Mi abuela montó esta tienda con mi abuelo, sí, pero es un proyecto que estaba soñando junto a este otro hombre...

Cash bajó la carta despacio. Empezaba a entender la magnitud de lo que tenía Amy entre las manos, y empezaba a entender, también, por qué Dolores había dejado los mapas *«para cuando el cielo se haya despejado»*. Esto explicaba además por qué Celeste se cerraba en banda.

¿Sería esta la razón por la que la madre de Amy no había vuelto a pisar el pueblo?

Joder, al parecer había una historia secreta enterrada bajo aquella familia, algo que nadie había querido volver a desenterrar. Y Amy acababa de poner el dedo en la llaga.

—Qué fuerte, me pregunto qué pasaría con él —susurró Cash.

—No lo sé. Las cartas se acaban de golpe. La última es del otoño del sesenta y siete y luego ya no hay más. —Amy se abrazó las rodillas —. No sé si volvió, si la dejó, si se murió, si... Jolín, no sé nada. Solo sé que en algún momento dejó de escribir y que mi abuela acabó casándose con mi abuelo, y que, a pesar de todo, guardó todas estas cartas en una caja de hojalata… No tiene sentido.

Cash suspiró y le pasó un brazo por los hombros atrayéndola contra su pecho, muy despacio, dándole tiempo a apartarse. Cuando Amy no lo hizo, sino que, al contrario, se dejó caer contra él y escondió la cara en su cuello, sollozando y temblando, Cash la sostuvo.

Sin decir nada. Sin intentar arreglarlo. Solo abrazándola con la barbilla apoyada en su pelo, que olía a café y a manzanilla, ambos sentados en el suelo de la trastienda y rodeados de las cartas de amor de un fantasma.

—Lo vamos a averiguar —dijo al fin, bajito, contra su pelo—. Lo que sea que haya pasado, lo vamos a averiguar juntos.

Capítulo 15 — Amy

—Esta noche no quiero que duermas sola —dijo Cash de pronto, y Amy levantó los ojos, sorprendida.

Seguía con la cara hinchada de llorar y la cabeza apoyada en el pecho de él. No estaba segura de por qué el saber que su abuela había abierto la tienda para cumplir el sueño de otro hombre que no era su abuelo le había afectado tanto.

Definitivamente necesitaba olvidarse de este asunto por un tiempo, y pasar la noche con Cash era todo lo que quería.

—Venga, coge lo que necesites para pasar la noche. Nos vamos a mi casa —dijo con su voz mandona de poli que no admitía discusión.

Amy, que llevaba toda la vida durmiendo sola y que se enorgullecía de ello, es más, que había convertido el dormir sola en una especie de bandera de independencia, se descubrió obedeciendo a este hombre sin una sola objeción.

Subió la escalera a toda prisa, saltando los escalones de dos en dos, y fue a buscar su bolsa con el corazón desbocado por la anticipación. Sabía perfectamente qué iba a pasar en cuanto cruzaran la puerta de la casa de Cash.

Vas a pasar la noche en casa del comisario, Amy. Vas a pasar LA noche. Madre mía. Respira.

Metió cuatro cosas en su bolsa sin mirar, se cambió el pijama de llorar por unos vaqueros y una blusa, y bajó a toda prisa, antes de que le diera tiempo a pensárselo demasiado.

Porque pensárselo demasiado era lo que llevaba haciendo toda la vida.

Y mira de qué le había servido.

La casa de Cash estaba a las afueras del pueblo, donde la carretera se detenía y empezaba la marisma, y Amy se enamoró de ella antes incluso de bajar del coche.

—Bienvenida a mi humilde rancho —dijo Cash sonriendo y guiándola por el camino de grava.

Era una casa de madera baja y ancha, de esas tradicionales de Florida, con un porche grande que daba al agua y una pintura blanca que el salitre se había encargado de desconchar por las esquinas, dándole un aire gastado y bonito, de cosa vivida. Amy subió unas escalerillas y notó la mecedora de madera y el par de botas de agua junto a la puerta.

Y, antes de que Amy pusiera un pie dentro de la casa, un perro grande salió a recibirla moviendo el rabo de alegría y olfateando sus piernas y manos con curiosidad. Era un labrador algo viejito y muy hermoso, y Amy se enamoró a primera vista.

—Este es Capitán —dijo Cash, rascándole las orejas—. No te va a hacer nada, hace años que decidió que ladrar era mucho esfuerzo.

—¡Hola, Capitán! —Amy se agachó a acariciarlo y el perro se dejó querer con un suspiro de placer—. Eres precioso, ¿sabes? Y tienes mejores modales que tu dueño.

Cash se encogió de hombros.

—Eso es verdad. Ven, pasa.

Dentro, la casa olía a pino recién cortado, a colada limpia y a algo indefinible que Amy identificó, sin saber muy bien por qué, como el olor de Cash. Era un sitio sencillo, ordenado a su manera, sin un solo adorno puesto por gusto, pero lleno de cosas que contaban una historia si sabías mirar, y Amy llevaba semanas aprendiendo a mirar.

Se quitó la bolsa, la dejó sobre una mesa y se plantó frente a un par de fotos antiguas enmarcadas en la pared: un hombre alto, grande y serio posando delante de una barca.

Este tiene que ser el padre de Cash.

En la imagen también había una mujer de sonrisa amable y ojos azules. Sin duda su madre.

Ahora veo de quién ha sacado sus ojazos.

Fascinada se quedó observando un rato, y luego se volvió hacia la segunda fotografía, que mostraba a Cash de niño, flaco, de hombros anchos bajo una camisa de franela y mirando a la cámara muy serio. Sostenía una caña de pescar más alta que él y, en la otra mano, llevaba unos cuantos pescados enganchados en un aro de alambre.

Se volvió y vio que Cash la miraba con interés.

—Los Keynes —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Ya eras guapete de crío —sonrió, guiñándole el ojo.

Cash hizo una mueca.

—Tú ponte cómoda, voy a por unas cervezas.

Amy siguió dando vueltas, observándolo todo. Muebles que claramente habían pertenecido a otra generación y que Cash había conservado tal cual, como si mover el sofá de su madre fuera una traición.

Y en un rincón, apoyada contra la pared, una caña de pescar vieja que Amy reconoció sin que se lo dijeran. La del padre, la que Cash no usaba nunca pero tampoco pensaba regalar jamás.

A Amy se le encogió el corazón. Mirando aquella casa, entendió de pronto que Cash vivía exactamente igual que ella había vivido aquellas semanas: rodeado de los recuerdos de los que se habían ido, cuidando de un museo de ausencias, fiel a unos muertos que ya no podían pedirle nada.

—Es una casa preciosa, Cash —dijo al verle regresar con dos botellines de cerveza, uno de los cuales aceptó.

—Es vieja y se cae a trozos.

—Es preciosa y se nota que la quieres.

Cash no contestó.

Bebieron la cerveza sentados a la mesa. En un momento, Cash le pidió que fuera a sentarse en su regazo y Amy casi escupe el trago.

—¿De verdad? —preguntó ella con una sonrisa traviesa.

—Tengo ganas de sentirte.

Amy se sonrojó tanto que notó cómo le ardían las orejas. Aun así se levantó de su silla y, con picardía, se dejó caer sobre las piernas de Cash, quien de inmediato la atrajo contra sí, rodeándole la cintura con el brazo.

—Así está mejor —gruñó, dándole un sorbo largo a su cerveza y humedeciendo sus labios con la lengua justo después.

Amy siguió el gesto con sus ojos entornados de deseo y ya no se supo contener. Cogió la mandíbula cuadrada de Cash con sus dos manos y le plantó un beso mojado en los labios. Él atrajo su lengua dentro de su boca y la hostigó hasta que Amy sintió cómo sus bragas se empapaban por completo. Entonces Cash dejó el botellín en la mesa de un golpe, sin despegar la boca de la suya, y le hundió una mano en el pelo para besarla más hondo, más sucio, mientras con la otra la apretaba contra él por la cintura.

Amy notó de inmediato lo dura que se había puesto la polla de Cash empujando contra los vaqueros y gimió.

Siguiendo su impulso se puso a horcajadas sobre su paquete y comenzó a balancearse frotándose contra él.

El roce hizo que Cash gruñera dentro de su boca, acrecentando su placer.

—Como sigas haciendo eso —siseó él contra sus labios— no llegamos al dormitorio.

—Haré que te corras sin salir de tus pantalones de policía.

Cash se apartó lo justo para mirarla con una ceja levantada. A Amy le encantó descolocar, por una vez, a aquel hombre que lo tenía todo siempre bajo control.

—Mira que eres mala —dijo él.

—No tienes ni idea.

Al parecer Cash aceptó el desafío porque de inmediato se levantó de la silla cargando a Amy en brazos, sin esfuerzo, como si no pesara

nada, y ella le rodeó la cintura con las piernas y el cuello con los brazos y se dejó llevar por el pasillo a oscuras, devorándole la boca, mordiéndole el labio, sintiendo esa barba de tres días que raspaba de una manera tan sexy.

Amy hundió sus dedos en el pelo espeso de Cash, increíblemente suave al tacto. Una corriente eléctrica parecía recorrerla haciendo erizar y convulsionar su bajo vientre.

Capitán los miró pasar desde el sofá y al parecer decidió que aquello no era asunto suyo porque volvió a dormirse.

Amy fue cargada en vilo hasta el dormitorio que estaba fresco y a oscuras, con una ventana abierta por la que apenas entraba el rumor de la marisma y el aroma a salitre.

Cash la dejó justo al borde de una cama grande y mullida.

Durante un segundo se quedaron los dos mirándose en la penumbra con la respiración agitada. Conscientes de que ya no había vuelta atrás.

—Quítate eso —ordenó Cash, con la voz ronca, señalando la blusa con la barbilla—. Quiero verte.

Amy se mordió el labio.

—Quítamelo tú.

Cash desabrochó los botones uno a uno, con una paciencia que contrastaba con la dureza que Amy había notado contra ella hacía un momento, y le fue abriendo la blusa poco a poco, rozándole la piel con los nudillos a medida que la descubría, hasta que se la sacó por los hombros y la dejó caer al suelo.

Enseguida desabrochó el sujetador con una facilidad experta que Amy decidió no comentar.

Cuando los pechos de ella quedaron libres, él se quedó admirándolos con la mandíbula apretada y las aletas de la nariz dilatadas. Amy sintió el poder de aquella mirada en cada centímetro de su piel.

Cash parecía preparado para comerla a bocados.

—Joder, eres preciosa. No tienes ni idea de lo mucho que me pones.

Bajó hasta la altura de sus pechos y cerró la boca sobre un pezón, haciendo que Amy echara la cabeza atrás con un gemido lastimero.

Cash la lamió, chupó y mordió con suavidad. Con una mano amasaba sus pechos mientras que con la otra le desabrochaba el vaquero. Amy no sabía a qué parte de su cuerpo atender. Los pechos se le habían puesto tan duros que dolían y las rodillas le temblaban de placer.

Era demasiado.

Cuando Cash la empujó con suavidad para tumbarla en la cama, ella se dejó caer encantada, arrastrándole consigo.

Ahora él le quitaba los vaqueros dejando las braguitas expuestas. El algodón estaba empapado y se transparentaba. La acarició por encima de la tela mojada, mirándola divertido mientras lo hacía.

—Estás chorreando —dijo Cash, y lo dijo con una satisfacción ronca, casi cruel—. Todo esto por mí.

—Cállate —jadeó Amy, retorciéndose contra su mano—. Cállate y haz algo.

—Tranquila, nena, aquí quien da las órdenes soy yo.

Le arrancó las bragas de un tirón impaciente. Antes de que Amy pudiera reaccionar, Cash ya se había deslizado entre sus muslos, abriéndolos con las palmas de sus manos mientras succionaba su coño dentro de su boca como un animal hambriento.

Amy gritó al sentirse invadida, la lengua del policía recorriéndola entera, de abajo hacia arriba y de adentro hacia fuera, para luego concentrarse justo donde más lo necesitaba, lamiendo, chupando y sorbiendo con una destreza que consiguió aniquilar cualquier tipo de pensamiento de su cabeza.

Amy le cogió el pelo con las dos manos arqueándose contra su boca, soltando guarradas que en otro contexto la habrían avergonzado y que ahora le salían solas, pidiéndole más, pidiéndole que no parara,

y Cash gruñía contra ella como un animal mientras ella no dejaba de retorcerse, y cuando él le hundió un dedo, y luego dos, curvándolos dentro de ella mientras la lengua seguía trabajando, Amy supo que no iba a durar nada.

—Cash, me voy a venir... no pares, por favor, no pares...

Lejos de detenerse, Cash apretó la lengua justo donde tenía que apretarla y bombeó los dedos más rápido mientras Amy se desgañitaba contra su boca con un grito que seguramente oyó media marisma, los muslos temblando y el cuerpo entero sacudiéndose mientras Cash la sujetaba por las caderas y la lamía durante toda la corrida.

Sin soltarla. Sin darle tregua. Extendiendo el placer hasta que Amy se vio obligada a apartarle la cabeza porque no aguantaba más aquella agonía.

Madre mía, nunca antes me habían comido así.

El policía subió por su cuerpo besándole el vientre, los pechos, el cuello, con la barbilla brillante de sus jugos y una sonrisa de pura arrogancia masculina que en cualquier otro momento le habría dado ganas de soltarle un bofetón.

Pero que ahora, en cambio, solo le daba ganas de más.

—Una —dijo Cash ronco contra su oído—. Vamos a por unas cuantas rondas más. Me flipa oír cómo te corres.

Amy le buscó la boca, le bajó las manos por el pecho, por el abdomen duro, hasta dar con el último botón que le quedaba puesto, y se lo desabrochó con dedos torpes de impaciencia. Cash se levantó solo lo justo para deshacerse de los pantalones y los calzoncillos de un movimiento, y cuando volvió sobre ella, por fin piel contra piel sin nada en medio, los dos gimieron a la vez por el contacto. Amy lo notó duro contra su muslo, grande, listo, y le rodeó las caderas con las piernas para atraerlo, porque lo necesitaba dentro ya, ahora mismo.

—¿Estás segura? —murmuró Cash con la frente apoyada en la suya, temblando del esfuerzo de contenerse, porque hasta ardiendo de lujuria no podía dejar de ser quien era, el gran servidor preocupado por el bienestar del otro.

—Como me vuelvas a preguntar si estoy segura te juro que me visto y me voy —mintió Amy porque ni de coña se movería de donde estaba—. Fóllame de una vez, Keynes. Te lo has ganado.

Cash se irguió poderoso, los músculos contraídos y temblando con ansias por embestir. Pero usó todo su autocontrol para entrar en ella muy despacio, haciéndola gemir y suplicar. Amy podía sentir la polla enorme pulsando con la sangre a medida que recorría su canal hasta el fondo, llenándola por completo y enviando señales de placer a todo su cuerpo.

Por un momento ambos se quedaron quietos, jadeando. Cash dándole tiempo para adaptarse a su tamaño. Su frente caliente pegada a la de ella. La mandíbula tan tensa que Amy notaba el esfuerzo que le costaba no moverse como le gustaría.

No dar rienda suelta a su necesidad de ella.

Aún.

Cuando empezó a moverse de nuevo, hondo y lento, Amy soltó un grito y le clavó las uñas en la espalda levantando las caderas para recibirlo entero, y el ritmo fue subiendo, haciéndose más fuerte, más rápido, más bruto, la cama golpeando contra la pared, la respiración de los dos rota.

Cash le susurraba al oído cosas que la encendían todavía más. Lo puñeteramente apretada que estaba. Lo bien que se la follaba.

Lo mucho que llevaba deseando esto…

—Más… —pidió Amy, agarrándose a él—. Más fuerte.

Cash se incorporó sobre las rodillas, agarró sus caderas con las dos manos y embistió con ganas. Desde ese ángulo nuevo, Amy sintió

que él tocaba justo en el punto donde tenía que tocar. Una, y otra, y otra vez. Incansable.

Insaciable.

Cuando notó el segundo orgasmo formándose, Amy pensó que era imposible.

Es demasiado pronto.

—Eso es —gruñó Cash, mirándola, bajando una mano para tocarla donde se unían sus cuerpos—. Córrete para mí, nena.

Y Amy, que nunca había podido dos veces seguidas, que estaba convencida de que era una de esas cosas que solo pasaban en las novelas, se corrió una vez más. Con él dentro, con sus dedos encima de su clítoris hinchado.

Cuando oyó a Cash maldecir y perder por fin el control, sintió que se derretía por completo alrededor de su polla caliente. Él la siguió embistiendo, retirándose y hundiéndose en ella hasta el fondo con un gruñido ronco.

Amy le clavó las uñas en la espalda mientras él se vaciaba dentro suyo, temblando, derrumbándose sobre ella con todo su peso mientras los dos se quedaban sin aire.

Tardaron un buen rato en volver a la tierra. Cash tuvo la decencia de sostener parte de su peso sobre los codos para no aplastarla, con la cara hundida en su cuello, la respiración caliente contra su piel cubierta de sudor, y Amy se quedó ahí, debajo de él, acariciándole la espalda ancha, sintiendo los últimos temblores que les recorrían el cuerpo a los dos, pensando que jamás en su vida se había sentido tan completamente, tan peligrosamente a salvo.

Al rato Cash rodó hacia un lado, la atrajo contra su pecho y le pasó un brazo por encima, pesado y posesivo, como si quisiera asegurarse de que no se iba a ningún sitio. Al darle un beso tierno en el pelo murmuró algo que Amy no llegó a entender. Y en cuestión de minutos, con la facilidad de un hombre que ha trabajado todo el día

y ha terminado la jornada de la mejor manera posible, se quedó dormido abrazado a ella.

Amy le miraba fascinada, acurrucada contra aquel cuerpo grande y cálido, escuchando su respiración lenta mientras el rumor del agua fuera la aquietaba y adormecía. Y con muchísimo cuidado de no despertarle, se incorporó un poco sobre el codo, solo para mirarle.

Cash dormido era otra cosa. Sin el ceño fruncido, sin la mandíbula apretada, sin la coraza de comisario serio que cargaba durante el día, parecía más joven, más suave, casi en paz. La luz de la luna que entraba por la ventana le dibujaba el perfil de los músculos del hombro y el brazo cruzado sobre las sábanas, del pecho ancho subiendo y bajando despacio. Tenía una cicatriz pequeña que le partía una ceja y que Amy no había advertido hasta entonces. La trazó con su dedo muy suavemente para no despertarle.

Amy se quedó mirando embelesada a ese hombre, recorriendo con los ojos su rostro en la penumbra, pensando que nunca había visto nada igual de atractivo.

Tan condenadamente masculino.

Definitivamente, Cash era un hombre de los que ya no quedan.

Amy no se creía que el mismo policía que cuidaba de un pueblo entero sin pedir nada a cambio, estuviera ahora dormido a su lado, con un brazo todavía echado sobre ella.

Como si hasta en sueños quisiera protegerla.

El mismo hombre que la hacía sentir, por primera vez en años, que no estaba sola en el mundo.

Capítulo 16 — Amy

Amy se despertó en una cama que no era la suya y, por un momento de pánico, no supo dónde estaba ni cómo había llegado allí.

Aún adormilada, advirtió el peso de un brazo de hombre descansando sobre sus caderas, y descubrió que tenía la nariz aplastada contra un pecho duro y fuerte que olía a sal y a colonia.

Cash.

De inmediato se acordó de todo con un nivel de detalle que le encendió las mejillas y se mordió el labio para no sonreír como una idiota contra el pecho del hombre dormido.

La luz entraba blanca y temprana por la ventana abierta. Fuera cantaban los pájaros de la marisma, un alboroto de trinos en busca de alimento. En algún rincón de la casa se oyó el tintineo metálico de Capitán bebiendo agua de su cuenco. Cash respiraba hondo y lento, envuelto en un sueño tranquilo, y Amy se quedó muy quieta, robándole unos minutos más a aquel cuerpo cálido antes de que el mundo volviera a ponerse en marcha.

Porque el mundo iba a volver a ponerse en marcha.

Madre mía, cuánto daría por poder quedarse en la cama junto a este hombre.

El poli era una auténtica máquina de follar. Y se sentía tan bien dormir tumbada sobre su cuerpo...

Le besó el pecho con una sonrisa traviesa al acordarse de cómo la había hecho correrse.

Varias veces.

Amy deseaba quedarse pero tenía una tienda que vaciar, un inventario a medias, una denuncia que poner y un misterio familiar que amenazaba con estallar como una olla a presión.

Ay Dios, qué gozada sería no tener que pensar en nada.

Despertó a Cash con un beso suave y sonrió al ver sus ojos adormilados. Él gruñó y la atrajo hacia sí para besarla, y ella se dejó hacer hasta que él se apartó, buscando con los ojos el reloj.

—¿Qué hora es? Me esperan en el cuartel.

Ahí estaba de nuevo, el mundo real.

Tras ducharse y desayunar huevos revueltos y bacon, Cash la llevó hasta la tienda y se despidió de ella con un beso en los labios. Amy se quedó de piedra: era la primera vez que se besaban en público.

¡Madre mía, a Cash se la suda que nos puedan ver morrearnos!

Entró a la tienda flotando en una nube, sonriendo como una tonta, pero al subir al piso se topó con la caja de hojalata que había dejado sobre la mesa, y todo el peso de lo que había descubierto ayer le cayó de golpe otra vez sobre los hombros.

J. y yo, verano del 67.

Amy se sentó a la mesa con la foto en la mano y la miró un buen rato. Su abuela en su plenitud riéndose con el brazo de aquel hombre sobre los hombros. Y de repente pensó en su madre. Su madre debía de saber algo de todo esto.

Después de todo había crecido en aquel pueblo, en aquella tienda, con aquella mujer, y se había marchado para no volver. Entre el secreto de la abuela y la huida de su madre tenía que haber un hilo del que pudiera tirar.

Si se atrevía, eso sí. Porque su madre no era la persona más fácil de tratar.

Antes de darse el tiempo de pensárselo demasiado, y para su completa sorpresa, sacó el móvil y marcó su número.

Su madre descolgó al cuarto tono, con esa voz suya un tanto apática que Amy conocía desde siempre, la voz de una mujer que había aprendido hace mucho a no esperar buenas noticias al coger una llamada de su hija menor.

—¿Amy? ¿Pasa algo?

—Hola, mamá. No, no pasa nada. —Amy se recolocó el móvil en la oreja. Los nervios la tenían moviéndose de un lado para otro, así que decidió bajar a la tienda para sentirse más protegida—. ¿Cómo estás?

—Tirando. Con la espalda regular —el resoplido saturó la línea, y Amy hizo una mueca—. ¿Has vendido ya la tienda? Chloe ha estado preguntando. Está pesadísima con eso.

Y ahí estaba, la primera bofetada de realidad: para su madre y sus hermanas, la tienda de Puerto Encantado seguía siendo solo una transacción pendiente. Y cuanto antes cortaran la línea que aún las unía al sur y a un pasado ajeno, mejor.

—Esto… en eso estoy —farfulló Amy, y le sorprendió lo acojonada que estaba—. Es… más complicado de lo que parecía. Hay mucho, mucho, mucho que ordenar y catalogar.

—Ya. Bueno, no te entretengas más de la cuenta, que tus hermanas necesitan ese dinero y tú tienes tu vida aquí.

Mi vida allí. Amy miró alrededor: la tienda en penumbra, las libretas de su abuelo, la luz de la mañana entrando por el escaparate. Y, por un segundo, no supo a qué vida se refería su madre, ni cuál de las dos era la de verdad.

—Mamá… —Tragó saliva antes de continuar—. Te quería preguntar una cosa… una cosa de la abuela.

El silencio al otro lado cambió de textura. Amy lo notó. Pasó de ser el silencio aburrido de una conversación de trámite a otra cosa: más tensa, más alerta.

—Qué cosa.

—Pues... ordenando la tienda, he encontrado cosas suyas. Cartas, fotos... —Amy habló con cuidado, tanteando el terreno.

—Normal —dijo su madre con ese tono glacial que la caracterizaba.

—Oye, mamá, ¿quién era el capitán Holloway?

El silencio que siguió fue tan largo que Amy llegó a mirar la pantalla para comprobar que no se había cortado la llamada.

—¿De dónde has sacado ese nombre? —La voz de su madre ahora era baja y cortante. Por debajo de ese filo, Amy oyó algo que no le había oído nunca, o al menos no que recordara: miedo.

—De unas cartas. Estaban en una caja, en el escritorio del abuelo. Mamá, son cartas de amor, de este hombre a la abuela. Y hay una foto de los dos, del sesenta y siete, y...

—Amy —el nombre le salió afilado, definitivo—. Deja eso donde lo encontraste.

—Pero, mamá...

—¡Que lo dejes, he dicho! No sé qué te crees que has encontrado, pero esa es una historia muy vieja y muy enterrada, y no se te ha perdido nada ahí. ¿Me oyes? Vende la tienda, quédate con tu parte y vuelve a casa. Eso es lo que has ido a hacer, lo demás no es asunto tuyo.

—Se trata de mi familia. Claro que es asunto mío.

—No —la voz de su madre se quebró, solo un segundo, antes de volver a endurecerse—. No lo es. Hay cosas que es mejor no remover, Amy, hazme caso. Por una vez en tu vida, hazme caso y déjalo estar.

Y colgó.

Así, sin más.

Amy se quedó con el móvil pegado a la oreja, escuchando el tono de corte, con el corazón latiéndole fuerte y una sensación chunga en el estómago, mitad frustración, mitad algo más serio, porque acababa de descubrir dos cosas a la vez.

La primera: que su madre sabía. Sabía perfectamente quién era el capitán Holloway, lo sabía todo, y no pensaba contárselo.

La segunda, y esta le dolía más: que la herida que fuera que tenía su madre con aquel pueblo y con aquella historia seguía abierta,

sangrando después de tantos años, tanto que la voz se le había quebrado por teléfono solo de rozarla.

Hasta que el cielo no se haya despejado...

La nota de la abuela le vino a la cabeza y Amy comprendió, con una claridad fría, que el cielo del que hablaba su abuela no era el suyo. Era el de su madre. La tormenta era entre ellas dos, entre la abuela muerta y la hija que se fue, y de algún modo retorcido que Amy aún no alcanzaba a vislumbrar, le había tocado a ella, a la nieta, despejarla.

Estaba todavía de pie ante la cristalera que daba a la calle, dándole vueltas a la cabeza, cuando la campanilla de la puerta sonó. Dio un respingo y soltó un taco por el susto.

No eran los pasos de Cash, lo supo antes de levantar la vista, porque los pasos de Cash ya se los sabía de memoria. Estos, en cambio, eran distintos: rápidos pero inseguros.

Amy abrió la puerta y se encontró con una mujer de unos cincuenta y tantos años, traje de chaqueta impecable a pesar del calor, melena rubia de peluquería y una sonrisa profesional tan vivaz como una momia.

—¿Amy Castillo? —La mujer avanzó hacia ella con la mano extendida y un maletín en la otra—. Por fin te pillo. Larissa Whitfield, de Whitfield Inmobiliaria. Lara, llámame Lara, todo el mundo me llama Lara. —Le estrechó la mano con un apretón frío—. Llevo días queriendo pasarme. ¿Tienes un momento?

—Eh… —Amy se sacudió el polvo de los vaqueros, descolocada por el vendaval—. Supongo. ¿De qué se trata?

—De esto, cielo. —Lara hizo un gesto amplio que abarcó la tienda entera, las estanterías, las vitrinas, los tres pisos de historia acumulada—. De esta maravilla de local que tienes aquí muerto de risa. ¿Sabes lo que podrías obtener por esto? ¿En primera línea y con estos metros? —Negó con la cabeza, como apenada por la magnitud del desperdicio—. Una fortuna. Una auténtica fortuna. Y

aquí lo tienes, lleno de polvo y de trastos viejos, sin generar ni un céntimo.

Trastos viejos.

Amy notó que se le revolvía algo por dentro. Una semana y media atrás, ella habría dicho exactamente lo mismo, pero ahora las palabras de la mujer sonaron casi como un insulto personal.

—No son trastos —se oyó decir—. Son antigüedades y cada una tiene su historia.

—Claro, claro, monísimas. —Lara ya estaba sacando una carpeta del maletín, ignorando el comentario—. Pero las historias no pagan facturas, ¿a que no? Mira, te voy a ser sincera porque me caes bien y porque conocí a tus abuelos, que en paz descansen. Tengo un comprador. Un grupo hotelero, gente seria, con dinero del bueno. Quieren la parcela para un proyecto de apartamentos turísticos, y están dispuestos a pagar muy por encima del mercado por hacerse con todo este lado de la calle —le tendió la carpeta—. Esa es la cifra preliminar. Échale un ojo. Sin compromiso.

Amy cogió la carpeta sin querer hacerlo. No tuvo más remedio que abrirla y ver la cifra.

Y se le secó la boca, porque era mucho dinero. Qué digo, era un pastizal. La clase de dinero que solucionaba la vida de sus hermanas, que le quitaba a su madre los dolores de espalda y las preocupaciones, y que le permitía a ella, por primera vez en su vida, dejar de repartir comida por aplicación y respirar.

Jolín, era exactamente por lo que había venido al pueblo. La razón entera de que estuviera allí.

—Es... —Amy tragó—. Es una cifra muy generosa.

—Es el doble de lo que sacarías vendiéndola como negocio, cielo. Y sin el follón de buscar comprador para una tienda de antigüedades, que hoy en día no las quiere nadie, las cosas como son. —Lara sonrió, oliendo la duda como un tiburón huele la sangre—. Tú te llevas tu parte, tus hermanas se llevan la suya, todos contentos, y

asunto arreglado antes de que acabe el mes. Limpio y rápido. ¿A que suena bien?

—Tengo que pensarlo —dijo Amy.

Lara parpadeó, como si «pensarlo» no fuera una respuesta que entrara en sus planes.

—Claro, claro, piénsalo —dijo recuperando la sonrisa falsa—. Pero no lo pienses mucho, ¿eh, cielo? Los compradores de este calibre no esperan eternamente, y una oferta como esta no se ve dos veces. —Le dio una tarjeta, que Amy cogió por puro reflejo—. Llámame cuando lo tengas claro. Que será pronto, seguro. Eres una chica lista, se te nota.

Y se fue, dejando tras de sí una estela de perfume caro y la carpeta con la cifra en las manos de Amy, que se quedó allí plantada en mitad de la tienda de sus abuelos, con la oferta de su vida en una mano y la tarjeta de Lara en la otra, sintiéndose, por primera vez desde que había llegado a Puerto Encantado, profunda y dolorosamente dividida.

Aun así, decidió guardar todo aquello en un rincón muy, muy lejano de su cabeza para que no volviera a molestarla y, enseguida, volvió a concentrarse en lo que importa.

Cash.

Se tumbó en la cama y dio rienda suelta a su fantasía: solo deseaba revivir cada detalle del último encuentro.

Una y otra vez.

Capítulo 17 — Cash

Cash llamó a la puerta de la tienda el viernes a las ocho de la tarde.

Iba recién duchado, con una camisa de paisano que no era la del uniforme y una bolsa de papel llena de cosas del mercado, y cuando Amy abrió y lo recorrió de arriba abajo con descaro, la idea del fin de semana pasó de ser buena a convertirse en un auténtico acierto.

—Vaya, vaya. —Amy se apoyó en el marco de la puerta—. El comisario se ha puesto guapo.

—Solo me he puesto una camisa.

—Una camisa sin placa. Eso en ti es prácticamente lo mismo que un esmoquin —dijo riendo suavemente y echó un vistazo a la bolsa—. ¿Y eso?

—La cena. Me he pedido el sábado libre. —Cash se encogió de hombros como si no fuera nada, como si librar un fin de semana no fuera algo que no hacía desde tiempos inmemoriales—. He pensado que igual te apetecía salir un poco del pueblo. Y resulta que mi casa está fuera del pueblo.

—Qué casualidad tan bien planificada.

—Soy un hombre de recursos.

Amy se rió y agarró el mismo bolso que se había llevado el otro día a su casa, solo que esta vez se notaba que lo había llenado a conciencia. Buenísima señal: no era el único que tenía planes para el fin de semana.

—Por cierto —soltó ella mientras subían al coche—, como Capitán haya vuelto a apalancarse en mi lado de la cama, esta vez lo denuncio.

—Vaya, tu lado de la cama...

—Sí, mi lado de la cama, ¿qué pasa? Una se acostumbra rápido a lo bueno, Keynes.

Y Cash, que en otra ocasión habría soltado un comentario borde para cortar el rollo de raíz, se descubrió sonriendo a la carretera como un auténtico idiota durante todo el trayecto.

Cenaron en el porche, viendo cómo la marisma se volvía primero dorada y luego morada, con el agua quieta devolviendo los últimos retazos de la luz de la tarde. Cash preparó pescado a la brasa, algo sencillo, porque era lo único que sabía cocinar sin riesgo de tener que llamar a los bomberos.

Amy declaró, tras el primer bocado, que estaba dispuesta a casarse con cualquier tío que cocinara así.

—Yo no soy un tío cualquiera —replicó él.

Amy le echó los brazos al cuello y le plantó un beso en los labios.

—Lo sé —murmuró.

Por toda respuesta, Cash le devoró la boca, arrancándole un gemido que la hizo poner roja como un tomate.

Cash gruñó con satisfacción.

Capitán hizo su ronda de mendigar debajo de la mesa, recibió más pescado del que debería, y se retiró a roncar a su sillón de siempre con la conciencia tranquila de un perro que ha trabajado bien.

—Cuéntame algo —pidió Amy, con los pies subidos a la silla y la copa de vino entre las manos—. Algo muy secreto que nadie sepa de ti.

Estaba espectacular, con la brisa marina alborotándole el pelo y las mejillas encendidas. *Jodidamente follable.*

—No hay mucho que contar.

—Mentira. Hay un montón que contar, lo que pasa es que eres más cerrado que una almeja. —Le dio un sorbo al vino—. Venga. Una cosa. La que sea. ¿Cuál es tu placer culpable? Todo el mundo tiene uno.

Cash se lo pensó un momento.

—Las telenovelas.

Amy casi escupe el vino.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. —Cash mantuvo la cara de palo—. Mi madre las veía. Sobre todo las más dramáticas, esas de «Esperanza descubre que su hermana gemela le ha robado al marido». Cuando murió, me dio por seguir viéndolas, casi por costumbre. —Se encogió de hombros—. A estas alturas me sé la programación de memoria, pero como se lo largues a Noah, me destierran.

Amy lo miraba con la boca abierta y una sonrisa traviesa instalada en los labios.

—Vaya, quién iba a decir que el comisario más duro de Puerto Encantado —dijo burlona, saboreando cada palabra— llora con los culebrones.

Cash alzó una ceja.

—Yo no he dicho que llore.

—Has dicho que te sabes la programación.

—Eso no es llorar.

—Cash… —Amy se inclinó sobre la mesa, absolutamente encantada —. ¿Lloraste cuando Esperanza descubrió lo de la hermana gemela?

Cash soltó una carcajada.

—Esa hermana era una víbora —dijo negando con la cabeza con una dignidad absoluta—. Cualquier persona decente habría llorado.

Y Amy se rió con tantas ganas, echando la cabeza hacia atrás bajo las primeras estrellas de la noche, que Cash habría pedido todos los sábados libres del resto de su vida con tal de volver a escuchar ese sonido.

Le rellenó la copa y Amy bebió un trago corto, sosteniéndole la mirada por encima del borde del cristal.

Cash estaba a un tris de quitarle la copa y llevársela a la cama cuando ella abrió los ojos como platos.

—Se me ha ocurrido la idea del siglo. Metámonos al agua.

Cash torció la boca en una mueca.

—Estás loca.

—Oye, ¿por qué no? Tienes la marisma ahí mismo —dijo, señalando el agua quieta más allá del porche— y seguro que nunca te bañas de noche.

—Me baño cuando hace falta.

—«Cuando hace falta» —Amy puso los ojos en blanco, se levantó de la silla y lo miró con una chispa de desafío—. Eres incapaz de hacer algo solo por el placer de hacerlo, ¿verdad?

—Solo si tiene sentido.

—A veces las cosas más interesantes no tienen ni pies ni cabeza.

—Oye, que yo hago cosas interesantes.

—¿Como cuáles? —Amy se cruzó de brazos y lo miró con la cabeza ladeada.

Cash rebuscó en el archivo mental de los últimos cinco años.

En blanco.

—Eso pensaba. —Amy le agarró la mano y, antes de que pudiera protestar, ya lo estaba arrastrando por los escalones del porche hacia el pequeño embarcadero, descalzándose por el camino—. Venga, comisario. Que vivir un poco no te va a matar.

—El agua está helada.

—No seas quejica.

—Hay cangrejos.

—¡Me dan igual los cangrejos!

Y, muerta de risa, con una soltura que a Cash le cortó la respiración, Amy se quitó el vestido de un solo tirón por la cabeza, lo dejó caer sobre las tablas de madera y se recortó un segundo contra la oscuridad del agua antes de zambullirse de cabeza con un grito de júbilo.

Cash no se lo pensó más. Se desprendió de la camisa y los pantalones y saltó detrás de ella.

El agua estaba congelada, desde luego, y los cangrejos debían de andar por allí abajo, pero todo eso dejó de importar en cuanto emergió a la superficie y se la encontró a un par de metros de distancia, con el pelo pegado a la cara, riéndose a carcajadas y con las gotas de agua resbalándole por los hombros desnudos bajo la luna.

Nadó hacia ella y Amy hizo lo mismo hasta que se cruzaron en mitad de la calma de la marisma, allí donde Cash apenas tocaba fondo y ella flotaba del todo, agarrándose a su cuello, buscando el apoyo de sus hombros y enredándole las piernas alrededor de la cintura.

De pronto, la cosa ya no iba de nadar.

—Hola —jadeó Amy contra su boca, sin aliento.

—Hola.

La besó. La besó despacio al principio, con el agua lamiéndoles la piel y la marisma entera sumida en un silencio absoluto, y luego ya no hubo nada de calma, porque ella empezó a frotarse contra su cuerpo bajo el agua, mordiéndole el labio inferior, hundiéndole los dedos en el pelo mojado, y a Cash se le evaporaron de golpe la paciencia y las buenas intenciones.

—Esto en las películas parece más fácil —protestó ella, peleándose a ciegas con el broche del sujetador con las manos completamente resbaladizas.

—En las pelis no hay cangrejos.

—¡Que te calles con los cangrejos, Keynes!

Cash se rió contra su cuello, la agarró del culo con las dos manos para que no se hundiera y se desplazó hasta donde el agua le cubría por el pecho y asentó bien los pies.

Allí, con Amy enredada a su cuerpo, bajo la luz de la luna y con el agua envolviéndolos, se deshizo de la última prenda que le estorbaba. Gruñó cuando se hundió en ella por fin, directo y sin esperas, y Amy echó la cabeza hacia atrás soltando unos gemidos que se perdieron en la noche mientras él la sujetaba con fuerza, anclándola contra sí mismo, embistiéndola con un ritmo que los arrastraba a los dos.

Se movieron despacio, porque el agua imponía su propio compás y tampoco hacía falta correr, con el vaivén de la marea haciendo la mitad del trabajo y los dos pegados frente con frente, respirando el mismo aire. Cash le acunó la cara con una mano mojada, apartándole el pelo para mirarla fijamente mientras se compenetraban, y Amy le sostuvo la mirada desarmada, despojada de bromas, entregada por completo a lo que estaba pasando.

Mirarse así, en mitad de la nada y en silencio, resultó mucho más íntimo que el propio hecho de estar desnudos.

Amy fue la primera en cerrar los ojos mientras se aferraba a él, temblando por una sacudida que no tenía nada que ver con el frío, y Cash la siguió un segundo después, hundiendo la cara en su cuello mojado mientras el nombre de ella se le escapaba entre los dientes como si llevara semanas guardándoselo bajo llave.

Después se quedaron flotando, abrazados, con Amy apoyando la cabeza en su pecho y las piernas todavía enredadas en su cintura, contemplando las estrellas mientras el corazón se les iba compasando poco a poco.

—Tenías razón —dijo Cash al fin, con la voz ronca.

—¿En qué?

—En lo de hacer las cosas solo por gusto. —Le dio un beso en el pelo empapado—. Resulta que se me da bien.

Amy sonrió satisfecha y le dio un mordisco perezoso en el hombro.

—No es lo único que se te da bien...

Cash la pegó de nuevo contra su polla y, allí en mitad del agua profunda, bajo un cielo cuajado de estrellas, la volvió a besar con un hambre que le encendió la sangre. Tenían todo el fin de semana por delante y, sobre todo, la tenía a ella a su entera disposición. Le ardía la piel solo de pensar en recorrer cada rincón de su cuerpo, en disfrutarla sin prisa y de todas las maneras posibles.

En ese momento algo hizo que Cash torciera el gesto. *¿Acaso había pisado algo?* De pronto sintió un pellizco traicionero en el dedo gordo del pie y pegó un bote en el agua que salpicó a Amy.

—¡Me cago en...!

Amy se hundió de la risa al ver a Cash poniendo verde al pobre cangrejo que había osado meterse con él. Los dos salieron del agua a trompicones, riéndose como críos, tropezando con las piedras del fondo y entre ellos mismos camino de la casa iluminada.

Allí los esperaba un perro viejo que ni se molestó en levantar el hocico del sillón, limitándose a dar dos golpes con el rabo contra el cojín.

Esa noche, ninguno de los dos durmió demasiado.

Capítulo 18 — Amy

Amy se despertó el sábado con el sol ya alto y el cuerpo resentido en las mejores zonas imaginables. Tenía media cama vacía. La otra media la ocupaba un perro entero.

—En serio —le soltó a Capitán, que la miró con esa cara de santo de quien lleva media vida durmiendo exactamente donde le da la gana —. Te lo advertí: esto es invasión de propiedad. Te has ganado que hable con el comisario para que te meta una multa.

El perro bostezó, se desperezó y le plantó una pata encima.

Asunto zanjado.

Cash apareció por la puerta del dormitorio con dos cafés humeantes. Iba descalzo, despeinado y en pantalones cortos, sin nada más encima, y a Amy se le olvidó por completo la batalla territorial por las sábanas.

—Empieza a vestirte —le tendió una taza—. Nos largamos.

Amy lo miró alarmada.

—¿A dónde?

—Sorpresa. Ya te he metido el biquini y crema para el sol, que paso de que te pongas como un cangrejo por mi culpa.

—Qué obsesión tienes con los cangrejos. Definitivamente os lleváis a matar.

Cash sonrió por encima del borde de la taza. A Amy le pareció que aquella sonrisa, que dos semanas atrás habría tenido que sacarle con sacacorchos, ahora le salía rodada, sin esfuerzo, y que ella tenía bastante que ver con el cambio. Decidió no pararse a analizar el vuelco que le dio el estómago.

La sorpresa resultó ser una lancha amarrada a un embarcadero unos metros más arriba, en un muelle comunitario. Era una barcaza vieja de madera y fibra, con cierto encanto desvencijado, el motor

remendado a base de parches y el dibujo de un pez enorme medio borrado en la popa.

Cash la pilló mirando el pez.

—Es un sábalo. Están buenísimos. Con un poco de suerte cenamos uno esta noche.

La ayudó a subir agarrándola con mano firme antes de tenderle un par de bolsas con víveres, echarse la mochila al hombro y soltar amarras con la soltura de quien lleva navegando desde antes de tener uso de razón. Enfiló mar adentro.

Para Amy, salir a mar abierto fue como descubrir un mundo nuevo, el agua abriéndose en dos ante la proa, tiñéndose primero de azul, luego de turquesa y después de un verde imposible a medida que la costa quedaba atrás. Cash manejaba el timón serio, concentrado, con el pelo alborotado por el viento y los ojos entornados contra el sol, metido en su elemento como Amy no lo había visto nunca.

Ni siquiera con el uniforme puesto.

—¡Es increíble! —le gritó por encima del rugido del motor.

—¡Lo sé! —devolvió él con una sonrisa que le disparó las pulsaciones.

El cayo apareció al cabo de media hora: una lengua de arena blanca con cuatro palmeras contadas, sin un solo chiringuito ni un alma a la vista. Un pedazo de tierra virgen, completamente por estrenar. Cash varó la lancha en la orilla, saltó al agua, que le llegaba por las rodillas, para arrastrar el casco y le tendió los brazos. Amy habría podido bajar sola sin el menor esfuerzo, pero se dejó llevar. Acabar en los brazos de aquel hombre se estaba convirtiendo en su actividad favorita.

—¿Pero qué maravilla es esta? —preguntó ella, dando una vuelta sobre sí misma en la arena—. ¿De quién es?

—De nadie y de todos —Cash sacó la nevera portátil y una bolsa de lona—. Veníamos aquí de críos. Mi padre, yo... Arturo cuando se

apuntaba. —Lo soltó con naturalidad, con la voz limpia, como si hablara de un rincón cualquiera—. Casi nadie lo conoce, ni sale en los mapas turísticos.

Amy sonrió.

—Me estás trayendo a tu rincón secreto.

Cash asintió.

—Te estoy trayendo a mi rincón secreto.

—Cash Keynes. —Amy se llevó una mano al pecho, fingiendo escándalo para esconder lo mucho que le había gustado oír eso—. Esto es prácticamente una declaración en toda regla.

—Nah, es solo un pícnic exótico. No te flipes.

Amy le puso morritos, pero él se rió y le tendió la mano para avanzar por la playa. Ella se la estrechó y no se la soltó en un buen rato.

Comieron a la sombra de las palmeras: pan, queso, fruta, una botella de vino blanco bien fría que paladearon en vasos de plástico con los ojos puestos en el horizonte. Amy le robaba las aceitunas entre risas y él fingía cabrearse mientras ella le destripaba la peor cita de su vida, la de un tipo que la había arrastrado a un restaurante temático medieval y le había exigido comer con las manos para meterse en el personaje. Cash acabó riéndose tanto que tuvo que apoyar el vaso en la arena para no derramarlo.

—No te rías —protestó Amy—. Fue un trauma. Había un juglar y todo.

—¿Un juglar?

—Sí, Cash, un juglar cantándome a un palmo de la cara mientras yo descuartizaba un muslo de pollo con los dedos —se estremeció—. He ido a terapia por muchísimo menos.

Cash soltó otra carcajada y Amy le dio un sorbo al vino sin apartar los ojos de los suyos.

—De momento vas ganando a todos mis ex por goleada, y eso solo con darme de cenar y traerme a una isla desierta.

—Y follarte como un animal.

A Amy se le subieron los colores a las orejas.

—Pues no bajes el ritmo.

Luego se quedaron un rato en silencio, hombro con hombro contra el tronco de una palmera, contemplando el mar sin la menor necesidad de cruzar palabra. Era algo nuevo que Amy estaba descubriendo a su lado, una tregua que jamás había experimentado con nadie: que la ausencia de ruido podía ser un refugio cómodo y no un vacío incómodo que tapar a contrarreloj.

Lo de ponerse a pescar también fue idea de Cash. Ella aceptó solo porque el vino la había vuelto generosa y el buen humor la dominaba, porque lo que era a ella, la pesca le parecía un plan tan apasionante como ver secarse la pintura.

Cambió de opinión a los diez minutos.

—Hay que tener paciencia —dijo Cash. Se había colocado justo detrás, rodeándola con los brazos para enseñarle a sostener la caña —. Sientes la tensión en el hilo y esperas. Cuando notes que tira, nada de tirones bruscos o se te escapará. Acompáñalo despacio y verás cómo lo tienes listo en un segundo.

—Esto es muy aburrido.

—Esto es pescar.

—Pues pescar es muy aburrido.

—Calla y concéntrate en el sedal.

Amy puso los ojos en blanco pero obedeció, sobre todo porque tener a Cash pegado a la espalda, notar sus brazos envolviéndola, sentir el roce de su barba en la oreja y escuchar esa voz grave susurrándole instrucciones al oído sumaban demasiados puntos a favor de la experiencia. Estaba a punto de proponerle mandar la caña a paseo y buscar un entretenimiento mejor cuando el hilo dio un latigazo.

—¡Ay! ¡Que tira! ¡Hay algo! —Amy dio un brinco—. ¡Cash, haz algo, que hay un bicho!

—No tires, acompáñalo. Así, suave... —las manos de Cash se posaron sobre las suyas, firmes, marcándole el movimiento—. Eso es. Ahora recoge. No tanto. Muy bien. Lo tienes, Amy, lo tienes.

Y de pronto, salpicando y coleando y brillando bajo el sol como una moneda de plata gigante, emergió del agua un pez. Un pez de verdad. Suyo. Para colmo, clavadito al dibujo de la popa.

Amy soltó un alarido digno de quien gana la lotería, empezó a dar saltos por la playa amenazando con tirar la caña y al propio policía al agua, y cuando él se adelantó para aferrar la pieza y se la mostró todavía viva, ella lo contempló dividida entre un orgullo feroz y un horror absoluto.

—Lo he pescado yo —dijo, maravillada—. Con mis propias manos. Bueno, con la caña, pero con mis manos en la caña.

—Sí, nena, es todo tuyo.

—¿Está bien? ¿Le duele? —Amy se inclinó hacia el animal con un repentino instinto protector—. Pobrecito, mira qué ojos tiene. ¿Lo soltamos?

—Es la cena, Amy.

—¿Cómo? ¡Ni hablar! ¡Que es mi pez!

—Es tu cena —Cash se partía de risa, sosteniendo la pieza con una mano mientras le pasaba el otro brazo por el hombro—. Lo asamos esta noche. Si lo pescas, te lo comes. Es la ley del mar.

—Yo no conozco esa ley.

—Me la acabo de inventar, pero da el pego, ¿a que sí?

Amy miró el pez. Después miró a Cash, que la observaba con una sonrisa que le iluminaba los ojos, despeinado, salpicado y extrañamente feliz, y de pronto vio al niño sosteniendo la captura en la fotografía del salón de su casa.

Daba vértigo admitirlo, incluso para sus adentros, porque había verdades que se rompían en cuanto se verbalizaban, pero podría acostumbrarse perfectamente a aquello. A las barcas destartaladas, a las playas desiertas y a las treguas sin palabras.

A él.

—Vale —cedió ella—. Pero le pongo nombre antes de que pase por la brasa. Se va a llamar Fernando.

—Oye, no le pongas nombre a la comida.

—Fernando. Y le pienso rezar un responso antes de hincarle el diente. Es lo mínimo.

Cash negó con la cabeza sin dejar de sonreír, metió a Fernando en la nevera cubriéndolo de hielo y, al enderezarse, se topó con Amy a un suspiro de distancia.

Lo miraba fija, con el biquini todavía húmedo, la arena pegada a los muslos y el sol cayendo sobre el horizonte, tiñendo el mundo de un tono dorado.

—Gracias —murmuró ella, y por una vez lo dijo de corazón, sin escudarse en ninguna broma—. Por traerme aquí. A tu rincón.

Cash no contestó con palabras. La cogió por la cintura para estamparla contra su cuerpo y la besó despacio, arrastrando un sabor a sal, a vino blanco y a tarde veraniega que encendió la marcha habitual entre los dos, una marea lenta y voraz que los obligó a enredarse, con Amy colgándose de su cuello y Cash guiándola con cuidado hacia abajo hasta tumbarla sobre la toalla extendida en la arena.

—Me vuelve loco follarte, nena —gimió contra sus labios.

Ella se acomodó en la arena, completamente entregada.

Sobre la tela, bajo la sombra de las palmeras y con la playa entera a su disposición mientras el sol se hundía en el golfo, Cash le fue retirando el biquini húmedo pieza a pieza, devorando cada palmo de

piel nueva, recreándose sin la menor prisa, como si el tiempo se hubiera detenido solo para ellos. Y en cierto modo era verdad.

Amy se arqueó buscando sus manos, persiguiendo su boca, hundiéndole los dedos en el pelo en cuanto él descendió por su vientre para separarle los muslos y saborearla con una parsimonia tan desesperante que le arrancó su nombre a cielo abierto, un grito limpio, sin nadie a kilómetros a la redonda que pudiera escucharla, sintiéndose más libre que nunca.

Cuando Cash subió de nuevo y se hundió en ella, despacio, buscándole la mirada con el último destello del sol recortándole la silueta, con la arena ardiendo debajo y el universo reducido a ese pedazo de isla, Amy le acunó las mejillas con las dos manos.

Ninguno apartó los ojos. Se acoplaron sin urgencias, meciéndose en un vaivén infinito donde cualquier palabra habría estropeado el momento. Lo que estaba pasando entre los dos era tan grande que no cabía en palabras, y los dos lo sabían.

Luego se quedaron tumbados en la toalla, con los cuerpos todavía trenzados, pegajosos de sal, sudor y arena, contemplando cómo el cielo se incendiaba de tonos anaranjados y rosas sobre el horizonte. No se movieron hasta que el sol se ocultó por completo y el relente de la noche los obligó a recoger.

Tocaba regresar a la lancha, poner rumbo a casa, encender las brasas y dejarlas arder hasta el amanecer del otro día.

Capítulo 19 — Cash

El domingo amaneció perezoso y dorado. Cash, que llevaba doce años saltando de la cama al alba aunque no tuviera absolutamente nada que hacer, se quedó quieto bajo las sábanas hasta las diez de la mañana por primera vez en su vida, retenido por el peso de Amy dormida medio encima, con el pelo desparramado por su pecho y una pierna enredada entre las suyas.

Moverse era, de pronto, la peor idea del mundo.

Desayunaron tardísimo, dando buena cuenta de las sobras de la noche anterior y de un café negro y bien cargado, estirando los minutos hasta que ya no quedó ninguna excusa barata para ignorar que la escapada estaba llegando a su fin. Fue entonces cuando Cash soltó lo que un par de semanas atrás le habría parecido una auténtica locura.

—Te acerco al pueblo —dijo—. Pero antes vamos a dar una vuelta, ¿vale? Hace un día de escándalo.

—¿Una vuelta? —Amy levantó los ojos del café—. ¿El comisario propone un paseo? ¿Por amor al arte? ¿Sin que medie una orden de arresto o una bombona?

—No te acostumbres.

—Tarde. Me acostumbro a lo bueno a una velocidad acojonante. Ya te lo advertí.

A Cash ciertamente no le importaba que se acostumbrara a que él la mime.

Aparcaron en la plaza a media mañana. En cuanto bajaron del coche, Cash hizo algo que no había hecho con nadie en aquel pueblo desde hace años: le agarró la mano. Así, a las bravas, a plena luz del día y justo delante de la mercería de Rose.

Se la sudaba que los miraran. Se sentía jodidamente orgulloso de llevarla al lado.

Algo sorprendida, Amy le miró de reojo.

—Cash, me estás cogiendo de la mano.

—Me he dado cuenta, sí.

—En la plaza.

—También me he dado cuenta de eso.

—¿No te da pánico que nos vea todo Cristo?

—Calla y disfruta —cortó él, apretándole los dedos y siguiendo adelante como si no pasara nada, plenamente consciente del crujido de cuellos a su alrededor, de las cortinas que empezaban a agitarse en las ventanas y del chisme que iba a recorrer Puerto Encantado antes de que enfilaran la siguiente bocacalle.

Que se enterasen. Que se enterase hasta el apuntador.

El primero en regodearse con la escena fue Pete, que bajó el periódico muy despacio, los tasó por encima de las gafas de leer y desplegó una sonrisa con los cuatro dientes que le quedaban sanos.

—Vaya, vaya —dijo—. El comisario, paseando de la manita. Y yo sin cámara de fotos.

—Buenos días, Pete.

—Buenísimos, ya te digo yo que sí. —El viejo le guiñó un ojo a Amy —. Niña, no tengo ni idea de qué pócima le has dado a este trozo de alcornoque, pero hacía treinta años que no le veía la cara de gilipollas que lleva plantada. Desde que era un crío y le gustaba la hija del panadero.

—¡Pete!

—Que es la verdad, hombre. Te ponías como un tomate cada vez que te despachaba una barra de pan.

—Tenía nueve años.

—Y la misma jeta que tienes ahora. —Pete sacudió las hojas del diario, encantado de la vida—. Venga, moved el esqueleto antes de que el chisme colapse la centralita del pueblo. Os va a pillar todo el mundo igual, pero al menos que os pille con un café en el cuerpo.

El café se lo tomaron en El Pelícano, y allí el espectáculo fue completo, porque Mari los vio cruzar el umbral sin soltarse los dedos y la bayeta que tenía entre las manos fue a parar directa al suelo.

—No —Mari parpadeó varias veces—. No, no y no. ¿Esto qué es? ¿Qué clase de espejismo estoy viendo?

—Dos cortados, Mari —dijo Cash—. Si te viene bien.

—¿Dos cortados? ¿Me entras aquí, el domingo, de la mano de Amy, delante de toda mi clientela, y me pides DOS CORTADOS como si tal cosa? —Mari se llevó una mano al pecho—. Cash Keynes, te conozco desde que llevabas pañales y no te he visto agarrar a alguien así jamás. Ni a tu santa madre, que en paz descanse.

—Pues ya iba tocando, ¿no?

Lo soltó sin pensarlo mucho, encogiéndose de hombros, y Mari se quedó muda un segundo entero (un auténtico récord mundial tratándose de ella) antes de que los ojos se le empañaran de forma sospechosa. Se dio la vuelta hacia la cafetera a toda hostia, mascullando algo sobre el vapor de la máquina.

El puñetero vapor que siempre le daba en los ojos.

Amy le buscó los dedos por debajo de la barra para darle un apretón firme. Cash le devolvió el gesto con un guiño de complicidad. Se acomodaron junto al ventanal y, mientras Mari trasteaba con los platos fingiendo que no los espiaba a través del espejo y media cafetería jugaba a disimular un cuchicheo salvaje, él pasó al siguiente punto de su lista de milagros cotidianos: estiró el brazo por encima de la madera, le apartó un mechón rebelde de la frente y se lo acomodó detrás de la oreja, despacio, recreándose, a la vista de cualquier cotilla que quisiera mirar.

—Te vas a meter en un lío —dijo Amy en voz baja, sonriendo—. El pueblo entero va a dar por hecho para la hora de comer que el comisario está...

—¿Que el comisario está qué?

Ella se mordió el labio inferior, retándole.

—No sé. Dímelo tú.

Y Cash, que no era amigo de discursos, que llevaba toda la vida diciendo las cosas importantes con gestos en lugar de palabras, porque las palabras se le terminaban atragantando, la miró a los ojos por encima de la mesa, y por una vez no buscó una salida ni un sitio a salvo donde esconderse.

—Que el comisario está pillado —soltó—. Hasta las trancas. Y que le importa una soberana mierda quién se entere.

Amy se quedó sin aire. Abrió la boca, la volvió a cerrar y, por primera vez desde que Cash se había cruzado en su camino, se quedó completamente muda. Se le humedecieron los ojos mientras se le escapaba una sonrisa temblorosa, estirando los dedos sobre la mesa hasta aferrarse a los de él.

—Yo también —susurró—. Por si andabas despistado.

Al otro lado del mostrador, Mari soltó un ronquido ahogado y volvió a ensañarse con la dichosa cafetera.

Liquidaron las tazas y salieron a pasear sin rumbo fijo, dejándose llevar por unas calles que arrastraban ese aroma tan típico de los domingos, una mezcla de salitre, asfalto tibio y humo de barbacoas flotando sobre los jardines de los vecinos, recorriendo el trayecto desde el muelle hasta el paseo marítimo mientras Cash se paraba con todo el mundo para presentarla a las bravas.

Como si el pueblo entero no supiera ya de qué pie cojeaba cada uno, como si solo necesitara paladear su nombre en voz alta por el puro vicio de escuchar cómo sonaba.

Por el camino le compró un cucurucho de helado en el puesto ambulante de toda la vida, le robó la mitad a lametones y la besó en mitad de la acera con un regusto ácido a limón.

—Nunca he sido muy de helados, pero sospecho que me estoy volviendo una adicta —se rió ella, pasándose la lengua por los

labios.

—Dímelo a mí —Cash aprovechó para robarle otro beso rápido—. Lo tuyo sí que es un vicio de locos.

—Ejem, un poco de por favor, caballeros, que hay ropa tendida y señoras mayores en la acera.

Justo al llegar a la altura de la iglesia se toparon con Celeste, que regresaba de misa de doce con el bolso de asa corta enganchado al antebrazo. Pillado con las manos en la masa, Cash soltó una pequeña carcajada al cruzarse con ella.

—Celeste, qué alegría verte.

La anciana le dio unas palmaditas en el antebrazo y, justo antes de retomar el paso, clavó una mirada cargada de intención en Amy.

—Cuídamelo, hija.

—Descuida, está en buenas manos.

Cash la siguió con la vista mientras se alejaba.

—Esta mujer siempre me deja con la sensación de que cuando habla te dice dos cosas a la vez y tú solo pillas una.

Amy asintió volviendo a cogerle la mano para entrelazar sus dedos a los de él.

—Eso es porque es una mujer sabia.

Continuaron paseando de la mano bajo el sol de mediodía que ya picaba con fuerza, ignorando de mutuo acuerdo el oleaje de comentarios y sonrisas cómplices que dejaban a su paso.

Cash Keynes, que se había pasado años siendo el hombre más reservado del pueblo, el que cuidaba de todos y no dejaba que nadie se le acercara, caminaba por el centro con los dedos de Amy soldados a los suyos y esa jeta de completo atontado que le había echado en cara Pete, exhibiéndola sin la menor vergüenza.

A tomar por culo.

No deseaba estar en ningún otro sitio.

Capítulo 20 — Cash

Cash llegó a la comisaría el lunes por la mañana sintiéndose como nuevo, con la certeza absoluta de que se le notaba hasta en el andar, porque en cuanto cruzó la puerta Noah dejó lo que estaba haciendo, se recostó en la silla, y le miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vaya, vaya. Pero si es el soltero de oro de Puerto Encantado. ¿O debería decir exsoltero?

Cash resopló colgando la gorra.

—Buenos días a ti también, Noah.

—Qué va, jefe, buenos días los tuyos, que por lo que rula por ahí te has pegado un fin de semana glorioso. —Noah pivotó en la silla hacia las dos administrativas, que ya asomaban la nariz por encima de las pantallas oliendo la sangre—. ¿A que sí, chicas? ¿A que al jefe le ha tocado el gordo este finde?

—Yo no sé de qué me hablas —Cash tiró las llaves en el cajón de la mesa.

—¿Que no sabes de qué te hablo? —Noah se llevó la mano al pecho, herido en su orgullo—. Cash, te ha visto todo Cristo paseando de la manita con Amy en mitad de la calle Mayor, como si protagonizarais un pastelón de sobremesa de la tele. Mi madre me llamó ayer a las dos de la tarde solo para darme el parte, y esa mujer no me llama ni aunque haya un cadáver en el patio.

—Tu madre exagera.

—Mi madre es una exagerada, claro, como todas, pero tiene un radar para el chisme que ya quisiéramos en el cuerpo. —Noah soltó una carcajada—. Venga, jefe, desfrunce el ceño, que me alegro un montón. Ya iba siendo hora de que alguien te quitara esa cara de vinagre que gastas siempre, aunque sea una guiri.

—No es guiri, es de Nueva Jersey.

—Para el caso, patatas. —Noah esquivó la carpeta que Cash le lanzó a traición, encantado de haberle pinchado—. ¡Eh! ¡Acoso laboral! ¿Lo veis, chicas? Me va a tocar denunciarle.

—Yo no he visto nada —murmuró una de las administrativas sin despegar los ojos del monitor. La otra se limitó a ahogar una risita.

Cash, que tendría que haber mantenido el tipo porque para algo era el jefe y porque las ocho de la mañana de un lunes no eran horas de pitorreo, se descubrió mordiéndose el labio para no partirse de risa mientras colgaba la cazadora. Le daba exactamente igual que le vacilaran. Llevaba cuarenta y ocho horas flotando en una nube y ni Noah, ni la vecindad entera, iban a conseguir bajarlo de allí a patadas.

De cualquier manera cruzó las puertas hacia la zona de despachos del Ayuntamiento, un poco para huir de las burlas pero también por si había alguna novedad de última hora. Al llegar al fondo, Sheila, la administrativa encargada de los expedientes de urbanismo, lo frenó en seco sin levantar la vista de una montaña de legajos que estaba ordenando.

—Oiga, jefe, con usted quería hablar —le dijo distraída, ordenando carpetas, sin levantar apenas la vista—. ¿Al final, lo de la tienda de los Castillo va a salir adelante? Lo digo porque la semana pasada anduvo por aquí la Whitfield husmeando y pidiendo papeles del solar. Que si la nota simple, que si tenía cargas pendientes, que si arrastraba deudas... Lo típico que se mira antes de firmar una compraventa.

Cash se quedó petrificado, con la mano suspendida en el aire.

—¿Perdona? ¿Me puedes repetir eso?

La funcionaria alzó la vista para mirarle con curiosidad mientras se limpiaba las gafas:

—Pues eso. Que la Whitfield ha solicitado el informe técnico del catastro de Castillo Antigüedades.

El mundo se detuvo. El ventilador de techo de la oficina siguió con su zumbido monótono, un teléfono empezó a tabletear en la mesa de al lado y el motor de un camión rugió en la calle, pero a Cash le llegó todo amortiguado, como si estuviera metido debajo del agua.

Se le formó un nudo helado en la boca del estómago.

¿Qué cojones pintaba la buitre de la inmobiliaria husmeando en la tienda de Amy?

Una mano firme se posó en su hombro y Cash dio un respingo, tenso como una cuerda de piano.

—Joder, Noah…

Su compañero levantó las manos en señal de disculpa y se inclinó de inmediato sobre la mesa de Sheila, pidiéndole con un gesto que sacara en la pantalla el registro de entrada de la inmobiliaria. Cash se limitó a observar, con la mandíbula apretada. Tras leer la pantalla Noah miró a Cash, luego miró a Sheila, y luego volvió a mirar a Cash con una seriedad inusual en él.

—A ver, de entrada esto es el pan de cada día para una especuladora como esa mujer —le restó importancia en un susurro.

—¿El pan de cada día?

Noah se encogió de hombros.

—Solo ha pedido la nota simple y el estado de cargas.

—Pues a mí me huele a chamusquina.

—Es la misma milonga de siempre, Cash. Se estará oliendo el terreno, preguntándose a qué ha venido exactamente la nieta de los Castillo.

—Noah, no me jodas —Cash chasqueó la lengua—. Sabes de sobra que esa tía no mueve un solo papel por amor al arte.

—¿Tú crees?

—Esa buitre no gasta un céntimo en tasas si no huele una comisión de las gordas.

Cash conocía de sobra a Larissa Whitfield y al tipo de calaña que representaba. Nadie solicita una nota de cargas ni husmea en el catastro por pura curiosidad. Ese movimiento solo se hace cuando una venta está a punto de caramelo, con los contratos listos sobre la mesa de despacho.

Lo que le quemaba por dentro, lo que le estaba abriendo una brecha en mitad del pecho, era otra pregunta. *¿Por qué Amy no le había soltado ni una palabra? Salvo que no tuviera ni la más remota idea… *

Caminaron de vuelta hacia el vestíbulo principal. Cash miró a Noah a los ojos:

—Me juego lo que quieras a que la Whitfield está intentando enredar a Amy en alguno de sus chanchullos.

—Cash, relaja —Noah rebajó el tono, agarrándole del brazo—. A lo mejor la chica no sabe ni que existen esos papeles. La inmobiliaria va a lo suyo, ya sabes cómo funciona el percal.

—Ya. —Cash se frenó en seco, dio media vuelta y recuperó del cajón las llaves que acababa de guardar—. Seguro que es eso.

—¿Adónde vas? Si acabas de fichar.

—A hacer la ronda —dijo con su tono profesional, el que usaba para que nadie supiera lo que le escocía por debajo—. Si hay algo, me llamáis al móvil.

—Cash, no te rayes…

Pero él ya había empujado la puerta de cristal y estaba fuera.

El día seguía igual de luminoso, luciendo un cielo azul radiante y traicionero que le revolvió las tripas.

Subió al coche sin un rumbo fijo. No iba a ninguna parte. Simplemente necesitaba moverse. Condujo durante una hora por la carretera de la costa, con la ventanilla bajada a tope, el codo apoyado en la chapa y la radio apagada, rumiando la misma idea una y otra vez.

A lo mejor Noah tenía razón. A lo mejor las cosas no eran lo que parecían. Pero la cabeza iba por libre, disparando sospechas a contrarreloj, cada cual más turbia y desalentadora que la anterior, y se pasó toda la mañana dando bandazos por el asfalto sin sacar nada en claro.

Solo consiguió que el nudo del estómago se le apretara hasta cortarle la respiración.

A media mañana le saltó un aviso en el móvil y casi lo agradeció como agua de mayo: un alcance trasero sin importancia en el cruce de la nacional, sin heridos de por medio y con los vecinos de siempre enganchados en una timba de gritos. Se tardó una hora larga rellenando el papeleo, colocando los triángulos de emergencia y mediando entre dos conductores que se echaban las culpas mutuamente, y durante ese rato, con las manos ocupadas en algo real, logró anestesiar el cerebro.

Cuando terminó y puso rumbo de vuelta al pueblo, el reloj del salpicadero marcaba casi las once. Al cruzar la plaza se dio cuenta de que si espabilaba, todavía engancharía a la Whitfield en la oficina antes del cierre para comer.

Porque eso sí podía hacerlo. Eso no se parecía en absoluto a ir a suplicarle explicaciones a Amy como un idiota. Esto era otra cosa: ir directo a la fuente, a Whitfield, y averiguar qué cojones estaba tramando con la tienda de antigüedades.

El inconveniente era que Larissa le tenía una tiña histórica desde que le inmovilizó dos camiones de obra por aparcar en zona peatonal, de modo que le tocaría andarse con pies de plomo, poner su mejor sonrisa de compromiso y sonsacarle información sin levantar la más mínima sospecha. Le iba dando vueltas a la estrategia y calibrando qué excusa barata colar cuando aparcó al otro lado de la calzada, justo enfrente de la inmobiliaria de cristales ahumados.

No llegó ni a soltarse el cinturón. La puerta del local se abrió de golpe y Amy salió a la acera tan tranquila, charlando por los codos con la Whitfield como si compartieran confidencias de toda la vida,

moviéndose juntas, cómplices, con la víbora dándole palmaditas cariñosas en el brazo mientras ella asentía a cada uno de sus comentarios.

Cash se quedó de piedra.

No hizo ademán de bajarse ni las llamó. Se limitó a observarlas con los nudillos blancos de tanto apretar el volante mientras veía cómo subían al Mercedes negro de la agente. Entonces cometió una bajeza de la que no se sentía nada orgulloso, pero le dio exactamente igual: esperó diez segundos, metió primera y comenzó a seguirlas a una distancia prudencial hasta que el coche frenó delante de la tienda de los Castillo.

Cash esperó en la esquina mientras les veía bajarse del coche. Vio a Amy sacar el manojo de llaves, abrir la puerta y hacerse a un lado para dejar pasar a Whitfield, antes de que las luces del interior se encendieran de golpe. Cash arrastró el todoterreno unos metros más atrás para quedar fuera de su ángulo de visión, cortó el encendido y se quedó en la acera de enfrente, clavado en el asiento, con los ojos fijos en los ventanales iluminados del antiguo negocio de Arturo y Dolores.

Perdió la noción del tiempo. Pasó una hora larga, tal vez más, mientras el sol alcanzaba el cenit y las calles se iban quedando desiertas por el parón del almuerzo. Alguien cruzó por delante y le dedicó un saludo al que respondió con un simple cabeceo automático, sin saber siquiera a quién estaba saludando.

Y durante esos sesenta minutos de vigilia absurda, todos los fantasmas que se había esforzado en sepultar bajo tierra regresaron en fila india para pasarle factura: Lauren, la alianza hundiéndose en el agua del muelle, las miradas cargadas de lástima de medio pueblo.

Volvió esa puta certeza grabada a base de hostias limpias: la gente de fuera llega, se encapricha del paisaje, se adueña de lo que le apetece y se larga en cuanto se cansa del juguete.

Apretó la mandíbula hasta que le crujieron los dientes.

Seguía siendo el mismo crío ingenuo que a los veintitantos. No aprendía. Al parecer no iba a aprender jamás.

Estaba tan ensimismado en su propio cabreo que el tono de llamada lo sobresaltó. El puñetero móvil chilló con el aviso de la centralita, informando de un contenedor volcado en mitad del paseo marítimo, una chorrada monumental que en cualquier otro momento le habría parecido un fastidio y que ahora recibía como una bendición del cielo, la excusa perfecta para arrancar y largarse antes de cometer una locura.

Alargó los dedos hacia el contacto. Justo en ese instante, la puerta del local se abrió.

Larissa Whitfield cruzó el umbral en primer lugar, seguida de una Amy con el rostro serio y la mirada perdida en sus pensamientos. Cash no esperó a ver más. Giró la llave con saña y metió primera.

Amy levantó la vista justo cuando el todoterreno iniciaba la marcha, reconociendo el vehículo al vuelo. Esbozó un ademán con el brazo, tal vez para pedirle que se detuviera, tal vez como un simple saludo confuso, y sus miradas se cruzaron a través del espejo retrovisor una fracción de segundo antes de que él hundiera el pie en el acelerador y dejara atrás la calle a toda velocidad.

Capítulo 21 — Amy

—Te noto rara con esto, Amy.

—¿Rara yo? En absoluto.

—Estás rarísima. —La voz de su madre, al otro lado del teléfono, tenía esa agudeza de sabueso que Amy llevaba temiendo toda la vida—. Te pregunto por la venta y me cambias de tema. Te he preguntado tres veces cuándo firmas y las tres me has hablado del tiempo que hace en Florida.

—Hace muy buen tiempo, mamá. Es información relevante.

—Amy, por favor.

Se cambió el móvil de oreja y siguió en lo suyo, sacándoles brillo con un paño a un juego de dedales de plata que eran una auténtica monada.

Se pilló a sí misma en pleno ataque de limpieza, clavó los ojos en la bayeta pero no la soltó.

—Mira —dijo, con un suspiro—, no sé qué más decirte, esta tal Larissa Whitfield está moviendo el asunto y hay un grupo interesado, gente seria. Es una oferta buenísima. Os va a llegar un pellizco estupendo a todas. Solo estoy... repasando los flecos. No es llegar, firmar y salir corriendo.

—¿Por qué no? Antes te parecía pan comido.

—Hay mucho que catalogar.

—Hay mucho que catalogar —repitió su madre, despacio, como si masticara la frase buscando el doble fondo—. Cariño, no te estarás encariñando con ese sitio, ¿verdad?

—Qué va —mintió—. Es solo una tienda.

—Porque tú tienes tu vida aquí, Amy. Tu piso. Tus cosas.

—Lo sé, mamá.

—Y ese pueblo no es para ti. Hazme caso, que de eso sé un rato. —La voz de su madre se endureció de repente—. Los pueblos pequeños te comen. Parecen muy monos por fuera y luego no te dejan ser. Vende, coge el dinero, y vuelve a casa con los tuyos. Cuanto antes.

—Que sí, mamá. Si en eso estoy.

—Te hablo en serio.

Amy resopló. *A ver quién era el guapo que se quitaba a esta mujer de encima.* Tocaba sacar la artillería pesada.

—Mamá, no quería ponerme borde, pero no me dejas otra. Lo que tú llamas tienda es un auténtico muermo. No entiendo cómo se las apañaron los abuelos para acumular tantos cacharros inútiles.

Contuvo la respiración cruzando los dedos rezando para que se tragara el anzuelo y la dejara en paz al menos un par de días.

—Cariño, tampoco hace falta que seas tan dura. Eran otros tiempos, eres de otra generación y no lo entiendes. Bueno, lo dejamos aquí. Cuando sepas algo más, me pegas un toque.

Amy agitó un puño en el aire en señal de triunfo. Soltó el trapo húmedo sobre la mesa con un suspiro de alivio y colgó tras un rápido «te quiero, mamá».

Pensar en hacer las maletas, regresar a su apartamento de Nueva Jersey y volver a registrarse en la aplicación para continuar repartiendo comida... Eso sí que era una pesadilla.

No sabía qué hacer con ese sentimiento, así que hizo lo de siempre: lo aparcó en el trastero de su mente, cogió otra cosa de la que ocuparse, y subió al piso a por los mapas. Quería volver a mirarlos.

Llevaba días dándole vueltas a una idea. Dos, en realidad, y las dos le picaban como una piedra en el zapato.

La primera se le había metido entre ceja y ceja el fin de semana, mientras sorteaban bajíos para llegar a aquel cayo de película. «Casi nadie lo conoce», le había dicho Cash. «No sale en los mapas de los

turistas». Y en mitad de esa frase, a Amy se le había encendido una bombilla que seguía brillando con fuerza. En los mapas turísticos no, desde luego, ¿pero y en los suyos?

Tenía decenas de cartas náuticas de esas aguas dibujadas a mano, con cada cayo, cada banco de arena y cada pasadizo oculto entre los arrecifes. Los rincones por los que habían navegado los Holloway, tal vez los mismos sitios a los que Cash la había llevado sin tener la menor idea. Quería cotejarlos y comprobar si la isla de Fernando el sábalo salía en alguno de ellos.

Y la segunda idea era aún más curiosa: la fecha que figuraba en todos los sitios era J. Holloway, 1871. Llevaba días leyéndola de pasada sin pararse a pensar, hasta que una de esas noches en vela la cuenta le había salido sola. Mil ochocientos setenta y uno. Pero el Holloway que había vuelto loca a su abuela, el de la fotografía, era de 1967.

Había un siglo de diferencia, ni más ni menos, lo que significaba que el capitán no había trazado esos mapas, sino que eran muchísimo más viejos que él. Los había heredado de su familia, una estirpe de hombres de mar que se habían ido pasando los documentos de padres a hijos junto con el apellido.

Y aquello abría un dilema completamente nuevo. *¿Quiénes eran realmente los Holloway y de dónde salía un marinero con tesoros de un siglo atrás escondidos en un cajón?*

Subió al dormitorio con las dos preguntas zumbándole en los oídos, se arrodilló junto al colchón y coló el brazo por debajo, buscando el rincón exacto donde había escondido la caja de hojalata envuelta en la manta. Palpó el tejido y tiró de él. Estaba vacía.

Amy se quedó a cuadros, con la manta entre las manos y cara de no enterarse de nada. La desplegó en el suelo, como si la caja pudiera haberse camuflado entre los pliegues, una idea completamente estúpida.

Se agachó de nuevo, metió medio cuerpo bajo el somier y rastreó la oscuridad a ciegas: polvo, una pelusa gigante, una horquilla para el

pelo y la pata de madera. Ni rastro de la caja.

—No puede ser —susurró acojonada, sintiendo cómo el corazón se le desbocaba en el pecho—. ¿Pero si yo la había dejado aquí?

Empezó a rebuscar por todo el piso con esa lógica desesperada de quien se niega a aceptar lo evidente. Miró en el armario. Detrás de la cómoda. Bajó a la carrera a la tienda, cuidando de no tropezar con los tablones sueltos, y revisó la trastienda de arriba abajo. El sextante y el astrolabio seguían intactos en su vitrina. Todo lo valioso seguía en su sitio.

Todo menos las cartas náuticas.

El legado de su abuela, las piezas que más le importaban de todo el negocio, se habían esfumado. Y lo peor era que constituían la llave del secreto, lo único que Dolores le había dejado con su nombre bien claro en el remite. Se habían volatilizado de un piso cerrado a cal y canto, situado sobre una tienda también cerrada con llave. Como por arte de magia.

Le temblaban los dedos cuando sacó el móvil y marcó, por puro instinto, el número al que recurría últimamente cada vez que el mundo se le caía encima.

Cash tardó más de lo normal en llegar. En cuanto cruzó la puerta Amy supo que algo había cambiado. Venía serio, blindado tras una expresión gélida y con las manos hundidas en los bolsillos, levantando un muro invisible que le dolió como un bofetón.

Se le vino a la cabeza directamente lo sucedido esa mañana: su coche saliendo pitando, las miradas de ambos cruzándose a través del espejo retrovisor y el acelerón salvaje que la había dejado plantada en la acera, dándole vueltas a qué mosca le habría picado.

—Dime qué ha pasado exactamente —ordenó mientras subían las escaleras hacia el piso.

Amy se lo soltó todo de golpe. Le habló de la llamada de su madre, de sus nuevas ideas sobre Holloway, de cómo había subido a por la caja de hojalata, de la manta vacía y de la búsqueda frenética por

los rincones. Cash la escuchó con los brazos cruzados sobre el pecho, limitándose a asentir y a soltar alguna pregunta breve, aséptica y profesional.

A Amy se le hizo un nudo en el estómago. La estaba tratando como a una denunciante cualquiera.

—¿Quién más sabía que guardabas los mapas aquí arriba? —preguntó Cash.

—Nadie. Solo tú y yo. Los subimos juntos la otra noche, ¿te acuerdas? —se percató del patinazo antes de cerrar la boca y se apresuró a arreglarlo—. A ver, que no estoy diciendo que tú... Es evidente que no pienso que hayas sido tú. Me entiendes, ¿no?

—Ya, entiendo perfectamente —el músculo de su mandíbula se tensó —. ¿Has cerrado siempre con las dos vueltas de llave?

—Siempre. Bueno... —Amy se mordió el labio— casi siempre. De las noches que pasé en tu casa, no estoy segura de si eché el cerrojo del todo o solo pasé el picaporte. Iba un poco despistada, la verdad.

Al oír eso, una chispa cruzó los ojos de Cash antes de apagarse por completo.

—Da igual, porque no hay marcas de apalancamiento en las cerraduras ni en las ventanas. Al igual que la última vez, el que haya entrado iba a tiro fijo.

A Amy se le erizó la piel de los brazos.

—Imagínate que me pilla durmiendo. Solo de pensarlo se me ponen los pelos de punta.

—No se habrían atrevido. El tipo solo entra cuando sabe que no hay nadie.

—Es que no me cuadra. No han revuelto nada ni han dejado desorden. ¿Cómo sabrían que la caja estaba en el piso de arriba?

Cash la miró fijamente.

—A lo mejor no lo sabía, pero conocía de sobra el rincón de la tienda donde se guardaba. Al ver que no estaba abajo, lo lógico era pensar que te la habías subido para tenerla a mano.

Amy asintió pensativa.

—Tiene lógica. Madre mía, se conocen el negocio mejor que yo. Tienen que ser profesionales.

—No sé si profesionales, pero definitivamente esto no es un robo al uso —Cash barrió el espacio con la mirada antes de detenerse ante una balda—. Mira esto. Si buscaran dinero rápido, se habrían llevado cualquiera de estas piezas para colocarla en el mercado negro sin levantar sospechas. Un chorizo normal habría empezado por ahí. Pero el que entró pasó de largo y se dio el paseo hasta tu dormitorio para llevarse unos mapas viejos que no sabría encasquetar ni en diez años.

—Es todo de locos.

Cash terminaba de emborronar su libreta con esa frialdad de funcionario que traía de fábrica esa tarde. *El cabrón podía ser odioso cuando quería.* Amy estaba a punto de romper el hielo y exigirle que le explicara a qué venía ese distanciamiento, pero él se le adelantó.

—Por cierto, te he visto con Larissa Whitfield.

El tono helado le aceleró el pulso. Intentó mantener el tipo para no cagarla.

—Me está echando una mano con la posible venta —soltó midiendo las palabras—. Hay un par de compradores interesados.

—¿Echándote una mano? —Cash bufó—. Una tía como la Whitfield no te echa un cable a ti por amor al arte, Amy. Esa cobra del comprador. Su tajada depende de cerrar un trato redondo para el que pone la pasta. Lo que te convenga a ti, al negocio o a la memoria de tus abuelos se la trae completamente floja —apretó la mandíbula—. Me consta que ya anda moviendo los papeles del solar

sobre el que está levantada la tienda, y eso solo se hace cuando la firma está a punto de caer.

Amy abrió la boca para defenderse, para decirle que ella no había cerrado nada, que solo estaba tanteando el terreno porque tenía a sus dos hermanas esperando un dinero que les hacía falta. Y tuvo, otra vez, en la punta de la lengua, el impulso de contárselo todo. La oferta. La cifra que le mareaba los ojos, lo dividida que estaba al respecto. Lo mucho que le dolía la posibilidad de tener que marcharse del pueblo.

—Sé lo que hago, Cash. No soy idiota. —Levantó la barbilla—. Estoy barajando opciones, nada más.

Cash la miró durante un largo segundo, como si esperara que dijera algo más, algo que no llegó. Y luego asintió, despacio, con una decepción callada que dolía más que un reproche.

—Vale —dijo—. Tú sabrás.

Cash hizo el amago de irse, se giró hacia la puerta, y a Amy le salió del pecho, sin permiso, un:

—Cash, espera.

Él se frenó en seco y volvió la cabeza. Amy le clavó los ojos y la distancia que los separaba se le hizo insufrible. Acortó el espacio de tres zancadas y se le colgó del cuello. Notó la rigidez del cuerpo de Cash, el rechazo inicial que la empujó a batirse en retirada, pero él la frenó atrapándola por la nuca para estamparle los labios contra los suyos.

Se besaron con rabia y con hambre y con todo lo que no sabían decirse, Amy agarrándose a su uniforme, Cash hundiéndole los dedos en el pelo, los dos respirando al límite, pegados, como si la piel recordara una verdad que la cabeza se empeñaba en estropear.

La empujó contra el borde del mostrador, le mordió el labio inferior con saña y le subió la mano por el costado, y ella se dejó arrastrar por la marea, atrayéndolo más hacia sí, devolviéndole cada

embestida con la desesperación de quien intenta arreglar a lametones lo que no sabe solucionar con palabras.

Cuando se separaron, jadeando, con las frentes pegadas y los ojos cerrados, ninguno dijo nada, porque no había nada que decir que no fuera a romper aquel último momento de tregua. Cash le regaló un último roce, lento y casi amargo, en la comisura de la boca, le retiró un mechón de la frente y se alejó con delicadeza, como quien suelta una pieza valiosa que no quiere dejar marchar.

—Te abro diligencias por los mapas —dijo, y la voz le salió casi profesional, de vuelta al territorio seguro del trabajo—. Averiguaré lo que pueda. Te pego un toque si sale algo.

—Cash...

—Echa las dos vueltas al cerrar —dijo antes de salir—. Buenas noches, Amy.

Y se largó sin mirar atrás.

Envuelta en sombras, Amy tembló de pies a cabeza con los labios aún encendidos por el calor del policía.

Capítulo 22 — Cash

A Pete lo encontró donde lo encontraba siempre, en el banco del muelle, con una caña apoyada al lado. Parecía que el viejo Pete no iba al muelle a pescar sino más bien a vigilar el pueblo con la caña como excusa.

—Comisario —saludó Pete sin volverse—. Traes cara de funeral.

—Traigo cara de lunes.

—Es martes.

—Pues peor me lo pones.

Cash se sentó a su lado, justo en el mismo rincón que ocupaba desde crío cuando bajaba a esperar a su padre. El agua chocaba contra los pilotes de madera con la paciencia de las cosas que llevan repitiendo el mismo movimiento mil años.

Pete le tendió la bolsa de pipas, pero Cash le hizo un gesto de rechazo. El viejo se encogió de hombros y siguió pelándolas con los dientes.

—¿Qué ha pasado?

—Han vuelto a entrar en la tienda de los Castillo —dijo Cash—. En el piso de arriba. Se han llevado una caja con cosas de valor. No han forzado nada, ha sido un calco de las anteriores veces.

—Vaya.

—«Vaya» es lo único que se te ocurre.

—¿Qué quieres que te diga? —Pete escupió una cáscara al agua—. Son trastos viejos. Llevan saliendo cosas de esa tienda desde antes de que la cría pusiera un pie aquí. ¿No tienes asuntos más graves de los que encargarte?

—Es un robo, Pete. Es mi trabajo.

—Tu trabajo —Pete lo miró de reojo con esa sonrisa de lado que ponía cuando iba a meter las narices donde no debía—. ¿Y desde

cuándo bajas tú al muelle a hablarme de faena? Cuando tienes un caso entre manos no abres la boca, te cierras en banda y no hay quien te saque nada. Te conozco de sobra, chaval. Bajas aquí cuando lo que te quita el sueño no es el trabajo.

Cash guardó silencio, lo que ante un viejo como Pete equivalía a darle la razón.

—Es por la chica —soltó Pete, encantado de haber dado en el clavo —. Lo sabía. ¿Qué pasa con ella?

—No pasa nada con ella.

—Estás pillado.

—Pete.

—Que estás pillado, hombre, que se te nota a la legua —Pete soltó una carcajada de viejo lobo de mar—. Y haces bien. Yo a tu edad, con una mujer así delante, perdía la cabeza sin pensarlo. Es lista, es guapa y tiene carácter. Le planta cara a la mitad del pueblo y encima se te ríe en las narices. ¿Qué más quieres?

—Que es de fuera. Se va a largar en cuanto pueda.

—Eso lo dices tú —Pete partió otra pipa con los dientes—. ¿Se lo has preguntado?

Cash abrió la boca para contestar pero se quedó en blanco porque la verdad era que no, no se lo había preguntado. Llevaba semanas dando por sentado que Amy haría las maletas, sin pararse a consultarlo con la única persona que tenía la respuesta.

Pete vio cómo se le mudaba el color de la cara y asintió despacio, satisfecho, como el pescador que siente el primer tirón en el sedal.

—Lo que yo decía —concluyó—. Mira, Cash, yo de trastos viejos no tengo ni idea, pero de burros que se quedan solos por puro orgullo sé un rato largo. Lo he sido toda la vida y mírame ahora, sentado en un banco y dándole consejos a un chaval al que he visto crecer desde que era un peque. —Le dio un golpe afectuoso en la rodilla con su mano nudosa—. No la dejes marchar sin preguntarle antes si

quiere quedarse. Es lo único que te digo. Luego haz lo que te dé la real gana, que para eso eres el jefe y mandas mucho.

Cash se quedó contemplando el mar un buen rato.

—¿Y si la respuesta es que se va? —preguntó al fin, en voz baja.

—Pues al menos saldrás de dudas. —Pete se encogió de hombros—. Que es mejor que pasarte otros diez años bajando a este muelle a comer pipas conmigo. Sin desmerecer, claro. La compañía es buena, pero nos repetimos más que el ajo.

Cash esbozó una media sonrisa a su pesar. Se quedó allí sentado un rato más con el viejo, en silencio, contemplando el mismo mar que llevaban observando toda la vida, cada uno por sus propios motivos.

Justo cuando se puso en pie para marcharse, le vibró el móvil en el bolsillo. Era Amy. Por primera vez en cuarenta y ocho horas, en lugar de mirar la pantalla con un nudo en el estómago, tuvo ganas reales de pulsar el botón verde.

—Hola —dijo ella, y solo con escuchar su voz a Cash se le aflojó la tensión del pecho—. ¿Te he despertado?

—Son las doce del mediodía, Amy.

—Bueno, yo qué sé qué horarios tienes. A lo mejor patrullas de noche y duermes de día, como los vampiros.

—No soy un vampiro.

—Eso es justo lo que diría un vampiro.

Cash se descubrió sonriendo frente a la pantalla, allí plantado en mitad del muelle, con Pete mirándolo de reojo con una sonrisa enorme mientras alzaba el pulgar en señal de victoria.

—¿Has podido descansar? —preguntó Cash recuperando la seriedad.

—Regular. Con cada ruido me parecía que volvían a entrar —hizo una pausa y soltó una risita floja—. Menos mal que no vino nadie, pero te juro que bajé a mirar como ocho veces.

—Mejor así. De todas formas, le he pedido a Noah que se pase por allí cada hora, controlando la fachada y el callejón trasero. Lo hará esta noche y las próximas hasta que aclaremos el asunto —carraspeó—. A ver si así descansas más tranquila.

El silencio que se instaló en la línea fue diferente, mucho más cálido, y Cash casi pudo notar la sonrisa de Amy al otro lado del teléfono.

—¿De verdad has hecho eso? —murmuró ella—. ¿Has puesto a Noah a vigilar la tienda toda la noche?

—Es protocolo.

—No es ningún protocolo, mentiroso. Es que eres un cacho de pan detrás de la fachada de tío duro.

—No le digas a nadie lo del cacho de pan, tengo una reputación que mantener.

Amy soltó la carcajada.

—Oye —cambió de tema y Cash enderezó la espalda—. Estoy abajo en la playa. En lo del chiringuito de Tina, que hay una especie de fiesta de la asociación de comerciantes y Mari me ha traído a rastras. Hay música, cerveza y bastante gente maja —hizo una pequeña pausa—. ¿Te apetece pasarte? Así nos vemos un rato y... no sé. Hablamos.

Hablamos. Justo la palabra que Cash llevaba dos días deseando escuchar.

—Termino un par de papeles y voy para allá —respondió intentando disimular el entusiasmo—. Dame media hora.

—Aquí te espero —otra pausa, esta vez más tierna—. Me alegra hablar contigo, Cash. Te he echado de menos. Estos dos días han sido un asco.

—Ya —Cash tragó saliva y sonrió a la nada—. Ahora bajo y lo arreglamos todo. ¿Vale?

—Vale.

Cortó la comunicación. Se quedó unos segundos con el aparato en la mano y una sensación reconfortante que no experimentaba desde hacía días: la de que no todo estaba perdido. A lo mejor Pete tenía razón y la solución era tan fácil como hablar, sentarse cara a cara como dos adultos en vez de montarse películas él solo.

—Esa cara ya es otra cosa —comentó Pete desde su sitio.

—Cállate.

—Esa respuesta también me la conozco de memoria. Anda, lárgate. Y búscate un peine, que llevas unos pelos de loco que no puedes con ellos.

Cash caminó hacia el todoterreno con el paso mucho más ligero, decidido a darse una ducha rápida, ponerse una camisa limpia y bajar a la arena a solucionar las cosas de una vez por todas. Iba concentrado en eso, imaginando el momento de sentarse a su lado y plantearle la dichosa pregunta que le había sugerido el viejo, pero al pasar por la explanada del paseo marítimo, justo donde se aparcaba para bajar a la cala, un detalle lo obligó a clavar los frenos.

Un Mercedes negro. Aparcado de cualquier manera, medio subido al bordillo, con esa chulería de quien sabe que no le van a multar.

El Mercedes de Larissa Whitfield.

Enseguida enfocó la multitud de la playa y buscó con los ojos a Amy. La encontró sentada en el chiringuito, con una camiseta negra sobre su biquini rojo, y se le cayó el alma a los pies porque junto a ella estaba Whitfield con sus gafas de sol enormes y su maletín, y dos hombres que Cash no había visto en su vida: dos tipos altos de traje que parecían fuera de lugar en un sitio como este.

Estaban blancos como la pared y tenían toda la pinta de venir de la gran ciudad. Inversores, sin duda. Apestaban a hombres de negocios desde un kilómetro de distancia.

Cash aparcó y se quedó inmóvil dentro del coche, bloqueado. Apretó el llavero dentro del puño hasta sentir el metal clavándosele en la palma, pero no aflojó la presión ni un milímetro.

Se obligó a no sacar conclusiones precipitadas. El viejo le acababa de aconsejar que hablara antes de imaginar traiciones, y eso era exactamente lo que iba a hacer. Aunque en ese instante requería una fuerza de voluntad tremenda para no dejarse llevar por las tripas, sacó el teléfono y marcó el número de Amy otra vez. Cabía la posibilidad de que la agente inmobiliaria se hubiera plantado allí por sorpresa y Amy estuviera pasándolo igual de mal que él. Quizá solo necesitaba escucharla para que las piezas volvieran a encajar en su sitio.

A lo lejos, la vio mirar la pantalla, descolgar y dar unos pasos para alejarse del grupo mientras se pegaba el móvil a la oreja. Larissa y los dos hombres de traje no le quitaban los ojos de encima.

—¡Hola de nuevo! —la voz de Amy sonó alegre, desocupada, envuelta en el bullicio de la música de fondo—. ¿Estás de camino?

—¿Todo bien? —Cash se esforzó por mantener un tono neutro—. ¿Sigues en el chiringuito?

—Sí, sí, por aquí sigo —Amy soltó una risita algo forzada—. De cháchara con Mari y la gente del pueblo, ya sabes.

El rostro de Cash se fue endureciendo a cada palabra. Vio perfectamente cómo ella se distanciaba un metro más de la Whitfield, bajaba el volumen de la voz y les daba la espalda a los dos ejecutivos, imitando el gesto de quien intenta ocultar algo.

—¿Sola? —preguntó él, incapaz de disimular la tensión—. ¿Estás sola?

—Bueno, con Mari y el resto —otra risita, esta vez bastante más nerviosa—. Oye, ¿sabes qué? Esto se está apagando ya. Creo que voy a recoger y me voy para casa. Mejor nos vemos esta noche los dos a solas y tranquilos. Vienes, cenamos y charlas a gusto, que aquí no hay quien se entere de nada con el ruido. Pásate a buscarme sobre las ocho.

Cash la contempló desde la acera de enfrente con una mezcla de rabia e incredulidad. Ahí estaba, a escasos metros de Larissa

Whitfield y de aquellos dos gilipollas que la esperaban.

Joder, nena, ¿me has visto la cara de tonto del pueblo?

—Vale —respondió él finalmente con una voz extraña, completamente fría y distante—. A las ocho.

—¡Perfecto! Un beso, luego nos vemos.

Cortó la comunicación y Cash se quedó allí plantado, con el aparato pegado a la oreja mientras veía cómo Amy se guardaba el teléfono en el bolso, regresaba junto a la Whitfield con una sonrisa de disculpa y se integraba en la conversación como si esa llamada jamás hubiera existido.

Como si él mismo no existiera.

Se le congeló la sangre.

Estaba decidido a dar media vuelta y desaparecer de allí para tragarse el orgullo en silencio, tal y como hizo en su día con lo de Lauren, sin montar escenas absurdas delante de los vecinos. Bastantes espectáculos públicos había protagonizado ya. Agarró la maneta de la portezuela para marcharse.

Pero en ese preciso instante se quedó helado al ver que Larissa Whitfield abría el maletín de cuero, extraía un fajo de folios metidos en una carpeta y los plantaba sobre la mesa, justo delante de Amy. Acto seguido, la víbora le ofreció un bolígrafo. Amy aceptó el puñetero boli con una sonrisa y se inclinó sobre los documentos para repasar las líneas.

Era la misma persona que medio minuto antes le había asegurado que estaba sola y de camino a casa. El último hilo de paciencia que le quedaba a Cash se quebró por completo.

Salió del coche, cerró la puerta de un golpe seco y avanzó directo hacia la terraza, acortando la distancia con zancadas largas mientras los latidos le retumbaban con fuerza en los oídos.

Capítulo 23 — Amy

Amy se armó de paciencia y volvió a explicarlo más lentamente, como si se dirigiera a un grupo de infantes.

A ver si esta vez vuestros cerebros lo pillan.

—Lo que intento decir es que yo no soy la única dueña. Hay otras dos hermanas además de mí, y mi madre, así que cualquier decisión sobre el negocio tiene que pasar por ellas. Y también por mi pareja —añadió al final, clavando la vista en Larissa, que abrió los ojos de par en par. Amy resopló con una sonrisa—. Que sí, Lara, que salgo con alguien. Y ese alguien tiene mucho que decir sobre el futuro de esta tienda.

A Larissa se le borró la sonrisa de golpe.

—¿Y quién es tu pareja, si se puede saber?

Amy le sostuvo la mirada.

No tengo nada que esconder, y tampoco él.

—Cash Keynes.

El nombre cayó sobre la mesa del chiringuito como una losa. Larissa no pudo disimular el impacto.

—¿El comisario?

Los dos inversores se cruzaron una mirada. El más alto, un tipo robusto con barba de chivo que se llamaba Todd o Brad, se cruzó de brazos y miró a la agente exigiendo una explicación. El otro, más bajo y reservado, con gafas de pasta y pinta de abogado, se limitó a tamborilear con los dedos sobre la madera.

—Conque Keynes —masculló Larissa, saboreando el apellido—. Así que estás con el policía del pueblo.

—Sí, salgo con Cash —Amy sonrió, y fue una sonrisa sincera, de las que se le escapaban solas cada vez que pronunciaba su nombre—. ¿Hay algún problema con eso?

—Ninguno, cielo —Larissa recuperó los papeles con la velocidad de una experta en tragarse sapos sin perder la compostura—. Faltaría más. Pero quiero que entiendas mi postura: mis clientes llevan semanas metiendo horas en esto. Viajes, informes, abogados, arquitectos. Es una inversión muy gorda y no pueden avanzar a ciegas, pendientes de un hilo. Necesitan un mínimo compromiso. Algo simbólico, que no te ate a nada. —Abrió el maletín, sacó una carpeta y la plantó sobre la mesa—. Una hoja de encargo en exclusiva. Me das permiso para mover la venta y ellos ven que la cosa va en serio. Es un simple papel, Amy. No vendes nada, solo me dejas trabajar el asunto.

Amy bajó la vista hacia el documento. Miró a Larissa y luego a los dos tipos trajeados, que sudaban tinta como si estuvieran metidos en una sauna.

—No sé —titubeó—. Tengo que pensarlo.

—Claro que sí. Piénsalo bien —Larissa sacó un bolígrafo y lo dejó al lado, con la maña de quien sabe que los gestos convencen más que los discursos—. Pero hazlo ahora, a ser posible. Todd y James vuelan a Miami esta misma noche y no quieren irse sin algo firmado.

Amy agarró el bolígrafo por puro instinto, de la misma forma que aceptas cualquier cosa que te encasquetan en la mano, y abrió las tapas para revisar el texto. No iba a firmar. Iba a leer. Amy no firmaba nada a ciegas, ni una triste multa de tráfico, y menos le iba a regalar una exclusiva a Larissa Whitfield sin desmenuzar cada frase.

Pero el caso es que estaba allí, con el boli entre los dedos, inclinada sobre los folios y repasando el primer párrafo, cuando la voz áspera de alguien muy cabreado rompió el aire como un trueno.

—¡Amy!

Al levantar la vista, el tiempo se detuvo. Cash avanzaba por la arena a pasos agigantados, con una expresión que jamás le había visto en la cara, ni siquiera el día que se conocieron frente a la tienda y la miró como si le costara respirar.

Aquello era mucho peor. Traía una furia ciega que le ponía rígido cada músculo del cuerpo y le nublaba los ojos.

En cuanto lo tuvo delante, Amy supo que todo se había ido a la mierda.

—Cash —soltó el bolígrafo y se levantó de un salto—. ¿Qué haces aquí? Si te acabo de decir que...

—¿Que estabas sola? —Cash se plantó ante la mesa, con la respiración entrecortada, repasando el panorama con una mueca de puro desprecio—. ¿Que la fiesta había terminado y te ibas a casa? Eso me has soltado hace cinco minutos por teléfono, Amy. ¿O me lo estoy inventando?

Amy se quedó pálida al comprender de pronto que Cash llevaba ya un buen rato allí. Que la había llamado sabiendo que estaba con Lara y que ella le había mentido a la cara. Bueno, por teléfono, mientras él seguramente la miraba hacerlo.

—Cash, tiene una explicación...

—¿Explicar qué? —el tono de Cash subió un peldaño, lo suficiente para que la gente de las mesas contiguas se diera a la fuga—. ¿Que me engañas por teléfono mientras les firmas contratos a estos tíos? ¿Que llevas rato trapicheando con esta mujer a mis espaldas sin decirme ni media palabra?

—¡Que no iba a firmar nada!

—Tenías el boli en la mano, Amy. Lo he visto perfectamente.

Larissa se puso en pie mostrando las palmas de las manos, recurriendo a su pose de mediadora experta.

—Comisario, si me deja hablar...

—A usted no le he dado vela en este entierro —Cash ni se molestó en mirarla—. Siéntese.

—Mire, no le voy a tolerar que me hable en ese tono delante de mis clientes.

—¿Sus clientes? —él se volvió hacia ella y se le notó el asco en los ojos—. ¿Los de los pisos turísticos? ¿El planazo para el que ha estado pidiendo los informes del catastro y las cargas del terreno de los Castillo sin decirles nada?

Larissa perdió el color de golpe.

—Es el trámite habitual...

—El trámite habitual es avisar al dueño, no hacer las cosas por la espalda —la cortó Cash. Se encaró entonces con los dos tipos trajeados—. ¿Y vosotros qué cojones pintáis aquí?

Todd se levantó como impulsado por un muelle. Le igualaba en altura a Cash, era bastante más robusto y desprendía esa chulería de los que están acostumbrados a que todo el mundo se quite de en medio cuando se ponen derechos.

—Oye tío, te estás pasando de la raya —dijo, con un acento del sur que arrastraba las vocales—. Esto es una reunión privada y no recuerdo haberte llamado.

—Para empezar, no soy tu tío. Y esto no tiene nada de privado. Es un chiringuito en la playa de mi pueblo. De. Mi. Puto. Pueblo —siseó amenazante.

—Cash, por favor. —Amy se puso entre los dos, las manos en el pecho de Cash, empujando, notando debajo el corazón desbocado y los músculos tensos—. Vámonos de aquí. Vamos a hablar a solas, por favor, pero en otro sitio. Aquí no.

Todd no dio el brazo a torcer. Avanzó un paso y le plantó una mano en el hombro a Cash para obligarlo a retroceder.

—Escucha, listo, la señorita te ha dicho que...

Cash le quitó la mano de encima con un bofetón seco que sonó como un latigazo. El hombre respondió con otro empujón, esta vez con las dos manos y directo al pecho, de los que te desplazan tres metros hacia atrás. Pero Cash apenas se movió, tan bien plantado

estaba. Medio chiringuito se giró de golpe, listos para ver las sillas volar.

Amy vio en los ojos de Cash el segundo exacto en que todo el autocontrol que le permitía ser el comisario sereno que nunca perdía los papeles, se rompía en añicos.

Cash le devolvió el golpe con una potencia que derribó al instante al inversionista. En vez de seguir atacando, Cash aguardó a que el tipo se volviera a poner en pie. En ese mismo instante, un vaso de cristal voló desde la mano de James, el inversor que seguía sentado a la mesa, e impactó de lleno contra la mandíbula de Cash.

Amy soltó un grito.

Cash meneó la cabeza aturdido, como si no pudiera creer lo que había ocurrido, pero enseguida pareció recuperarse y respiró por la nariz intentando calmarse. Amy dio un paso hacia él y estudió su rostro. Tenía un corte chungo en el labio y sangre por toda la pechera del uniforme. Larissa empezó a chillar que iba a llamar a las autoridades, lo cual tenía gracia porque la máxima autoridad del pueblo la tenía delante.

—¡Esto es una vergüenza! —Larissa recogía los folios del suelo con las manos temblorosas de pura rabia—. ¡Un escándalo! Pienso poner una denuncia formal, comisario, esto no va a quedar así.

A Cash le dio exactamente igual. Se había quedado de piedra mirando a Amy, que permanecía de pie en mitad del destrozo, con los ojos inundados de lágrimas y la carpeta de la inmobiliaria tirada bajo una silla.

Al mirarle, Amy descubrió algo que la asustó muchísimo más que los golpes: la decepción.

—Vámonos, por favor —le suplicó Amy en un susurro, buscándole la mano—. Cash, en serio. Vámonos de aquí y te lo cuento todo.

Cash bajó la vista hacia sus dedos entrelazados. Durante un segundo eterno, Amy pensó que iba a ceder, que le apretaría la mano y caminaría a su lado hacia cualquier rincón tranquilo para

hablar y solucionar el entuerto, tal y como habían quedado hacía apenas una hora.

Pero no lo hizo. Se soltó despacio, con cuidado, como si el contacto le escociera pero no quisiera lastimarla al alejarse.

—¿Explicarme qué? —dijo, en voz tan baja que ella tuvo que arrimarse para captar las palabras—. Me has engañado, Amy. Hace diez minutos y a sangre fría. Bueno, ni siquiera a la cara. Te has puesto de espaldas para que tus nuevos socios no escucharan la conversación. —Negó con la cabeza—. ¿Cuánto tiempo llevas con esta milonga? ¿Desde que llegaste al pueblo? ¿Desde antes de empezar lo nuestro? ¿Has estado riéndote de mí todo este tiempo mientras vendías la tienda a mis espaldas?

—¡No! ¡No es verdad, Cash! No me he burlado de ti, ni he firmado nada, ni hay ninguna venta…

—¿Y lo de los mapas? —La pregunta le salió afilada, peligrosa—. Que la Whitfield se pase una hora metida en la tienda de tus abuelos justo el día que desaparecen las cartas náuticas también es una coincidencia, ¿no? Todo son malditas casualidades. Qué suerte tienes, Amy. Tu vida está llena de carambolas.

—¡Lara no tiene nada que ver con el robo!

—¿Y tú cómo puedes estar tan segura?

—¡Porque lo sé y punto!

—Pues yo no lo sé —Cash la observaba fijamente, y Amy vio cómo sus facciones se volvían de piedra, cerrándose en banda como los compartimentos de un barco que se va a pique—. Lo único que tengo claro es que me ocultas información y que me has mentido hace diez minutos.

—¿Me estás llamando mentirosa?

Amy, que cuando sufría prefería morder antes que romper a llorar, se escuchó soltar una burrada que ni sentía ni pensaba, un ataque

directo nacido del miedo y de la rabia, como el zarpazo de una fiera acorralada.

—¿Y cómo sé yo que no te los has llevado tú? ¿Eh? Desaparecen los objetos del negocio sin forzar una sola puerta y el único que tiene copia de las llaves aparte de mí eres tú. ¿Quién me asegura que no te has dedicado a desvalijar la tienda todo este tiempo?

Las personas a su alrededor se quedaron mudas de golpe. La música continuaba saliendo por los altavoces con una alegría ridícula y las olas seguían rompiendo en la orilla, pero la gente que estaba lo bastante cerca para escuchar se quedó paralizada. En el pueblo todos conocían a Cash Keynes. Todos sabían perfectamente quién había custodiado el negocio de los Castillo durante meses sin pedir un céntimo a cambio. Acusar a ese hombre de robo era un insulto que nadie allí iba a tolerar.

Amy comprendió la gravedad del error en cuanto terminó de pronunciar la última sílaba. Se le abrió un vacío enorme en el estómago al ver que el rostro de Cash se transformaba en una máscara de hielo, mientras el silencio general de la terraza la aplastaba. Deseó con todas sus fuerzas tragarse las palabras, meterse los puños en la boca y empujarlas de vuelta hacia el pecho.

—Cash —susurró—. No, no quería decir eso... Lo siento mucho.

Pero la bala ya había salido. El destrozo era irreparable.

—Joder —Cash negó con la cabeza, hablando casi para sí mismo—. ¿De verdad me crees capaz de robarles a mis abuelos?

En ese instante, Amy comprendió que Arturo y Dolores sí habían sido sus abuelos. Quizá no compartieran el apellido, pero lo habían sido en todo lo importante: en los platos de sopa caliente cuando murió su padre, en las jornadas de pesca y en las tardes de risas y consejos. Al fin y al cabo, ellos se convirtieron en la única familia que le quedó en el mundo cuando el océano le arrebató a la suya.

—De verdad, Cash, perdóname por lo que he dicho. Es que te has puesto a gritarme y...

Pero él ya no escuchaba. Ni siquiera la miró mientras se metía la mano en el bolsillo del pantalón para sacar el llavero. Amy vio cómo quitaba las dos llaves del negocio y se las ponía delante. Se negó a cogerlas. Cash no dijo nada, se limitó a dejarlas sobre la mesa del chiringuito.

Cruzó la terraza a paso firme, abriéndose camino entre la gente que se apartaba horrorizada al verlo pasar con el labio partido y el uniforme manchado de sangre, pero manteniendo la espalda más recta que nunca. Amy lo siguió con la mirada mientras se alejaba por la playa en dirección al coche, mientras su silueta se encogía a cada paso que daba sobre la arena, y empezó a llamarlo.

Gritó su nombre una vez. Luego otra. Y otra más.

Cash no volvió la cabeza. No se giró ni una sola vez.

Amy se quedó inmóvil en mitad del chiringuito, con el metal de las llaves apretado contra la palma de la mano, la música sonando de fondo y la gente volviendo a lo suyo como si la tierra no se hubiera abierto bajo sus pies.

Pensó, con una lucidez espantosa, que se había pasado la vida entera siendo la persona que hacía las maletas. La que huía antes de que la herida empezara a escocer. La que jamás echaba raíces y prefería marcharse antes de tener que dar explicaciones.

Y ahora, por primera vez, era a ella a quien dejaban atrás.

Dolía exactamente como lo había imaginado siempre.

Capítulo 24 — Cash

Cash condujo de vuelta a casa en piloto automático, sin apenas darse cuenta del camino.

Aparcó el todoterreno cruzado, dejando una rueda subida al bordillo, y permaneció quieto un minuto largo con las manos fijas en el volante y el motor apagado. Se quedó mirando la pintura desconchada del porche a través del parabrisas.

Le escocía el labio. Se lo lamió con la punta de la lengua y saboreó el regusto a hierro, la inflamación del corte y la tirantez de la sangre seca en la piel.

Menudo cuadro: el comisario de Puerto Encantado con la cara hecha un cromo por liarse a puñetazos con un turista en mitad de un chiringuito.

Si tu padre pudiera verte ahora…

Capitán lo recibió en el umbral, agitando el rabo con el entusiasmo de todos los días. Cash le rascó las orejas por pura inercia, entró en la casa, soltó las llaves de casa sobre el mueble del recibidor y se encaminó directo al baño para quitarse los costrones de sangre de la barbilla.

Al mirarse en el espejo, el tipo que le devolvía el reflejo tenía arena metida hasta en el pelo, la camisa perdida de suciedad y, clavada en su rostro, una expresión que reconoció al instante.

Ya la había visto años atrás, la última vez que una mujer le demostró que confiar en alguien era de imbécil.

Abrió el grifo de la ducha y se metió debajo del agua fría para despejar las ideas. Se puso una muda limpia, pilló una cerveza del frigorífico y salió al porche.

Se dejó caer en la mecedora con el botellín en la mano, Capitán tumbado a sus pies y la estampa de la marisma abriéndose ante él. No hizo otra cosa que tragar alcohol, intentando borrar el rostro y

los audios de Amy, que parecían haberse instalado en cada rincón de su estúpida cabeza.

El sol se terminó de ocultar bajo el agua y el perro se quedó frito.

Cash vio unos faros en el camino y enderezó la espalda pues no esperaba a nadie. Al reconocer el coche de Noah se tranquilizó. El cabrón aparecía como de costumbre: sin avisar y cuando menos apetecía. Pero esta vez traía un par de bolsas de papel con comida china y un amago de sonrisa que no se creía ni él.

—He traído la cena —anunció desde el otro lado de la mosquitera—. ¿Se puede o me vas a tirar un cenicero a la cabeza?

—Pasa.

Noah entró, plantó las bolsas en la mesa y le echó un ojo al labio reventado sin abrir la boca para soltar ningún chiste. Aquel silencio era tan inusual en él que equivalía a un abrazo reconfortante. Sin mediar palabra, comenzó a desplegar los envases de plástico, los platos y las servilletas, y tomó asiento.

—Come —dijo.

—No tengo hambre.

—Come igual —le acercó el bote de arroz de un empujón—. Y antes de que abras la boca, sí, ya estoy al tanto de todo. No por ti, desde luego, que eres una tumba para tus cosas. Me ha venido con el cuento medio pueblo, cada uno arrimando el ascua a su sardina. La de la farmacia jura que fuiste tú el que soltó la primera hostia. Mari defiende que eres un santo incapaz de romper un plato. Y Figueroa va diciendo que aquello era una carnicería, que parecía una película de Tarantino.

—No había tanta sangre.

—Lo sé, pero ya conoces al capullo de Figueroa. —Noah comió un momento en silencio—. El tipo con el que te pegaste ha dejado una reclamación en comisaría. La tiene Sheila encima de la mesa.

Agresión por parte de un agente de la autoridad, abuso de poder y toda esa pesca.

Cash se frotó la cara con las manos, agotado.

—Joder.

—No va a ir a ninguna parte. El primero en empujar fue él, hay un porrón de testigos que lo confirman y el pavo esta noche se vuelve a su casa con la cola entre las piernas, un ojo morado y un traje de Armani echado a perder. Yo limpio el expediente —Noah lo miró con media sonrisa—. De lo que no te puedo salvar es del careto que traes, que da más pena que lo del labio.

Cash no contestó.

Capitán, que tenía un olfato infalible para las conversaciones difíciles, se levantó, vino a apoyar la cabeza en la rodilla de Cash y lo miró con esos ojos húmedos de perro que sabe mucho.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Noah.

—No.

—Vale. —Noah siguió comiendo—. Entonces como y cierro el pico, que también se me da bien. Bueno, ¿a quién pretendo engañar? Soy un bocazas, pero puedo hacer el esfuerzo.

Compartieron otro rato de mutismo, Cash picoteando por compromiso y Noah devorando el menú, mientras el canto de los grillos en la marisma camuflaba todo lo que callaban.

Al terminar, Noah se pasó la servilleta por los labios, retiró el envase y soltó el discurso mirando hacia el agua en vez de fijarse en su amigo, que era su manera habitual de abordar los temas espinosos.

—Te digo una sola cosa y desaparezco —marcó el uno con el dedo—. Una frase y ahueco el ala, palabra de boy scout.

Cash resopló mirando al techo.

—Dispara.

—Lo que ha pasado hoy ha sido una mierda, de acuerdo, pero tú y yo sabemos que esa chica está colada por ti y que jamás pensaría que has sido tú el ladrón. Eso lo ha dicho con el calentón del momento, para tratar de hacerte daño, porque estaba acorralada y asustada. Al igual que tú le has dicho cosas hirientes que no piensas. —Noah le miró de reojo—. ¿O me vas a decir, como Mari, que eres un santo?

Cash amagó con replicar, pero acabó negando con la cabeza, frustrado.

—Porque si lo piensas de verdad —insistió Noah—, cerramos el kiosco, te compro otra caja de botellines y te dejo emborracharte a tu aire. Pero si no es el caso, y pongo la mano en el fuego a que no lo es, lo de hoy se reduce a dos idiotas asustados diciéndose burradas. Eso es más viejo que el hilo negro y, por cierto, se soluciona hablando —se puso en pie, juntó los cacharros y los llevó a la pila de la cocina—. No añado nada más por hoy. Buenas noches, jefe.

—Noah.

—Dime.

Cash alzó la vista hacia él.

—Gracias por la cena, tío.

Noah sonrió.

—Vaya, resulta que el poli gruñón tiene corazoncito. No hay de qué, viejo. Y encasquétate un poco de hielo en el labio, anda, que mañana vas a parecer un boxeador sonado.

Se marchó y la mosquitera se cerró tras de sí con un golpe seco. Cash escuchó el rugido del motor alejándose y volvió a quedarse a solas con el perro, la marisma y el cielo estrellado.

En el bolsillo de la camisa todavía le escocía la ausencia de las dos llaves, una falta física que notaba a cada segundo. Era exactamente

igual que cuando te arrancan una muela: la lengua vuelve una y otra vez al hueco vacío, por puro instinto, incapaz de estarse quieta.

Capitán soltó un bostezo largo sin apartar la cabeza de su pierna. Cash dejó caer el brazo para masajearle tras las orejas hasta que el animal dejó escapar un suspiro mezcla de gusto y sueño.

En el interior del bolsillo del pantalón, el teléfono vibró tres veces seguidas. Y luego otras tres más. Todas las llamadas llevaban el nombre de Amy.

Con el corazón hecho un puño, dejó que saltara el buzón de voz.

Capítulo 25 — Amy

Amy ya no tenía fuerzas para llorar, pero tampoco conseguía quedarse dormida.

En vez de eso se pasó la noche en vela, tumbada en la cama y mirando al techo. Llevaba las dos llaves de Cash tan apretadas en el puño que se le habían quedado marcadas en la palma.

Le había llamado una vez tras otra, como una acosadora patética. Todas las llamadas saltaron directas al buzón de voz.

Al final se quedó contemplando su nombre en la pantalla y decidió que todavía le quedaba un gramo de dignidad. Dejó el teléfono boca abajo en la mesita de noche y se abrazó a la almohada.

Enhorabuena, Amy, te has cargado lo mejor que te ha pasado en la vida en menos de treinta segundos.

Eso tenía que ser algún tipo de récord mundial.

Se levantó al amanecer, preparó un café que no llegó a probar y bajó a la tienda a hacer lo único que sabía hacer cuando todo se iba a la mierda: mover cajas, recontar inventario y fingir que las cosas recuperaban el sentido si estaban en su sitio.

El autoengaño le duró veinte minutos. Luego se desplomó en la silla del mostrador con la cabeza entre las manos.

Y justo ahí la encontró Mari a las nueve en punto.

La mujer entró sin llamar, le echó un vistazo, soltó un «ay, madre», y se fue directa a la cafetera.

—No quiero café —dijo Amy.

—No te he preguntado —Mari le plantó la taza delante y se sentó enfrente—. Bebe.

—Me va a sentar fatal.

—Peor de lo que estás ya no vas a estar.

Amy le dio un sorbo. Le sentó como una patada en el estómago. Pero era el café de Mari, y la mujer se había plantado allí a las nueve de la mañana de un martes, sin que nadie se lo pidiera, solo para hacerle compañía. Aquello era mucho más de lo que Amy merecía después del espectáculo de ayer.

—¿Tan grave ha sido? —preguntó Amy, aunque se sabía la respuesta.

—Figueroa va diciendo que aquello parecía una película de Tarantino.

—Figueroa ni siquiera estaba allí.

—Figueroa no necesita estar, se lo inventa todo y encima lo cuenta mejor de lo que fue —Mari dio un trago—. Lo que esos dos tipos le hicieron al bueno de Cash, eso lo vi yo con mis propios ojos. Y en cuanto a la burrada que le soltaste al pobre… Bueno, esa la escuchamos todos.

Amy dejó la taza en la mesa y bajó la mirada.

—Ya lo sé, Mari. No hace falta que me lo recuerdes, me voy a acordar de esto el resto de mi vida. Si has venido a echarme la bronca, te la puedes ahorrar. Nadie me la va a dar más fuerte que yo misma.

—No he venido a echarte la bronca. He venido a contarte algo que no sabes.

Amy se enderezó de inmediato. El tono de Mari le advirtió que aquello no iba de paños calientes.

—¿Tú sabes lo de Lauren? —preguntó Mari.

—Sé que le pidió matrimonio y ella le dio calabazas.

—Sí, pero no tienes ni idea de cómo fue. Y el cómo es lo que de verdad importa —Mari se repantingó en la silla—. Cash le pidió matrimonio en la fiesta de fin de verano. Delante de todo el santo pueblo. Trescientas personas mirándolos, Amy. Se arrodilló en mitad del muelle con un anillo y un discurso que le había llevado semanas

escribir. Imagínate a él, que le cuesta soltar dos frases seguidas sin pasarlo mal. Y Lauren, que era monísima, listísima y un encanto de tía, lo miró y le soltó que no porque no se veía viviendo en un pueblo tan pequeño. Dijo que aquello era muy idílico, pero que se ahogaba. Y se largó esa misma noche sin decir adiós a nadie.

—Joder —susurró Amy.

—Joder es poco. —Mari bajó el tono—. Pero lo peor no fue la negativa. Lo peor fue que pasó delante de todo el mundo. Trescientas personas clavándole los ojos mientras la mujer a la que amaba le decía que su vida era una puta mierda y no le bastaba. Y Cash tuvo que quedarse aquí, aguantando las miradas día tras día, sabiendo que cada vecino se acordaba del asunto.

Amy aferró la taza solo por ocupar las manos con algo.

—Desde ese día tiene dos reglas de oro —continuó Mari—. Nada de líos con chicas de ciudad y nada de muestras de afecto en público. Las dos promesas que se hizo a sí mismo. —La miró fijamente—. ¿Y sabes qué ha hecho contigo?

—Romper las dos —admitió Amy con un hilo de voz.

—Hacerlas pedazos. A sabiendas. Delante de todo el pueblo. Paseando contigo del brazo, llevándote a tomar helados y pregonando que estaba coladito por ti en mitad de mi cafetería, con todos los vecinos cotilleando —Mari sostuvo su mirada—. ¿Tienes la más mínima idea de lo que le supuso hacer eso?

Amy asintió con los ojos inundados de lágrimas. Le temblaba la barbilla, pero le importaba un pimiento.

—Y lo que le soltaste ayer —Mari no dio su brazo a torcer— no fue simplemente acusarlo de ladrón. Fue repetirle lo mismo que le hizo Lauren, pero de otra manera: que no es de fiar. Que todo lo que ofrece no vale para nada. Le diste una patada justo en la única herida que no había cicatrizado. —Hizo un silencio—. Y encima delante de medio pueblo. Otra vez.

—¡Que ya lo sé! —Amy pegó un puñetazo en la mesa que hizo bailar las tazas—. ¿Te crees que no lo sé? Le vi la cara, Mari. Se la vi perfectamente. Supe la que había liado en el mismo segundo en que abrí la boca, pero ya era tarde. —Se le quebró la voz—. Yo no pienso eso de él. Jamás he creído que Cash haya robado nada. Lo solté porque me sentía acorralada y quería herirlo, lo cual es mil veces peor. Lo sé. Es asqueroso.

—Es una putada —ratificó Mari—. Pero también significa que tiene arreglo. Porque demuestra que no eres una mala bicha y, en el fondo, él lo sabe.

—¿Qué arreglo va a tener? Le he llamado un montón de veces y no me coge el teléfono.

—Normal que pase de ti —Mari se inclinó sobre la mesa—. Las cosas no se solucionan con una llamada, Amy. Telefonear es lo cómodo, eso lo hace cualquiera. Cash no necesita oír tu voz. Necesita verte. Verte echar raíces aquí. Demostrarle que la has cagado pero que vas a pelear por él en lugar de salir corriendo como el resto.

—Yo no soy como las demás.

—Pues demuéstraselo. Porque de momento, desde su punto de vista, das el perfil por completo.

Amy guardó silencio, con el café enfriándose en la taza y Mari observándola sin un ápice de lástima. Era puro cariño rudo. Del bueno, del que te suelta las verdades sin anestesia.

—No me voy a marchar —afirmó Amy.

—Eso no me lo tienes que decir a mí.

Mari se incorporó, recogió las tazas y las llevó a la pila como si estuviera en su casa.

—Eres la tía con más imaginación que conozco, Amy Castillo. Invéntate la forma de que ese hombre vuelva a confiar en ti.

Y se largó, dejando la puerta entornada y a Amy a solas en la tienda frente al café helado y con un marrón monumental sobre los

hombros.

Invéntate la forma. Claro, qué fácil se veía desde fuera.

Que sí, que ella la había pifiado a lo grande, eso era innegable. Le tocaba pedirle perdón de rodillas si hacía falta.

Pero vamos a ver, ya puestos, Cash también se había lucido. Podría haber cruzado la calle en lugar de seguirla con el coche como un detective de pacotilla, ¿no? Podría haberle preguntado abiertamente por la dichosa venta antes de montarse una película digna de Hollywood. Y ya de paso, podría haberle descolgado el maldito teléfono al menos una vez en toda la noche, en vez de dejarla hablándole al buzón de voz como una idiota.

Buf… Qué panorama.

¿Cómo narices te acercas a un tipo herido y cabreado cuando tú estás igual de dolida y furiosa?

Madre mía. Demasiados frentes abiertos.

Capítulo 26 — Cash

Pete se presentó en su casa al día siguiente sin avisar, a las siete de la mañana, con un paquete de churros recién hechos y cara de no aceptar un no por respuesta.

—No estoy para visitas, Pete.

—Entonces no abras la puerta. —Pete empujó la hoja con el codo y se coló dentro, esquivando a Capitán, que lo recibió con el entusiasmo que reservaba para cualquiera que trajera comida—. He traído churros de los de verdad, de la churrería de Marta, no las guarradas congeladas que desayunas tú.

—Yo no como churros congelados.

—Comes lo que pillas, que te tengo calado —Pete dejó el paquete sobre la mesa, abrió un armario con la soltura del que lleva décadas entrando en esa cocina, sacó dos platos y los colocó—. ¿Tienes café o tengo que traerlo también?

—Hay café.

—Pues ya estás tardando.

Cash preparó la cafetera por pura inercia. Discutir con Pete era como hablarle a una pared. Se sentaron a la mesa de la cocina con el paquete abierto en el centro y Capitán vigilando cada movimiento desde el suelo. Durante unos minutos reinó el silencio mientras comían, una señal de que el viejo estaba tanteando por dónde atacar.

—Bonito labio —soltó al fin, apuntándole con el churro—. ¿Te escuece?

—No.

—Mentira —Pete mojó el churro en el café—. A ver, ¿me lo vas a contar tú o tengo que seguir escuchando a Figueroa? Lleva ya tres versiones distintas y en la última han salido a relucir navajas.

—No había ninguna navaja, Pete. Por Dios.

—Figueroa es un artista, el tío le pone teatro a todo —Pete masticó despacio—. Me han contado que le calzaste una buena hostia al armario ese.

—Él me empujó primero.

—Eso dicen todos, pero el que tiene la cara hecha un cromo eres tú, así que algo habrás hecho para ganártelo.

—Pete, si vienes a darme un sermón, has elegido el peor día.

—No vengo a darte lecciones. He venido a traerte el desayuno porque seguro que tienes el estómago vacío y a hacerte una pregunta.

—No me apetece otro interrogatorio.

—La misma de siempre. La que esquivaste el otro día en el muelle —Pete dejó el trozo de churro en el plato, se limpió los dedos con una servilleta de papel y entornó los ojos al mirarle—. ¿Le has preguntado a la chica si quiere quedarse en el pueblo contigo?

Cash soltó un bufido de desprecio.

—Pete, esa tía me ha mentido a la cara. Estaba firmándole papeles a la Whitfield mientras le regalaba sonrisas a los dos gilipollas del traje. Y cuando la pillé, va y me acusa de desvalijar su tienda delante de todos los vecinos. Creo que la respuesta a tu pregunta está más que clara.

—Yo ahí no veo ninguna respuesta, solo un cabreo fenomenal, que no es lo mismo. —Pete se echó hacia atrás—. Te he hecho una pregunta muy sencilla, muchacho: ¿le has preguntado a Amy Castillo, mirándola a los ojos, si quiere quedarse en Puerto Encantado? ¿Sí o no?

—No.

—No. —Pete asintió con parsimonia—. Permíteme recapitular: estás coladito por ella como un colegial, le has cogido la mano en mitad de la plaza, algo que no hacías ni con tu madre, y aun así te has saltado la única pregunta que de verdad importa. Si se ve haciendo

vida aquí, o si no es por el pueblo, contigo. En lugar de eso, ¿qué has hecho? Vigilarla, desconfiar, seguirla con el coche y montar un espectáculo en la playa que va a ser el chisme oficial del pueblo los próximos años.

—Ella me engañó, Pete. Me llamó por teléfono y me mintió mientras la estaba observando a diez metros.

—Y tú vas y la tratas como si fuera una más de las que se largan. Eso es lo peor que le puedes hacer a una mujer —Pete enarcó una ceja—. ¿O es que eso no suma?

Cash guardó silencio.

—Escucha —pidió Pete. Su tono cambió por completo, volviéndose más grave y pausado, el que empleaba cuando dejaba de vacilar y hablaba en serio—. Yo conocí bien a Arturo. Y a Dolores. Los traté toda la vida. Y te voy a decir una cosa que a lo mejor ignoras, o que quizás intuyes, pero que te hace falta escuchar ahora mismo: Dolores no era ninguna santa. Era una mujer difícil, que metió la pata, guardó secretos y lastimó sin querer a los que estaban a su lado. Y a pesar de todo, Arturo la elegía a ella. Cada mañana. Sabiendo perfectamente con quién se la jugaba. Porque la amaba por encima del dolor que le provocaban las cosas que no comprendía. —Dio un toque seco en la madera con los nudillos—. Eso es querer a alguien, Cash. No se trata de que jamás te oculte nada. Se trata de que, cuando falle porque es humana, tengas las agallas de sentarte a preguntarle el porqué en vez de salir corriendo a esconderte.

Cash se quedó con la vista fija en los churros. Le pesaban los párpados, le escocía el labio y le pesaba la existencia.

—Amy no es Lauren —remató Pete, hablándole sin rodeos, como un padre—. Y tú ya no eres el chaval que se hincó de rodillas en el muelle. Tienes treinta y cuatro tacos, joder, compórtate como un hombre. Ve a hablar con ella. Si después de hablar resulta que decide marcharse, pues que se marche. Te pillas unas cervezas conmigo y a otra cosa. Pero al menos te quedará la certeza de

haberlo intentado, en lugar de quedarte aquí a torturarte por dentro junto al bueno de Capitán.

El perro levantó la cabeza al oír su nombre.

—A Capitán déjalo tranquilo —refunfuñó Cash.

—Capitán es el único con dos dedos de frente en esta casa —Pete suspiró, se puso en pie, se sacudió las migas de los pantalones y agarró su gorra—. Me largo. Tengo un banco esperándome en el muelle y un periódico que no va a leerse solo.

Ya en el umbral, se dio la vuelta.

—Ah, y otra cosa. La nieta de los Castillo se parece bastante a su abuela, más de lo que cree. Y eso, viniendo de mí, es un cumplido muy grande, porque a Dolores la quise como a una hermana. —Le apuntó con el dedo—. No la dejes ir sin pelear, Cash. Que luego te arrepientes y el arrepentimiento es una compañía de mierda. Peor que Figueroa, incluso.

Y sin decir más se largó, dejando la puerta abierta, los churros a la mitad, y a Cash sentado en la cocina que heredó de sus padres, con la molesta sensación de que un viejo de ochenta años le acababa de dar el guantazo de realidad que llevaba toda la vida necesitando.

Capitán aprovechó para zamparse el último churro que quedaba en el plato de Pete. Cash levantó una ceja.

—Ese era mío.

Capitán levantó el hocico y ladró al aire, que era su forma de levantarle el ánimo.

Cash esbozó una sonrisa.

—Vale, de acuerdo. Tú ganas.

Capítulo 27 — Amy

Amy estaba detrás del mostrador, deslomándose para descifrar la letra de su abuelo en un cuaderno de inventario, cuando alguien llamó a la puerta. Amy soltó un bufido y fue a abrir. Sonrió al ver a Pete.

—Buenas, niña. ¿Está abierto?

—Técnicamente no, pero pasa. ¿Quieres un café?

—Pues me vendría de lujo, la verdad —el viejo se quitó la gorra y entró arrastrando los pies, inspeccionando el lugar con la calma del que se conoce cada rincón de memoria. Se apoltronó en la silla junto al mostrador como si fuera suya—. Bonita tienda. Siempre me gustó. Tu abuelo tenía buen ojo para los trastos.

—¿Te llevabas bien con él?

—Pescábamos juntos los domingos. Él, Tom Keynes y yo. Los tres —aceptó la taza que Amy le tendía—. Tom era el padre de Cash, por si no lo sabías.

—Lo sabía.

—Claro que lo sabías. Sabes más de lo que das a entender —Pete le dio un sorbo al café, asintió con aprobación, y dejó la taza en el mostrador—. Igual que tu abuela. Dolores también sabía más de lo que aparentaba, y ya te digo que aparentaba bastante.

Amy se apoyó en el mostrador, cruzó los brazos, y decidió ir al grano.

—Pete, ¿has venido a hablarme de Cash?

—He venido a tomarme un café.

—Has venido a hablarme de Cash.

—Puede. —Pete sonrió—. ¿Tan transparente soy?

—Eres el hombre menos transparente que conozco, pero estás aquí en vez de en tu banco del muelle, así que algo gordo te traes entre

manos.

Pete soltó una carcajada.

—Me has caído bien desde el primer día, Amy, cuando entraste aquí mandando como si el pueblo fuera tuyo. Igualita que Dolores —se puso serio de golpe—. Y sí, vengo a hablar de Cash. Pero no de lo que tú te crees.

—Si es para decirme que la he cagado, te ahorras el viaje. Ya me lo ha dicho Mari y me lo repito yo a cada minuto. Te lo puedo decir en tres idiomas si quieres.

—No vengo a echarte la bronca. Vengo a contarte algo que ignoras y te hace falta saber. Si no lo aprendes, te vas a marchar de aquí pensando que Cash es un cabezota rencoroso, y los tiros no van por ahí.

Amy guardó silencio. Pete tenía esa forma de soltar las cosas que te quitaba las ganas de interrumpir.

—Yo vi crecer a ese chaval —continuó el viejo, mirando al fondo de la taza—. Lo recuerdo con cinco años, descalzo en el muelle, esperando a que su padre regresara con la barca. Tom Keynes era un buen hombre, el mejor marinero de la zona, y se ahogó cuando Cash tenía quince años. Una tormenta de mierda que no avisó a nadie. Salió a faenar y no volvió. Así de simple. Así de injusto.

Amy no despegó los labios.

—Su madre ya estaba enferma y duró un suspiro después de aquello. Cash, con diecisiete años, se quedó completamente solo en esa casa, con el perro, las facturas y un pueblo que no sabía muy bien qué hacer con él —Pete levantó la vista—. ¿Sabes quién lo amparó?

—Mis abuelos —murmuró Amy en voz baja.

—Tus abuelos, Arturo y Dolores. Le dieron de cenar, le arrimaron un hombro para llorar y le enseñaron a cuidar del negocio. Y cuando Cash decidió meterse a policía, Arturo le pagó la academia de su

bolsillo. Le dijo: «Me lo devuelves cuando puedas, y si no puedes, ahí se queda». —Pete hizo una pausa—. Cash le pagó hasta el último céntimo. Le costó cuatro años de privaciones, pero lo devolvió todo. Porque el chico es así: si te debe algo, salda la deuda; si lo quieres, te lo devuelve multiplicado. Pero que Dios te libre de traicionarlo... porque entonces se cierra en banda y no hay dios que lo abra.

A Amy se le llenaron los ojos de lágrimas al escucharlo.

—¿Entiendes ahora lo de ayer? —siguió Pete con vehemencia—. No es que no quiera perdonarte. Es que no sabe cómo se hace, porque la última vez que confió en alguien acabó de rodillas en un muelle con una alianza en la mano ante una mujer que le pagó con desprecio.

—Mari me ha contado lo de Lauren.

—Mari te habrá contado su versión, y conociéndola habrá metido su buena dosis de drama. Yo te cuento la realidad de Cash —Pete bajó la voz—. La noche que Lauren lo dejó, Cash se plantó en mi casa a las tres de la mañana. No abrió la boca. Se sentó en mi porche y se quedó allí clavado hasta el amanecer. Cuando salió el sol, se levantó, me dijo: «Gracias, Pete», y se fue a patrullar como si tal cosa. No volvió a mencionar su nombre. Nunca. En cinco años. —Chasqueó la lengua—. Hasta que apareciste tú y le escuché silbar otra vez. Pensé: mira, qué bien, a lo mejor el chaval tiene una segunda oportunidad y esta vez no se va todo a la mierda.

—Y se ha ido a la mierda —lamentó Amy.

—Os habéis encargado los dos, que para bailar el tango hacen falta dos —Pete apuró el último trago y dejó la taza con un golpe seco—. Pero yo no vengo a repartir culpas. Vengo a decirte que ese hombre bebe los vientos por ti, que tú estás igual por él y que si os sentarais a hablar cinco minutos en vez de montar escenitas y gritaros en la playa, os daríais cuenta de que vuestro problema tiene arreglo.

—No me coge el teléfono, Pete.

—¿Y quién ha dicho nada de teléfonos? —Pete se levantó de la silla, se puso la gorra, y la miró desde arriba con ojos de viejo pescador que seguramente habían visto más temporales que años tenía Amy —. Mira, niña, te voy a dar un consejo y luego me voy a preparar la cena, que llevo veinte minutos sin vigilar el pueblo y a saber qué desastre ha pasado. —Se acercó un paso a ella y le apuntó con el dedo—. Deja de insistir con eso de llamarle y haz algo que no se espere. Algo que le demuestre que valoras esta tienda, que valoras este pueblo y que lo valoras a él. Y que no piensas largarte sin despedirte. —Le guiñó un ojo—. Eres lista, eso salta a la vista. Bastante más que él, desde luego, aunque tampoco es muy difícil.

Amy soltó una carcajada involuntaria, la primera en dos días, y Pete pareció darse por satisfecho.

—Y otra cosa. —Se detuvo en la puerta—. Si quieres saber de verdad qué pasó con tu abuela, qué es lo que todo el mundo te esconde y por qué tu madre no ha vuelto a pisar este pueblo, ve a ver a la comadrona.

—¿Celeste?

El viejo asintió y su voz disminuyó hasta convertirse en un soplido.

—Pero esta vez dile que te manda Pete. Y dile que ya va siendo hora de que el cielo se despeje.

La campanilla tintineó cuando Pete cruzó el umbral.

Amy se quedó paralizada tras el mostrador, con la taza todavía humeante y una frase retumbándole en la cabeza como un martillazo: «Cuando el cielo se despeje». *¿Pete también conocía la nota? Dios mío, realmente no se podía ocultar nada en Puerto Encantado.*

Se calzó las zapatillas con la intención de plantarse en la casa roja de Celeste Amador y no moverse de allí hasta que la vieja le escupiera todo lo que llevaba años callando. Pero estaba tan agotada que ni siquiera coordinaba para atarse las zapatillas.

Se detuvo en seco, inhaló profundamente y al levantar la cabeza vio las luces ya encendidas de la calle a través del escaparate.

Eran las ocho de la tarde, arrastraba dos noches de insomnio, tenía los ojos hinchados y la cabeza a punto de estallar. Si se presentaba a estas horas y en esas condiciones ante Celeste, parecería más la loca del pueblo que una nieta en busca de respuestas.

Necesitaba estar fresca.

Mañana a primera hora voy a por Celeste, decidió. Ahora mismo el cuerpo no le daba para más que para una ducha caliente y meterse en la cama a recuperar algo de vida.

Tras acostarse clavó la vista en las dos llaves de Cash que descansaban sobre la mesita y suspiró antes de recogerlas. Se las apretó contra el pecho, sintiéndose una estúpida, pero estaba tan exhausta que ni siquiera tuvo fuerzas para castigarse.

Se quedó frita en cuanto tocó la almohada.

Capítulo 28 — Amy

La despertó un ruido en mitad de la noche.

Amy abrió los ojos en la penumbra del dormitorio, desorientada, sin saber qué hora era ni cuánto tiempo había logrado conciliar el sueño. Le costó unos segundos ubicarse: la cama de sus abuelos, el techo con la mancha de humedad de siempre, la ventana entornada y ese persistente olor a salitre.

Adormilada, se incorporó apoyándose en un codo. Tras dos noches en vela, el cuerpo le pesaba como si estuviera relleno de arena.

Los tablones sueltos del piso. Alguien andaba ahí abajo.

Se puso en pie de golpe.

Con el corazón desbocado, consultó la pantalla del móvil: las dos y cuarto de la madrugada.

Joder, joder, joder.

Echó mano a lo primero que encontró, un paraguas de su abuelo, largo, con mango de madera, bastante ridículo como arma pero es mejor algo que nada, y bajó las escaleras descalza, despacio, peldaño a peldaño, intentando no hacer ruido y fallando estrepitosamente porque las escaleras crujían una barbaridad.

La tienda estaba a oscuras, salvo por la luz de calle que entraba por la cristalera. Avanzó de puntillas, mirando a todas partes. Sus ojos, ya habituados a la penumbra, captaron un movimiento. Alguien se agachaba justo detrás de la estantería del fondo y se quedó quieto.

Madre mía. Amy también se quedó tiesa con el corazón saliéndosele por la boca.

Desde la altura alcanzaba a notar la silueta menuda del intruso. *Al menos es lo bastante pequeño para darle de paraguazos.*

Amy se debatía entre acercarse y asestar el primer golpe o huir corriendo escaleras arriba y echar llave.

Pero en ese momento el intruso estornudó.

Del susto Amy dio un bote y lanzó un paraguazo al aire.

En sus oídos aún resonaba ese «achús» agudísimo y teatral. Amy abrió los ojos como platos porque se le acababa de encender una bombilla.

Solo conocía a una persona en el mundo capaz de estornudar como una soprano.

Inmediatamente dio un manotazo al interruptor y encendió la luz de pronto.

—¡Pero qué narices...!

Celeste Amador se giró como un rayo, con la cara contraída y la expresión de una niña que acaba de ser pillada con las manos en la masa. Mosqueada, Amy avanzó señalando con el paraguas a Celeste.

—¡Tú!

—Niña, no me des con el paraguas. Puedo explicarlo.

Amy se acercó lo suficiente para ver que la anciana apretaba contra su pecho la caja de hojalata.

—¡Los mapas! —señaló la caja con incredulidad—. ¡Esos son mis mapas! ¡Tú! ¡Has sido tú todo este tiempo! ¡Tú eres la que entraba en la tienda!

Celeste cerró los ojos, mortificada.

—Amy, por favor, baja la voz...

—¡De eso nada! ¡Te has metido en mi tienda a las dos de la mañana y te vuelves a llevar mis cosas! Voy a llamar a la policía ahora mismo.

—¡Que no me llevo nada! —Celeste le tendió la caja—. ¡Al contrario, te lo estoy devolviendo!

Amy se frenó en seco, con el paraguas todavía alzado y la boca abierta.

—¿Devolviendo?

—Sí, devolviendo —Celeste le sostuvo la mirada, y por debajo del susto Amy vio algo que no esperaba: alivio. Como si el peso de esa caja fuera demasiado para sus años y al fin pudiera quitárselo de encima—. Iba a dejarla en esta estantería, con una nota.

—¿Con una nota? —Amy bajó el paraguas despacio—. Celeste, ¿me estás diciendo que entras en mi propiedad, subes a mi dormitorio, te llevas una caja de debajo de mi cama y ahora vuelves a hurtadillas a dejarla con un recadito? ¿Como si esto fuera un préstamo de la biblioteca?

—No es lo que parece, de verdad.

—¿Ah, no? ¿Y qué es entonces? Porque tiene toda la pinta de ser un robo como una catedral. ¿A ver la nota?

Celeste sacó de un bolsillo un papel doblado en cuatro y se lo tendió. Amy lo cogió y lo desplegó para leer la nota.

«La tienda ha vuelto a tener alma, Amy. Dolores no se equivocó. Mi labor ha terminado. Por eso te he venido a traer la caja con las cartas del viejo Holloway. Puedes venir a verme. Prometo mantecados y café. Y unas cuantas historias de la buena de tu abuela. Celeste»

Volvió a mirar a la anciana con cara de no entender nada.

Entonces Celeste sacó un juego de llaves y las hizo tintinear en la mano.

—Tu abuela me dio las llaves —confesó en un susurro—. Antes de morir. Me pidió que custodiara sus cosas hasta que tú regresaras.

Celeste anduvo hasta la silla más cercana y se sentó exhalando un suspiro.

—Mi niña, por favor, siéntate un momento conmigo. Si no descanso un poco me voy a desplomar, mis piernas ya no están para estos trotes.

Haberlo pensado antes de salir a robar.

Amy no se movió. Permaneció de pie, con los brazos cruzados y el paraguas pegado al costado, observando a esa anciana diminuta que la había engañado, que le había quitado los mapas y que ahora la miraba con una expresión de absoluta inocencia.

—Habla —le concedió Amy, dejando el paraguas y cogiendo una silla para ella—. Pero como me sueltes una sola mentira más, Celeste, te juro que llamo a Cash.

Celeste asintió sumisa, se alisó la falda del vestido como si quisiera ganar unos segundos de tregua y empezó a hablar.

—Tu abuela y yo nos conocimos de crías. En Cuba. Llegamos a este pueblo el mismo año, compartiendo las mismas ganas de ser alguien y el mismo miedo a fracasar. Lo compartimos todo: el trabajo, los domingos, las recetas, el cotilleo, los problemas. Todo. Incluso los secretos...

Fijó sus ojos en la caja de hojalata.

Amy siguió su mirada y asintió.

—El capitán Holloway.

—Jacob. Se llamaba Jacob. —A Celeste se le suavizó la cara al decir el nombre, como si la sola palabra la llevase a otra época—. Tu abuela lo conoció en el sesenta y seis. Él capitaneaba su propio barco, hacía escala aquí y se quedaba unas semanas. Era de buena cuna, los Holloway, una estirpe de marineros de toda la vida. Llevaba esos mapas a bordo, heredados de su tatarabuelo, como si fueran un tesoro. Y tenía esa mirada de lobo de mar... —soltó una risita melancólica—. Tu abuela cayó rendida. Y él por ella, claro está.

—Se enamoraron.

—Se volvieron locos el uno por el otro, niña. Como tú y tu policía, idénticos, con esa misma cara de bobos que se os queda y que no podéis ocultar a nadie —Celeste suspiró hondo antes de continuar—. Pero el destino quiso que la felicidad no durase. Él iba y venía con el barco, ella contaba los días para su regreso, se consolaba con sus cartas...

Amy la interrumpió.

—¡Yo he leído esas cartas! Las tengo aquí.

—Sí, lo sé, me las quise llevar pero no las encontré.

Amy frunció el ceño y Celeste rio por lo bajo.

—No me juzgues. Déjame explicarte. Dolores y Jacob tenían planes de boda, querían abrir esta tienda juntos y llenarla de antigüedades. Objetos con alma. Todo aquello fue real, Amy.

Asintió con los labios apretados.

—¿Qué ocurrió luego?

—El mar. —Celeste pronunció la palabra con rencor—. Otoño del sesenta y siete. Jacob salió y no volvió. Una tormenta, como la que se llevó al padre de Cash, años después. El mar de aquí es así: te da mucho y te cobra más. —Bajó la voz y miró a Amy a los ojos antes de añadir—. Tu abuela estaba embarazada.

Amy sintió que las piernas le flaqueaban, se apoyó en el borde de la mesa y terminó por sentarse en la silla libre.

—¿Embarazada?

—De dos meses. Esperaba a Elenita —Celeste asintió—. Tu madre, Amy, es hija biológica de Jacob Holloway. No de Arturo.

El silencio que inundó la estancia se volvió tan denso que Amy podía escuchar su propio pulso.

—Arturo... —articuló Amy con lentitud, pronunciando las palabras con cuidado, como si temiera que estallaran en su boca—. ¿Arturo no era mi abuelo?

—Claro que lo fue, mi vida. Arturo amaba a Dolores desde siempre, mucho antes de que Holloway apareciera en escena —Celeste entornó los párpados, rememorando—. Cuando Jacob desapareció y Dolores se quedó desamparada, Arturo dio un paso al frente como el gran hombre que era y se casó con ella. Crió a Elenita como si fuera su propia sangre y levantó esta tienda, la misma que Jacob había

proyectado con Dolores, solo porque era el mayor deseo de ella. La amaba tanto que estuvo dispuesto a hacer realidad el sueño de otro hombre con tal de verla feliz. —Se le quebró la voz—. Arturo Castillo fue el pedazo de pan más grande que he conocido, Amy. Tu abuela lo sabía y lo quiso con locura, a su manera. Pero el primer amor no se olvida jamás. Por eso custodió aquellas cartas con tanto celo. Por eso guardó los mapas y cada recuerdo que ligaba su memoria al hombre que la marcó. Y me hizo jurar que los mantendría a salvo hasta que alguien de su propia sangre estuviera listo para soportar la verdad.

—¿Y mi madre? —Amy notó un sabor amargo en la garganta—. ¿Ella lo sabe?

—Lo descubrió cuando era una adolescente. No sé los detalles, yo no estaba delante, pero se enteró de que Arturo no era su padre verdadero y se marchó dando un portazo. Fue horrible —Celeste se limpió una lágrima rezagada con el dorso de la mano—. Se marchó y nunca miró atrás. Rompió toda relación con Dolores, renegó de sus raíces, del pueblo, de todo... Tu abuela tuvo que cargar con esa cruz durante treinta años, niña. Treinta años sin que su propia hija le dirigiera la palabra, custodiando un secreto que la carcomía por dentro. Por eso la nota que encontraste decía aquello de «para cuando el cielo se haya despejado». El cielo era esa tormenta que las separaba. Y Dolores quiso que fueras tú, Amy, la encargada de disipar las nubes.

—¿Por qué yo? —la pregunta le brotó rota, desde el estómago—. ¿Por qué no alguna de mis hermanas? ¿Por qué yo?

Celeste sonrió, y fue una sonrisa triste, tierna y orgullosa.

—Porque eres su vivo retrato. Dolores me lo repetía a menudo: «Amy es la que ha heredado mi gen, la que no para quieta, la que no encaja en ningún molde. Nació para una vida de mar y aventuras, aunque todavía no se haya dado cuenta». —Estiró el brazo y le apretó la mano con calidez—. Pero también eres la que se

mantiene leal a lo que ama. La que siempre encuentra el camino de vuelta.

Amy observó la mano de Celeste sobre la suya, pequeña, arrugada, caliente.

—Jolín, Celeste —consiguió articular, soltando una risa ahogada por las lágrimas—. ¿Y no podías haber empezado por ahí en lugar de andar asaltando mi tienda como una ninja octogenaria?

Celeste soltó una carcajada limpia que le hizo sacudir los hombros, restándole veinte años de encima a su rostro arrugado.

—Tu abuela siempre me echaba la misma bronca: «Celeste, ¿por qué no haces las cosas fáciles de una vez?». Y yo siempre le respondía lo mismo: «Porque lo fácil no tiene ninguna gracia».

—Pues a mí no me hace ni maldita gracia, Celeste. Me has dado unos sustos de muerte, Cash ha tenido que abrir diligencias policiales por robo y yo he estado a punto de colgarle el sambenito de ladrón a un hombre completamente inocente por tu culpa.

—Lo sé —Celeste le dio un apretón cariñoso—. Lo sé, mi niña, y lo lamento de corazón. Pero tenía que cerciorarme. Una nunca puede estar segura del todo hasta que lo comprueba con sus propios ojos. Aunque Dolores te hubiera elegido, mi obligación era proteger el legado de mi amiga. Ahora sé que eres exactamente la mujer que ella intuía. Tu corazón está en el lugar correcto.

Amy negó con la cabeza mientras contemplaba a aquella anciana menuda que lograba parecer frágil y endemoniadamente valiente al mismo tiempo.

—Pero hay mucho que aún no me dices, Celeste —sonrió Amy sorbiéndose la nariz—. ¿Qué has hecho con las cosas de la tienda todo este tiempo?

Celeste la observó en silencio durante un instante prolongado. Luego, con una lentitud que delataba el esfuerzo de sus huesos, se apoyó en el tablero de la mesa, se incorporó y se alisó el vestido de

flores. Con un gesto ceremonial, le tendió a Amy el llavero original del negocio.

—Eso no se puede explicar con palabras —sentenció—. Hay cosas que entran mejor por los ojos. Venga, coge un abrigo y acompáñame.

—¿Adónde? Celeste, por favor, que son las dos de la mañana.

—A mi casa —Celeste sonrió con picardía—. Deja que te enseñe una cosa.

Capítulo 29 — Amy

El coche de Celeste era un escarabajo viejísimo, de un tono que en su día debió de ser azul. Los asientos estaban forrados con fundas de ganchillo que olían a lavanda.

Era demasiado mono para una ladrona.

Celeste conducía despacio, muy erguida, aferrada al volante con las dos manos como si pilotara un transatlántico. Se detuvo rigurosamente en un stop donde no había un alma a las dos y media de la madrugada y puso el intermitente para girar en una calle completamente desierta.

—No hay prisa —dijo Celeste, aunque Amy no había abierto la boca —. A mi edad se conduce a la velocidad a la que se piensa, y yo ya pienso despacio.

Amy la observaba desde el asiento del copiloto, viendo desfilar el pueblo dormido a través de la ventanilla. La casa roja se alzaba al final de la calle del faro, un poco apartada, con su porche, sus macetas y ese tono carmín encendido que la oscuridad de la noche no lograba apagar del todo.

Celeste aparcó el escarabajo con tres maniobras para un hueco en el que cabían cuatro coches, apagó el motor, y se quedó un segundo con las manos en el volante.

—Lo que te voy a enseñar no lo ha visto nadie —anunció—. Ni Pete. Ni el cura. Nadie. Solo lo vimos tu abuela y yo. —Se giró hacia ella con una sonrisa—. Y ahora, tú.

Entraron en la vivienda y Celeste fue encendiendo las luces a su paso. El ambiente olía a café reciente y a flores frescas, pero la anciana no se demoró en el salón. Cruzó el pasillo haciendo una seña a Amy para que no se quedara atrás, sacó una llave diminuta del bolsillo de su vestido y abrió una puerta situada al fondo.

—Antes era el cuarto de costura —explicó mientras accionaba el interruptor—. Ahora es... otra cosa.

Intrigada, Amy enarcó una ceja y pasó. Se esperaba encontrar un dormitorio de invitados o, como mucho, un trastero abarrotado, pero al cruzar el umbral se quedó completamente boquiabierta.

Lo que tenía ante sus ojos era un auténtico museo en miniatura. Las paredes estaban forradas con estanterías hechas a medida donde descansaban, perfectamente ordenados, limpios y etiquetados, decenas de cuadernos y legajos antiguos. Había lapiceros de plata relucientes sobre paños azules, cajas de música, daguerrotipos y fajos de cartas amarrados con cintas de raso. Destacaban, por encima de todo, hileras de libros: decenas de tomos viejos encuadernados en cuero rojo y azul.

Cada pieza lucía un rótulo escrito con una caligrafía grande, clara y meticulosa. Un trabajo de archivo verdaderamente impecable.

—Celeste... —susurró Amy fascinada por lo que veía—. ¿Todo esto lo has hecho tú sola?

—Con estas mismas manos —Celeste alzó sus palmas, diminutas, surcadas de arrugas y salpicadas por las manchas de la edad—. Estas manos han traído al mundo a medio Puerto Encantado, ¿sabes? Cuarenta años ejerciendo de comadrona. La mitad del pueblo nació aquí: Mari, Ramón Medina, Cash, Noah, la mayor parte de los pescadores del muelle... Y resulta que estas manos, que se pasaron la vida ayudando a nacer, ahora se dedican a evitar que lo viejo se muera. Son dos oficios que se parecen bastante más de lo que la gente cree.

Amy se aproximó a los estantes, sin atreverse a rozar nada, devorando los rótulos con la mirada.

—¿Y cómo has aprendido a hacer algo así? Esto es trabajo de profesionales, Celeste. ¿Qué es esto, un medidor de humedad? —señaló un pequeño dispositivo digital en una balda.

—Higrómetro —corrigió Celeste con orgullo, paladeando el término —. Controla la humedad. El papel antiguo se echa a perder si hay humedad, ¿sabes? Se reblandece como una galleta mojada y luego no hay forma de salvarlo. Lo aprendí con el móvil.

—¿Con el móvil?

—En los vídeos de YouTube —Celeste se arrimó a la mesa central y acarició el borde de un atril con delicadeza—. Hay una muchacha, una italiana que restaura lienzos en las iglesias, que sale en la pantalla explicando el proceso paso a paso. Y un señor de un museo de Londres que enseña a conservar mapas antiguos. Me pegué un año entero pegada a los vídeos, con las gafas pegadas al cristal y apuntándolo todo en una libreta —se mofó de sí misma—. Una vieja cubana recibiendo lecciones de un inglés estirado a través del teléfono. ¡Si me viera Dolores!

—¿Y las cartas náuticas? —Amy se fijó en un espacio vacío sobre el atril—. ¿Ahí es donde las tenías?

—Ahí mismo. Resguardadas de la luz, porque el sol se come los colores. Protegidas con ese papel especial que no tiene ácido, para que no se vuelvan amarillas. Y siempre en horizontal, sin plegarlas jamás. Un doblez en un mapa de hace un siglo es una cicatriz que no cierra nunca. —Celeste se acercó a uno de los anaqueles, extrajo de un cajoncito unos guantes de algodón blanco, se los calzó y, con una delicadeza extrema, sacó un daguerrotipo enmarcado para mostrárselo—. Guantes obligatorios, siempre. La grasa de las yemas es puro veneno para estas piezas. Eso también me lo enseñó la italiana. Mira: este de aquí es Jacob. El único retrato que se conserva de él. Tu abuela me lo confió para que lo custodiara junto al resto.

Amy acercó los ojos al daguerrotipo, imitando el cuidado de Celeste de forma instintiva, y contempló por primera vez las facciones del hombre del que descendía: un marinero joven, de ojos alegres y rasgos tan delicados que parecían tallados a mano, con una chispa en la mirada que reconoció como suya.

Vaya, realmente soy la nieta de este tío.

Celeste la observaba en silencio con esos guantes blancos que resultaban casi cómicos, destilando un mimo que era puro amor.

A Amy se le hizo un nudo en la garganta.

—Y te llevaste todo esto de la tienda... —articuló Amy, comprendiendo al fin la jugada—. Pero no para robarlo, sino para ponerlo a buen recaudo.

—Cuando murió tu abuela, la tienda se quedó cerrada, esperando a que apareciera alguien. —Celeste pasó el dorso de la mano enguantada a lo largo de la superficie de plata pulida donde estaba grabado el retrato—. Y yo veía pasar los meses y pensaba: si esto sigue así, si viene un abogado y lo subasta todo a lo loco, o si llega un heredero que no sabe lo que tiene entre manos, estas cosas se van a perder. Se van a dispersar por el mundo y nadie volverá a saber que existieron, ni lo que significaban para tu abuela. —La miró fijamente—. Así que empecé a traer de trasmano lo más frágil. Lo más valioso. Todo lo que guardaba relación con Dolores y Jacob, para protegerlo hasta que se presentara la persona idónea. Y aquí estamos.

Amy miró alrededor.

—¿Y me fías el tesoro sin más?

Celeste devolvió el daguerrotipo a su sitio en la estantería, se quitó los guantes lentamente, dedo a dedo, y se giró hacia ella con una sonrisa melancólica.

—Te voy a ser franca —guardó silencio un instante y ladeó la cabeza —. Verte trapicheando con la Whitfield no me dio buena espina, niña. Corrió el rumor de que ibas a venderlo todo para largarte de vuelta a Nueva Jersey —se encogió de hombros, desprovista de rencor, limitándose a exponer los hechos—. Pero luego te he visto desvivirte por un hombre de aquí, plantando cara cuando lo cómodo era marcharte y peleando por lo que pertenece al pueblo. Ahí comprendí que no eres de las que se achantan.

Sintió el impulso de abrazarla. Celeste se le adelantó y le dio un fuerte achuchón.

—Gracias por ser tan buena amiga de mi abuela —susurró Amy, sin poder ocultar la emoción.

—La amiga zumbada, que siempre viene bien tener a una de mi calibre cerca.

Amy sonrió, paseando la mirada por los objetos que Celeste había protegido con semejante devoción.

Un auténtico tesoro…

Y en ese preciso instante, la idea que había comenzado a rondarle la mente desde sus primeras conversaciones con la agente inmobiliaria terminó de encajar, cobrando un sentido perfecto en su cabeza.

Capítulo 30 — Amy

—¡Jolín, creo que vamos a hacer el negocio del siglo! —exclamó Amy, entusiasmada frente a la pantalla.

Sus hermanas se intercambiaron una mirada de absoluta incredulidad a través de los recuadros de Zoom.

—A ver, ¿qué más dará que no se queden con esa pila de trastos viejos? Hermanita, estás a punto de mandar a tomar por saco una venta millonaria por puro capricho —Lucy, que a sus treinta y cinco años lucía cara de no haber pegado ojo en una semana, tenía la ceja izquierda alzada hasta el nacimiento del pelo.

—No es ningún capricho —Amy giró un poco el portátil para enfocar el cuaderno donde llevaba garabateando números desde las siete de la mañana—. Es un plan de negocio en toda regla.

—Eso es una libreta con tachones —le espetó Chloe.

—Es un cuaderno de contabilidad. Y las cuentas cuadran perfectamente, os lo aseguro. Escuchadme solo cinco minutos.

—Amy —la voz de su madre llegó desde el recuadro inferior de la pantalla, arrastrando esa parsimonia tensa que utilizaba justo antes de perder los papeles—. Son las ocho de la mañana. Me has plantado frente al ordenador a las ocho de la mañana de un miércoles.

—Lo sé, mamá, y os lo agradezco en el alma. Cinco minutos, de verdad, os prometo que no os vais a arrepentir.

Lucy resopló con tremendo dramatismo mientras Chloe se echaba una taza de café. Elena, en cambio, aguardó en silencio.

—Vamos a ver, el grupo hotelero lo único que busca es el solar —arrancó Amy—. ¡Solo el terreno! Ya han adquirido las parcelas colindantes y tienen pensado echar abajo este edificio el primer día. Les importa un pimiento lo que haya dentro. Lo que pagan son los metros cuadrados y la ubicación en la calle principal. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Sí —concedió Lucy—. Y nos pagan una burrada por eso. ¿Dónde narices está el problema?

—El problema no es la cifra del solar. El problema es el dineral que palmamos si metemos la colección entera en el mismo lote.

—¿Qué colección? —Chloe frunció el ceño.

—La de los abuelos. Todas las reliquias de la tienda. Hay mapas del siglo diecinueve, Chloe. Astrolabios, cronómetros de marina, cuadernos de inventario históricos... Auténticas joyas que en el mercado del coleccionismo valen un ojo de la cara. Si permitimos que entren en la liquidación, acabarán malvendidas por cuatro duros porque los inversores son un grupo hotelero que no tiene ni la más remota idea del valor de lo que tiene entre manos.

—¿Y tú sí sabes lo que tienes entre manos? —se burló Lucy.

—Llevo semanas catalogando cada pieza una a una. Así que sí, mira por dónde, ahora mismo soy la mayor experta que vais a encontrar.

—¿Experta tú? ¡Pero qué humos se gasta la niña! —se burló Chloe.

Amy pasó olímpicamente del comentario, manteniendo una sonrisa estoica.

—Hermanita —Lucy bajó la voz al tono condescendiente de hermana mayor que intenta meterle un baño de realidad a la pequeña—. La oferta que hay sobre la mesa es un caramelo. Si nos ponemos exquisitas con exigencias sobre qué entra y qué no en el contrato, se nos pueden echar atrás en un abrir y cerrar de ojos.

—No se van a bajar del carro. Necesitan la tierra, lo sé porque… lo sé. —Amy cogió aire—. Tenéis que confiar en mí, joder. Les vendemos el solar limpio, ellos obtienen los metros que tanto ansían, vosotras vuestra parte de la herencia y yo me quedo con la colección íntegra. Y aquí viene el golpe maestro: ¡pienso reabrir Castillo Antigüedades en otro local del pueblo!

Un silencio sepulcral se apoderó de las cuatro pantallas de golpe.

—Que abres una tienda dices… —soltó Lucy, arrastrando las palabras como si de repente le costara hablar—. ¿Tú… en ese pueblo?

—Sí, exactamente. Yo en este pueblo. ¿Pasa algo malo?

—Amy, por dios, que tienes un piso alquilado por dos años en Nueva Jersey.

—Un piso espantoso, por cierto, y con la calefacción reventada desde el mes de noviembre. Lo puedo subarrendar mañana mismo.

—¿Y tu curro?

—Mi trabajo depende por completo de una aplicación, lo puedo gestionar desde cualquier sitio si me da la gana. Aunque la idea es mandar a paseo ese empleo si la tienda arranca como debe.

Chloe se había quedado muda, clavándole una mirada indescifrable a través de la webcam. Su madre tampoco había soltado prenda en los últimos dos minutos. Aquello podía significar una bendición o que estaba a punto de caerles un veredicto demoledor.

—Hermanita —insistió Lucy midiendo las palabras—. Llevas allí metida... ¿cuánto? ¿Tres semanas? No puedes dar un vuelco tan grande a tu vida en poco menos de un mes.

—Los abuelos tomaron decisiones muchísimo más gordas en la mitad de tiempo —Amy miró fijamente al objetivo de la cámara—. Escuchad, hay algo fundamental que debéis saber. Algo que afecta directamente a esta familia. Al motivo real por el que los abuelos fundaron la tienda y lo que simboliza de verdad.

—¿El qué? —inquirió Chloe, picada por la curiosidad.

Amy vaciló apenas una milésima de segundo. Desvió los ojos hacia el recuadro de su madre, que continuaba estática, exhibiendo esa rigidez de esfinge que Elena Castillo dominaba a la perfección.

—Mamá —soltó Amy sin anestesia—. Lo sé todo sobre Holloway.

El silencio que siguió tuvo otro calibre. No era el silencio de sus hermanas calculando cifras, sino uno mucho más pesado. No se oía

ni el vuelo de una mosca y los ojos de todas se mantenían fijos en la pantalla.

—¿Quién narices es Holloway? —preguntó Lucy, buscando el rostro de su madre en su respectivo recuadro.

Elena no abrió la boca. Mantenía los ojos clavados en Amy con una expresión que Amy no le había visto nunca: no era cabreo. Era algo parecido al alivio mezclado con pánico, la cara de quien lleva décadas esperando que alguien pronuncie un nombre prohibido y que no sabe cómo cojones reaccionar ante el hecho consumado.

—Mamá —insistió Amy, suavizando el tono—. Celeste me lo desveló todo anoche. Me habló del capitán Jacob Holloway, de tu embarazo, del pacto de los abuelos... De todo.

—¿Pero quién narices es Celeste? —exclamó Chloe, escandalizada—. ¿Qué embarazo? ¿Se puede saber de qué coño estáis hablando?

—Cierra el pico un segundo —le ordenó Lucy, incapaz de apartar los ojos de la pantalla.

—No me mandes callar, que ya soy mayor de edad…

—¡Y yo tengo más años que tú!

—Chloe, Lucy. —La voz de Elena las cortó a las dos. Una voz autoritaria y tajante, de esas que cortan la respiración. Acto seguido, se dirigió a Amy—: ¿Cómo que te lo ha contado Celeste?

—Sí, me lo escupió todo después de que la pillara colándose en la trastienda a las dos de la mañana. Es una historia larga de cojones —Amy tomó aire—. Mamá, lo que hizo el abuelo Arturo fue un acto noble y generoso. Hace que me sienta aún más orgullosa de pertenecer a los Castillo. Y esa colección, las cartas náuticas, los diarios y los mapas que esos hoteleros pretenden machacar con las excavadoras son el legado vivo de Jacob Holloway. Es tu historia, mamá. Es de dónde venimos. Y no voy a permitir que se convierta en escombros.

El cuadro de Elena se quedó en negro, como si hubiera desactivado la cámara. La pausa se prolongó tanto que Amy temió seriamente que hubiera cortado la comunicación. Pero de pronto llegó el eco de un carraspeo ahogado a través de los altavoces y su voz resurgió, rota por completo y pastosa por la emoción.

—¿Has podido perdonar a tu abuela después de saberlo todo? —preguntó Elena.

Amy tragó saliva.

—Sí, la he perdonado. El abuelo la perdonó primero y murieron en paz los dos.

—Pues yo no pude hacerlo... ¿Eso me convierte en la mala de la película?

La imagen de Elena regresó a la pantalla. Sus tres hijas pudieron comprobar que tenía la mirada empañada y los ojos inyectados en sangre. Los entornó un instante, apenas un parpadeo, y al abrirlos de nuevo mostraba la mandíbula tensa. Había un brillo húmedo en sus pestañas. A Amy se le formó un nudo en la garganta.

Jamás había visto a su madre soltar una lágrima.

—No, mamá. No creo que seas la mala de la película. Sé que has sufrido mucho, y lo siento de corazón. Pero lo que tengo que hacer ahora es perdonar y avanzar.

—A ver, ¿piensa alguien dignarse a explicarme de qué va todo esto? —protestó Chloe.

—Espera —dijo Lucy, que por una vez en su vida no parecía la hermana mayor que lo tiene todo bajo control—. Mamá, ¿estás bien?

—Estoy bien —Elena clavó los ojos en el recuadro de Amy—. ¿Y tú... estás bien, hija?

—Estoy perfecta, mamá. Mejor que nunca —Amy esbozó una sonrisa franca—. Estoy totalmente decidida a quedarme aquí y defender este legado.

Se hizo un nuevo silencio, de un matiz enteramente diferente. Chloe miraba a un lado y a otro de la pantalla, desesperada por enterarse de algo. Lucy permanecía estupefacta, con la palma de la mano tapando su boca. Y Elena Castillo, que no prometía nada nunca, que llevaba treinta años sin pisar aquel pueblo y que no había vuelto a pronunciar el nombre de su madre en público desde hacía una década, dijo:

—Mueve los hilos con esos inversores, Amy. Quédate con la colección entera. Y que no se te ocurra rechazar el dinero de la venta que te corresponde.

Lucy y Chloe se desencajaron al unísono.

—Pero mamá...

—He dicho lo que he dicho, punto final.

Y con ese carpetazo, el debate sucesorio quedó zanjado.

Cuando cerró el ordenador, Amy necesitó una buena media hora para volver a la realidad. ¿De verdad acababa de pasar aquello?

Le quedó claro que a su madre le esperaban unas cuantas explicaciones incómodas durante las próximas veinte cenas de Navidad.

Experimentó una calidez extraña en el pecho. Esa lucidez brutal de saber por fin qué es lo que te hace feliz y, por encima de todo, disponer de un plan sólido para ir a por ello. Solo le faltaba un cabo suelto para que el rompecabezas encajara a la perfección. No podía demorarlo ni un minuto más. Le tocaba ir a por él y cantarle las cuarenta, sí o sí.

Mecachis en la mar, la que había liado por encapricharse de un policía.

Capítulo 31 — Cash

—A ver si lo he entendido —dijo Noah apoyado en el marco de la puerta del despacho con los brazos cruzados y una sonrisa que no presagiaba nada bueno—. Quieres que junte a todo el pueblo en el muelle a las siete de la tarde.

—Sí.

—En el muelle.

—Eso he dicho.

—El muelle, Cash… ¿Ese muelle?

Cash soltó un bufido.

—Noah.

—Solo me aseguro de que sabes lo que estás diciendo, porque la última vez que nos reuniste en el muelle la cosa no acabó precisamente con perdices. —Noah ladeó la cabeza—. La fiestecilla acabó contigo más solo que la una, pimplándote dos cajas de cerveza en el porche de Pete.

—Lo sé perfectamente, yo estaba allí. —Cash apretó la mandíbula—. ¿Lo vas a hacer o no?

Noah le miró un segundo largo, calibrándolo. Algo en la actitud de Cash le borró la guasa de golpe, sustituyéndola por una expresión más seria y, a la vez, más blanda.

—Vas a por ella, ¿eh?

Cash afirmó con la cabeza.

—¿Y esta vez estás seguro?

—No —Cash soltó todo el aire de los pulmones—. No estoy seguro de nada. Estoy cagado de miedo, para qué te voy a mentir. Pero sé que, si no lo hago, me voy a pasar los próximos diez años sentado en un banco junto a Pete, hinchándome a pipas y repitiéndome que hubiera ocurrido si corría el riesgo. Y eso me acojona todavía más.

El silencio se instaló entre ambos un instante. Luego, Noah descruzó los brazos y recuperó su sonrisa traviesa, todavía más ancha que antes.

—Yo me encargo —sentenció.

Cash le puso una mano en el hombro.

—Noah.

—¿Qué?

—Gracias.

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo —Noah ya se estaba calando la gorra para salir—. Dámelas cuando tengas a medio pueblo clavándote los ojos y te des cuenta de que te has bloqueado y no te brotan las palabras. Que te conozco, Orozco, tú sueltas tres frases seguidas y ya te quedas en blanco. —Justo antes de cruzar el umbral, se dio la vuelta y lo apuntó con el índice—. Prepárate un discurso, ¿eh? Que estas cosas no se improvisan. Y péinate, joder, que pareces un náufrago.

Se marchó marcando un número en el móvil, con un frenesí de organizador de bodas que Cash jamás le había visto.

Cash se quedó a solas en el despacho, con el corazón desbocado como si viniera de correr una maratón, contemplando a través del cristal cómo el cielo empezaba a teñirse lentamente de naranja.

Disponía de un par de horas para dar con las palabras adecuadas. Y cinco años de silencio absoluto que demoler.

Mierda, tío, eres un masoca de manual. Como esto salga mal, te lo tendrás bien merecido por pringado.

A las siete menos cuarto, el muelle estaba de bote en bote.

Cash lo contempló desde el aparcamiento y sintió que las rodillas se le doblaban. Noah no había convocado a cuatro gatos. Había arrastrado al pueblo entero.

No faltaba nadie. Mari junto a su hija adolescente. Rose, la de la mercería, embutida en su eterno chal. Gloria y Ramón Medina, con el pequeño Danny correteando entre las piernas de la multitud. Sheila se había plantado allí vestida como para ir de cóctel. Los de la farmacia. Figueroa, que seguro que ya estaba fabricando un desenlace trágico para la historia antes incluso de que empezara. Y Pete, vestido de gala sentado en su banco de siempre, sin la caña de pescar por una vez, aguardando con una sonrisa que le surcaba todo el rostro.

El sol caía sobre el agua, enorme y rojizo, encendiendo los tablones del muelle, las embarcaciones y los rostros de toda aquella gente que se había congregado sin tener ni pajolera idea de para qué, cuchicheando mientras lo veían avanzar.

Y todos, absolutamente todos, eran conscientes de lo que simbolizaba ese muelle. Lo percibía en el mutismo que se hacía a su paso, en los codazos cómplices y en la forma en que lo miraban, a medio camino entre la compasión y la expectativa. La última vez que Cash Keynes había citado a la vecindad en ese mismo punto, había terminado de rodillas, humillado ante la mirada de todos.

Pete se incorporó de un salto al verle llegar.

—¿Nervioso?

—Mucho.

—Mejor —Pete le propinó una palmada en la espalda—. Si no estuvieras acojonado, significaría que te la suda. —De pronto, al mirar por encima del hombro de Cash, la expresión del viejo mudó por completo—. Joder, no te des la vuelta, que ya asoma por ahí. Madre del amor hermoso, esa chica es un espectáculo... Parece una novia camino del altar. ¡Te he dicho que no te gires, coño!

Cash, lógicamente, se dio la vuelta.

Avanzando por el paseo marítimo, entre la multitud que se abría a su paso, aparecía Amy. Lucía un vestido blanco de verano, llevaba el pelo suelto cayéndole en tirabuzones y exhibía una expresión de no

enterarse de absolutamente nada de lo que acontecía. Venía flanqueada por Mari de un brazo y Celeste del otro, ambas con cara de no haber soltado prenda sobre las intenciones de Cash, empujándola con delicadeza hacia el frente, como quien arrastra a alguien al borde de un precipicio por su propio bien.

En cuanto Amy lo divisó, se frenó en seco. Mari le propinó un último empujón afectuoso antes de soltarla, y Celeste le sopló algo al oído antes de batirse en retirada. Amy se quedó allí plantada, en mitad del muelle, completamente sola, a diez metros de Cash. Su desconcierto pareció ir levantándose a medida que ataba cabos: el escenario, toda la gente del pueblo apiñada en un mismo sitio, Cash aguardándola al fondo.

—Madre mía, Cash —su voz le llegó amortiguada por encima del murmullo general—. ¿Qué es esto? ¿Qué está pasando?

Cash inhaló profundamente. Llevaba varias horas preparando aquello, memorizando las frases correctas, pero en ese instante no recordaba una santa palabra.

El capullo de Noah tenía razón.

Dejó de estrujarse los sesos y soltó lo primero que le brotó de las entrañas.

—Este es el lugar donde me destrozaron el corazón —arrancó. Aunque sus palabras iban dirigidas a ella, proyectó la voz para que lo escuchara hasta el último vecino—. Aquí mismo. Hace cinco años. Delante de la misma gente que hay aquí ahora, porque en este pueblo nadie se muere ni se muda jamás... —Se propagaron unas risas tímidas entre los presentes—. En aquel momento me sentí el tío más estúpido del planeta y me juré que no volvería a exponerme así en la vida.

El muelle bullía en susurros. Amy permanecía inmóvil, clavándole una mirada de asombro absoluto.

—Y entonces aterrizaste tú, Amy —prosiguió Cash, dando un paso firme hacia ella—. Hice añicos todas mis reglas por ti, una detrás de

otra, y ni siquiera fui consciente de que las estaba vulnerando hasta que ya las había pulverizado todas.

—Cash...

—Déjame acabar, por favor, que me ha llevado cuatro horas hilvanar esto y si me detengo no arranco —acortó distancias con otro paso—. La cagué, nena. La pifié a lo grande. No te pregunté. Eso es lo más sangrante de todo, ¿sabes? No haber tenido los cojones de mirarte a los ojos y preguntarte si sentías algo por mí y si te planteabas hacer vida en este pueblo conmigo. Di por sentado que te largarías, como hace todo el dios que pasa por aquí. Me monté mi propia peli en la cabeza. —Tragó saliva antes de alzar una mano y acunar su barbilla entre los dedos. Amy reaccionó al contacto con un gemido apenas perceptible, parpadeando con fuerza—. Te dije cosas que no sentía, fui injusto y me comporté como un soberbio imbécil incapaz de distinguir la verdad de las mentiras. Y tú, Amy, eres lo más auténtico que me ha pasado en la vida.

Se hizo un vacío de silencio absoluto y, acto seguido, la muchedumbre contuvo un suspiro unánime impregnado de ternura. La luz del crepúsculo destellaba en la melena de Amy, que en ese momento le miraba con ojos empañados y sin articular palabra. Cash asumió que ella no se lo iba a poner fácil, y, desde luego, le sobraban los motivos para hacérselo sudar.

—Sé que tienes un plan para reabrir el negocio de tus abuelos —continuó Cash—. Me lo ha soplado medio pueblo, porque aquí, como habrás comprobado, aunque hay vecinos que son perfectamente capaces de custodiar un secreto... —se giró un instante para guiñarle un ojo a Celeste, que se llevó las manos al pecho, conmovida—. Es cierto que en Puerto Encantado nos hemos especializado en propagarlos a los cuatro vientos —recalcó esto último con un brillo de malicia en la mirada—. El caso es que ya estoy al tanto de que vas a vender el solar, Amy, y a reubicar la tienda en otra parte del pueblo. Y te juro que me parece la genialidad más grande que ha parido este sitio en el último medio siglo.

Sin previo aviso, Cash hincó una rodilla sobre los tablones del muelle y la multitud contuvo la respiración al unísono.

Dios mío, estaba sucediendo…

—Amy, mi vida, lo único que te pido es que me dejes formar parte de tus planes. No te exijo que me perdones hoy, ni que se te olvide lo capullo que he sido, solo te pido que me dejes intentarlo. Porque no estoy del todo curado, que sigo siendo un testarudo que saca conclusiones precipitadas. Pero estoy trabajando en ello… porque lo que más deseo en este mundo es estar a tu lado, nena.

Todo el mundo contuvo el aliento observando a Amy, devorándose las uñas por ver cómo reaccionaba. Y entonces ella hizo algo inesperado y rompió los esquemas de todos. Apoyó sus dos manos sobre los hombros de Cash para sostenerse mientras se arrodillaba hasta quedar cara a cara con él, permitiendo que una lágrima solitaria le surcara la mejilla.

—También yo te he dicho cosas horribles que no te merecías —su voz era firme a pesar de la emoción contenida—. Y me he quedado con el alma hecha pedazos. Pero vamos a ver, ¿por qué narices no me descolgaste el puto teléfono en cuatro días?

En ese instante, la multitud estalló en una carcajada colectiva y alguien gritó desde el fondo: «¡Eso no se le hace a una dama, comisario!».

Aun así, Cash no apartó la vista de sus ojos ni un milímetro.

—Lo lamento, nena, de verdad, pero tengo la misma puta excusa para todo: soy un capullo integral. Pero un capullo en proceso de rehabilitación, ¿te vale?

A Amy se le iluminó la cara bañada en lágrimas y echó sus brazos al cuello de él.

—Me vale.

Se fundieron en un beso salvaje en mitad del clamor y la ovación del pueblo entero. Cuando por fin se distanciaron lo justo para

devorarse con la mirada, Amy le susurró al oído:

—¿Tú eres consciente de lo jodido que es mantener el orgullo y seguir enfadada contigo cuando me montas estos espectáculos?

—Esa era precisamente la estrategia.

—Es trampa, ¡eso es jugar con ventaja absoluta! —se le quebró la voz, mezclando el llanto con la risa.

Cash volvió a sellarle los labios, sin concederle la más mínima tregua.

Joder, cómo echaba de menos esto.

Capítulo 32 — Amy

El sol caía a plomo y la lancha varó en la arena con el mismo crujido suave de la última vez.

Cash saltó al agua para terminar de arrastrar el bote a pulso y enseguida le tendió los brazos a Amy para ayudar a bajarla. Ella se dejó rodear por sus fuertes brazos, como siempre. Esta vez él no la soltó al pisar la orilla, la mantuvo contra su cuerpo un segundo más de lo necesario, con la cara hundida en su pelo, respirando su champú de manzanilla.

Amy podía sentir el latido de Cash contra su pecho y pensó que se había pasado la vida buscando exactamente aquello sin saberlo.

El cayo estaba igual que la primera vez. Las cuatro palmeras, la arena blanca y virgen, el agua azul tan diáfana que hería la vista… Pero ellos no eran los mismos, y se notaba en cómo Cash la miraba ahora: sin reservas, sin esa sombra de «esto lleva fecha de caducidad» que le había oscurecido los ojos durante semanas.

La miraba como se mira aquello que te pertenece por derecho y que nadie te puede arrebatar.

Cash había traído una tumbona hinchable, ancha, y la desplegó a la sombra de las palmeras sin mediar palabra. Amy captó el gesto sobre la marcha: la última vez todo se había reducido a la aspereza de la arena, las prisas y las confesiones a medias.

Esta vez, ambos ansiaban tomarse el tiempo para explorarse mutuamente. Deseaban saborearlo sin urgencias. Deseaban hacerlo bien.

—Ven aquí conmigo —mandó él, con la voz firme y ronca.

Amy obedeció de inmediato, incapaz de resistirse.

Entonces Cash la atrajo por la cintura, apretó su trasero con sus grandes manos y la besó, y no fue un beso como los usuales, urgentes y hambrientos, y un tanto desesperados. Fue un beso pausado, profundo, de esos que no tienen prisa porque ellos sabían

que tenían toda la tarde por delante, y todas las tardes que el destino les quisiera regalar después.

La boca experta de Cash hacía que su deseo pulsara con fuerza. Amy sintió sus manos subiendo por la espalda, despacio, para desatar el nudo del biquini con una paciencia que a Amy le puso la carne de gallina. Cuando la tela cedió y cayó sobre la arena, Cash se apartó solo lo justo para mirar sus pechos con una seriedad tan sexy que la obligó a tragar saliva.

—Llevo días muriéndome por hacer esto —murmuró, recorriéndola con los ojos de una forma posesiva que quemaba su piel—. Solo tú y yo, nena, en medio de la nada.

Amy le tomó la mano y la presionó contra su pecho, justo encima de su corazón desbocado.

—Solo tú y yo —repitió las palabras gimiendo contra sus labios mientras su mano descendía por el abdomen de Cash, acariciándole cada vez más abajo.

Cash imitó el recorrido y deslizó sus manos por las caderas de ella hasta hundirlas entre sus muslos. En ese instante, Amy entornó los ojos y el mundo exterior dejó de existir.

Él la recostó y comenzó a besarla entera, trazando un sendero con los labios por su garganta, las clavículas y los pechos, demorándose en cada pezón hasta que Amy arqueó la espalda y le clavó las uñas en los hombros. Luego descendió por su vientre, dejando un rastro de besos ardientes. Separó sus muslos con sus manos bronceadas y la contempló un segundo desde abajo, con las pupilas oscurecidas por un deseo puramente animal, antes de sepultar la cabeza entre sus piernas para saborearla.

Amy ahogó un gemido y maldijo al cielo abierto. No había un alma en kilómetros a la redonda que pudiera escucharla, así que se permitió ser ruidosa, vulgar, entregarse por completo sin filtros, enredando los dedos en el pelo de Cash para guiarlo y exigirle más sin un ápice de vergüenza. Con él, los escrúpulos se habían evaporado para siempre, y no los echaba de menos.

Cash la lamió sin prisa, con una devoción meticulosa, descifrando cada rincón de su anatomía, deteniéndose justo en el umbral del clímax para hacerla suplicar antes de retomar el ritmo, una y otra vez, hasta que Amy le tiró del cabello entre la risa y el llanto.

—Cash, por favor, no seas tan cabrón… Déjame correrme ya.

—Aquí mando yo —la voz le vibró contra la piel, grave, autoritaria, ese tono que solo emergía en la intimidad y que a Amy le deshacía los huesos—. Te vas a aguantar hasta que yo dé la orden.

—¡Que no puedo más!

—Claro que puedes, nena —le sujetó las caderas con firmeza cuando ella intentó buscar fricción—. Quieta ahí. Te corres cuando yo lo autorice. Luego me lo agradecerás.

Y Amy volvió a someterse, incapaz de oponer resistencia, temblando bajo la caricia de su boca, hasta que Cash decretó que ya había sido suficiente tortura y que era hora de verla estallar. Se entregó a fondo y Amy se corrió contra su lengua con un grito que se fundió con los gruñidos y ruidos cavernícolas que hacía él al comerla.

Aferrada a la tumbona, con las piernas trémulas y el nombre de Cash disolviéndosele entre los labios, volvió a correrse una vez más. Y luego otra.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, Cash trepó por su cuerpo. Amy buscó su boca de inmediato, saboreándose a sí misma en los labios de él, mientras deslizaba sus manos por su torso y su abdomen hasta cerrar los dedos alrededor de su polla, rígida y caliente. Apretó y Cash soltó un gruñido ronco contra su cuello que la volvió a encender al instante.

—Te toca aguantar a ti —le susurró Amy al oído con picardía, acariciándole a lo largo, devolviéndole el favor.

—Amy... —Cash gruñó casi como una advertencia.

—¿Qué pasa, comisario? ¿Acaso no mandabas tú?

Cash le clavó los ojos con esa media sonrisa peligrosa, y en un solo movimiento le sujetó las dos muñecas por encima de la cabeza con una mano.

—Sigo mandando yo —sentenció, y se hundió en ella de una sola embestida profunda que les arrancó un gemido unísono del alma.

Sus rostros se volvieron completamente reconcentrados mientras comenzaban a moverse al unísono, despacio al principio, devorándose con la mirada. Resultaba increíblemente adictivo mirarse fijamente mientras lo hacían, sin que ninguno tuviera que ocultar nada. Cash le liberó las muñecas para entrelazar sus dedos con los de ella contra la tumbona, y Amy se aferró a esa mano como si fuera su única ancla mientras él entraba y salía con un ritmo constante que le erizaba la carne y la hacía flotar en el aire de tanto placer.

—Mírame —dijo Cash, ronco, cuando Amy cerró los ojos—. No te escondas. Ya no más.

Amy los abrió de par en par.

Y lo contempló. Y leyó en sus ojos todo lo que él era incapaz de formular con palabras. Todo lo que había verbalizado a trompicones en el muelle y que ahora le confesaba en silencio, con cada embestida, con los dedos entrelazados y la frente apoyada contra la suya.

—Te quiero —dijo Amy, y esta vez no le dio miedo decirlo—. Te quiero, Cash.

—Lo sé. Eres mía, Amy. ¿Te enteras? Mía. Y pienso estar a tu lado hasta el puto final.

—Hasta el final —repitió ella.

Cash aceleró el ritmo, perdiendo por fin ese control milimétrico que tanto le gustaba imponer, y Amy sintió cómo él vibraba en su interior. Se dejó arrastrar por la marea, rodeándole las caderas con las piernas para estrecharlo más, para fundirse por completo, borrando cualquier distancia física.

Cuando Cash bramó su nombre contra su boca y se vació dentro de ella, Amy se despeñó justo detrás. Los dos a la vez, aferrados el uno al otro, sosteniéndose la mirada, deshaciéndose juntos bajo las palmeras mientras el sol les abrasaba la piel.

Exhaustos, entrelazados y cubiertos de una capa pegajosa de sal marina y sudor, terminaron por quedarse dormidos. El corazón de Cash servía de almohada contra la mejilla de Amy, mientras él le trazaba círculos perezosos en la espalda con las yemas de los dedos.

Cuando ella volvió a abrir los ojos, el sol ya había dado tregua. Se incorporó levemente, lo justo para recrearse en la visión del auténtico dios griego desnudo que yacía a su lado.

Madre mía, es el hombre perfecto.

En ese preciso instante, Cash entreabrió un ojo y la pilló in fraganti.

—Oye, se te van los ojos ¿o me parece a mí?

Amy se puso roja y se echó a reír.

—¡Pues cúbrete entonces! ¿Es que ya no te queda ni un mínimo de pudor?

Cash sonrió con malicia canalla.

—Lo lamento, de verdad, pero es que juraría que estamos en el jardín del Edén.

Amy se acurrucó de nuevo en sus brazos y apoyó la cabeza contra su pecho.

—Bueno, visto así, puede que tengas razón.

Estiró el cuello y acercó su boca para coserle a besos tiernos esa mandíbula tan jodidamente marcada.

—Pensé que jamás volvería a experimentar algo así —confesó al fin en un susurro, casi para sí misma, con los labios rozando la piel áspera de Cash.

Él la estrechó con más fuerza contra su torso.

—Y yo pensé que te había perdido. Que no querrías cargar con un tipo roto.

Amy le sostuvo la mirada. Cash no esquivó el contacto. Había renunciado por completo a parapetarse tras su fachada de rudo ermitaño. Contemplarse de ese modo, limpios de caretas y vergüenzas, constituía para Amy la cima de la intimidad. Mucho más que el sexo, mucho más que cualquier otra cosa.

—No estabas roto —le corrigió ella, acariciándole la cicatriz de la ceja con la yema del pulgar—. Solo estabas esperando. Exactamente igual que yo.

—¿Y ahora qué nos queda por esperar?

—Nada —Amy se acomodó contra su pecho y cerró los ojos. Por primera vez en su existencia, no sintió la imperiosa necesidad de estar en ningún otro lugar de la Tierra—. Ya no esperamos nada. Ya hemos llegado a casa.

El sol acabó de hundirse en las aguas del Golfo. El cielo se volvió rosado antes de teñirse de un azul oscuro profundo, abriendo paso a las primeras estrellas. Y los dos permanecieron allí, ingrávidos sobre la tumbona, sin la más mínima prisa por emprender el regreso: dos almas completas al fin, varadas en una isla sin nombre, amándose en susurros mientras el manto de una noche despejada los cobijaba por completo.

Epílogo

Cuatro meses después

El cartel lo había pintado Jenny, la hija de Mari. Con solo catorce años, la muchacha poseía un talento innato para el diseño de letras que ya habrían querido para sí muchos profesionales. A Amy todavía se le hacía un nudo en la garganta cada vez que lo contemplaba allí arriba, colgado con firmeza sobre la puerta principal.

«CASTILLO ANTIGÜEDADES
Tesoros con historia. Desde 1968»

Mil novecientos sesenta y ocho: el año en que Arturo y Dolores inauguraron el negocio original algunas calles más arriba, en aquel edificio que hoy no era más que un solar descapotado, aguardando a transformarse en lo que fuera que los inversores hoteleros quisieran construir.

A Amy ya no le escocía recordarlo. Las cuatro paredes nunca habían constituido la verdadera esencia de la tienda. El negocio era esto: las vitrinas que había recuperado con sus propias manos una a una, los relojes del abuelo marcando las horas cada uno a su compás, los tomos de colección ordenados en la flamante biblioteca y las cartas náuticas de Holloway luciendo enmarcados en la pared del fondo. A buen recaudo. En casa. Allí donde todo el mundo podía contemplarlos y revivirlos.

Tras meses de duro trabajo, hoy por fin abrían las puertas al público.

—¿Estás nerviosa? —Mari apareció a su lado sosteniendo una bandeja de canapés recién salidos de las cocinas de El Pelícano. Se había empeñado tozudamente en asumir el catering, por mucho que Amy le hubiera repetido por activa y por pasiva que no era necesario.

—Aterrada, no te lo imaginas. ¿Y si no asoma ni un alma?

Mari soltó una carcajada franca.

—Cariño, haz el favor de dejar de frotar esa vitrina por enésima vez y asómate a la calle un segundo.

Amy la observó entornando los ojos. Cuando Mari exhibía ese semblante pícaro, es que tramaba algo gordo.

Al cruzar el umbral y desviar la vista hacia la esquina, se detuvo en seco. El corazón le dio un vuelco de alegría. Una marea humana descendía por la calle. Gloria y Ramón Medina con Danny, Rose luciendo un vestido de gala digno de las grandes ocasiones, Noah, Sheila, la plantilla de la comisaría al completo e incluso los empleados de la farmacia. Figueroa, fiel a su estilo, ya andaría propagando el bulo de que a la inauguración asistirían varios miembros del Gobierno. Y capitaneando la comitiva en primera línea, Celeste, enfundada en su mejor vestido de flores y con un pañuelo bien aferrado en el puño por si las moscas, que últimamente le daba por llorar con cualquier minucia.

—Madre del amor hermoso... —Amy se llevó las manos a la boca—. Ni con todos los bocadillos de Mari lograríamos alimentar a semejante regimiento.

—Venga, quita el cerrojo de una vez, que parecen una estampida de elefantes.

En el mismo instante en que Amy abrió de par en par las puertas, se vio sepultada bajo un torrente de abrazos, felicitaciones y buenos augurios.

Cerca de un centenar de vecinos abarrotaron el local dispuestos a arroparla, fisgonear los nuevos rincones, sobar reliquias que explícitamente no debían tocar y tasar precios que jamás tendrían la menor intención de pagar. Buena parte de ellos guardaron riguroso turno para relatarle con nostalgia de dónde recordaban este o aquel mueble, el misterio que envolvía a una cubertería o de qué casa del pueblo había salido cada pieza y en qué año.

Amy se movía entre ellos repartiendo canapés y atendiendo a cada consulta. Fue en ese trajín cuando cobró conciencia de una verdad que le inundó el pecho de calidez: había dejado de ser de forma

definitiva la forastera del norte. Se sabía sus nombres de memoria, recordaba qué familias andaban a la gresca, quién suspiraba en secreto por quién y las cuitas de cada vecino.

Pertenecía a ese lugar.

Jolín, esto es maravilloso.

—El precio de este reloj es un atraco a mano armada —le recriminó Pete, levantando un reloj de bolsillo en su mano con gesto de profunda indignación—. Se lo coloqué a tu abuelo en el setenta y dos por cuatro duros míseros.

—Pues ya ves cómo se ha cotizado con los años, Pete. Igual que tú.

—A mí no me cotiza nadie, muchacha. Yo voy a la baja desde los años ochenta.

—No te quites méritos, que me consta que se te rifan las viudas en el muelle.

Pete soltó una risa de cascarrabias encantado y se fue a por más canapés.

Celeste pilló a Amy junto a la biblioteca, le acunó las mejillas con las dos manos arrugadas, y la miró con lágrimas de alegría en los ojos.

—Dolores estaría tan orgullosa de ti —dijo—. Sumamente orgullosa. Lo has hecho.

—Lo hemos hecho, Celeste. —Amy le apretó las manos—. Sin ti no habría nada de esto.

—Qué exagerada eres, por Dios —Celeste se dio un sutil toque en el lagrimal—. Ah, y otra cosa. Tu madre.

A Amy se le congeló el pulso durante un instante.

—¿Qué ocurre con mi madre?

—Ha llamado a primera hora —Celeste esbozó una sonrisa cargada de travesura—. Quería enterarse de cómo marchaba el estreno. Y ha dejado caer que a lo mejor, solo a lo mejor, se pasa por aquí en primavera. Para ver la tienda con sus propios ojos. —Le dio un

apretón cariñoso—. El cielo, mi niña, se sigue despejando. Despacio, sin prisa pero sin pausa.

A Amy se le llenaron los ojos y tuvo que respirar hondo. *¿Su madre? ¿Pisando de nuevo el pueblo?* Era más de lo que Amy se había atrevido a esperar.

Y entonces, en mitad del alboroto, las risas y la marea de gente, el tintineo de la campanilla de la entrada hizo que Amy alzara la mirada de inmediato hacia el umbral, buscando el único rostro que le faltaba para completar el cuadro.

Cash estaba de pie vestido de traje y botas rancheras, con su pelo espeso algo despeinado y un ramo de flores tan absurdamente grande que casi no le cabía por la puerta, un ramo de los de película de Hollywood, de los que no se compran en el pueblo porque en el pueblo no se venden estos ramos absurdos. Eso significaba, infaliblemente, que el comisario se había tragado una hora de carretera de ida y otra de vuelta hasta la ciudad solo para conseguir las malditas flores exactas que a ella le enloquecían.

Lucía esa expresión típica de «sé perfectamente que llego tarde y que me vas a echar este muertito en cara el resto de mis días», lo cual solía divertir a Amy sobremanera. Pero esta vez no hubo espacio para las burlas. Lo que experimentó fue un latigazo de tensión deliciosa recorriéndole el vientre al contemplar a su hombre tan arrebatadoramente atractivo.

Madre de Dios, Cash. Estás para hincarte el diente aquí mismo.

El pueblo entero se calló y se giró hacia la puerta. Era imposible que se perdieran menudo espectáculo.

—Llegas tarde —dijo Amy, con los brazos en jarras, intentando parecer enfadada y fracasando estrepitosamente.

—Lo sé. —Cash cruzó la tienda hacia ella, esquivando vecinos y vitrinas, con el ramo gigante por delante—. Fui a por esto. No había en el pueblo. Tuve que ir a la ciudad. Y para colmo, me he comido el paso a nivel cerrado. —Llegó ante ella prácticamente sin aliento,

regalándole la sonrisa de chulo más endiabladamente sexy que Amy le hubiera registrado jamás—. Lo lamento, nena, pero me negaba en redondo a plantarme aquí con un ramo cochambroso de gasolinera en el día más trascendental de tu vida.

Le tendió las flores, Amy las cogió, enormes, fragantes, ridículas y perfectas, y antes de que pudiera decir nada Cash le rodeó la cintura con un solo brazo firme, pegándola a su cuerpo sin importarle un pimiento la presencia de los testigos, y le susurró al oído con un tono grave y ronco, reservado exclusivamente para ella:

—Estás espectacular. Llevo toda la santa mañana fantaseando con quitarte ese vestido en cuanto despejemos el local. Prenda a prenda, despacito, tal y como te gusta. En la nueva trastienda, justo sobre esa mesa de madera que has restaurado... Te juro que te llevo imaginando encima de ella desde el puto día que la metiste por la puerta.

A Amy se le subieron todos los colores de golpe.

—Cash —siseó, roja como un tomate, echando un vistazo a su alrededor—. Que está el pueblo entero mirando. Que tenemos a Mari, a Celeste... ¡Que ha venido hasta el mismísimo cura!

—Me la trae completamente floja —soltó Cash antes de estamparle un beso tierno en la sien, con esa parsimonia tan descarada y tan suya—. Que se recreen la vista todo lo que les venga en gana.

—Te voy a despellejar vivo.

—Lo que tú digas —le rozó el lóbulo de la oreja con los labios—. Pero de la follada sobre la mesa no te salvas.

Amy soltó una carcajada, con la cara ardiendo y el ramo gigante entre los brazos y el hombre que amaba pegado a su cintura y todo el pueblo aplaudiendo sin saber muy bien qué aplaudían, solo que aquellos dos estaban juntos y que eso, en Puerto Encantado, era motivo de fiesta.

—¡Que se besen de una puta vez! —gritó Pete desde atrás, con los morros llenos de canapés—. ¡Y después haz el favor de rebajarnos

los precios, coño!

Cash se tomó su tiempo para besar a su mujer bajo el aplauso de todos. Se disculpó con un «ahora volvemos, seguid la fiesta» e, inmediatamente después, la levantó en vilo para desaparecer los dos, felices y radiantes, tras las cortinas de terciopelo carmesí de la trastienda.

FIN

Mari fue una de las últimas en marcharse. Mientras recogía dos copas vacías de la mesa, se quedó un momento mirando por la ventana de la tienda, donde en medio de la acera Noah ayudaba a Sheila a cargar las bandejas vacías en la furgoneta de El Pelícano y le decía algo que la hacía reír.

Mari sonrió para sí misma.

En fin. Un soltero menos. Ahora a por los demás.

Pero esa… esa ya era otra historia.

¿Te apetece seguir leyendo?

¡Lee cómo evoluciona la historia de amor de Cash y Amy a lo largo de la serie!

Recibe adelantos y novedades sobre la próxima novela de serie Puerto Encantado con la **historia de Noah** y la **boda de Cash y Amy**.

comediaromantica.substack.com
